

Tomás Eloy Martínez, Elvira Orphée,
Juan José Hernández, Eduardo Rosenzvaig,
Hugo Foguet, Dardo Nofal y otros

El puente

cuentos de autores
tucumanos

Fabián Soberón
(selección y estudio preliminar)



EL PUENTE

Cuentos de autores tucumanos

Tomás Eloy Martínez, Elvira Orphée, Juan José Hernández, Eduardo Rosenzvaig,
Hugo Foguet, Dardo Nofal y otros

Fabián Soberón (Selección y estudio preliminar)
2020





2020, Tucumán, Argentina

Foto de tapa: Martín Taddei

Selección y estudio preliminar: Fabián Soberón

Diseño y maquetado: Rodrigo Suárez Ledesma

©"Asi es mamá", en La ciudad de los sueños de Juan José Hernández.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora S.A., 2004, pp. 405-414.

ÍNDICE

Estudio preliminar	7
---------------------------	----------

Por Fabián Soberón

LOS CUENTOS

Así es mamá	23
--------------------	-----------

Juan José Hernández

La última ballena	29
--------------------------	-----------

Horacio Elsinger

Santiago	33
-----------------	-----------

María Lobo

Un alma en penitencia	50
------------------------------	-----------

Dardo Nofal

El jugador	53
-------------------	-----------

Máximo Chehín

Una pistola vacía	61
--------------------------	-----------

Gabriel Guanica Cossa

La escopeta	65
--------------------	-----------

Julio Ardiles Gray

El tren -----	67
Jorge Estrella	
Tiempos modernos -----	73
Sebastián Ganzburg	
Regalofobia -----	75
Daniel Dessen	
El acta -----	80
César Di Primio	
Conjetural -----	83
María Belén Aguirre	
La faena -----	85
Rogelio Ramos Signes	
El retorno -----	93
Samuel Schkolnik	
Dadores -----	95
Florencia Méttola	
Déjà vu -----	107
Alejandro Nicolau	
El juego -----	109
Osvaldo Fasolo	
Mujer bajo el roble -----	111
Sara Rosenberg	
El hombre que parecía estar silbando -----	116
Lorenzo Verdasco	
Noticia de Vicente Barbieri -----	118
Tomás Eloy Martínez	
Venganza contra gentiles -----	119
Santiago Garmendia	
Tertium organum -----	123
Alberto Rojo	

Fantasmas ----- 126

Hugo Foguet

Aeropuerto Benjamín Matienzo ----- 128

Eduardo Rosenzvaig

Ay Enrique ----- 134

Elvira Orphée

Epílogo ----- 140

Por Fabián Soberón

Los autores ----- 142

Agradecimientos: ----- 150

Estudio preliminar

Por Fabián Soberón

*Si un escritor se define como regional está,
de antemano, impidiéndose tratar y observar
cosas del vasto mundo que lo rodea.
Si se autodefine como regional
se ocupará solamente de la región.*

Juan José Saer

*Dos intelectuales de provincia, eso eran,
o sea la cosa más triste y extravagante
que pueda haber en la tierra.*

Natalia Ginzburg

La pregunta de Gaiteri

Una mañana de 2009¹, antes del almuerzo en el patio Bullrich (límpido patio de jugosas empanadas tucumanas), en la Plaza independencia, Sergio Gaiteri (Córdo-

1 En abril de 2009 organizamos junto a Osvaldo Aguirre y Reynaldo Castro el encuentro de editoriales independientes Cruce de caminos. Este encuentro se realizó en el Centro Cultural Rougés. En dos jornadas expusieron editoriales y autores de Tucumán, Salta, Santiago del Estero, Jujuy y Rosario. Participaron en los debates Sergio Gaiteri (narrador), Iván Ferreyra (narrador), Marcelo Dugheti (poeta), Carlos Ferreyra (editor), Osvaldo Aguirre

ba, escritor) me preguntó por los novelistas de mi generación en Tucumán. Me quedé tieso. No sabía qué responderle. Le dije que no conocía a ninguno, que los que había leído estaban muertos o sólo publicaban en otros lugares. La verdad es que, hasta ese momento, no conocía a nadie de mi generación.

Esta antología es un eco de aquella conversación en la Plaza Independencia. Para responder a la pregunta de Gaiteri, empecé una búsqueda de los narradores de Tucumán. No por un afán geográfico –la literatura no tiene nada que ver con la geografía– sino por una curiosidad personal y como una forma de armar un mapa íntimo y público de aquellos que viven en la esquina de mi casa y que, al mismo tiempo, escuchan las sirenas de la tradición rusa, norteamericana o islandesa.

Aunque empecé buscando a los autores más jóvenes, pensé que era mejor establecer un puente entre las generaciones. Es decir, sospeché que la reunión de autores tiene otra música si tocan juntos los más viejos y los más jóvenes, los “consagrados” (¿qué es la consagración en una provincia invisible?²) y los desconocidos.

El libro incluye autores casi secretos (Guanca Cossa, Di Primio y Méttola, por ejemplo) y autores que ya forman parte del microcanon de la zona. Aunque canon aquí es menos una tabla de logaritmos literarios que una forma barroca compuesta por Bach.

(periodista, escritor), Reynaldo Castro (editor, escritor), Ildiko Nassr (poeta, narradora), María Cisneros (filósofa) y Mercedes Saravia (poeta, editora), entre otros. Formaron parte del evento las editoriales Perro Pila (Jujuy), Ediciones Recovecos (Córdoba) y las revistas Trompetas completas (Tucumán) y Mil trescientos kilómetros (Tucumán), entre muchas otras.

2 Para que exista una tradición no basta con que existan un sinnúmero de volúmenes publicados por autores de diversos orígenes. Es necesario que ese cúmulo de producciones literarias sea leído, conocido, sopesado y discutido por los lectores, los críticos, los estudiosos, los investigadores, los periodistas, etc. Es decir, las novelas, los cuentos y los poemas publicados por los autores nacidos o radicados en Tucumán aún no conforman una tradición sostenida –y por esa razón hablo de tradición invisible– porque no han sido suficientemente difundidos, leídos, discutidos, sopesados y puestos en la escena pública por las distintas instancias y los agentes del campo literario y cultural argentino y latinoamericano. No niego que existan las publicaciones. Sería ridículo hacerlo. Lo que digo es que estamos ante una tradición que aún no ha sido construida. Ese pasado no tiene presente y casi no tiene futuro (visto desde nuestro presente). Para que se pueda hablar de tradición se requiere que los críticos, los lectores y las instituciones doten de existencia, pongan en escena, discutan y legitimen ese conjunto diverso de producciones literarias. Es necesario que pongan estas obras en relación con el conjunto de las publicaciones argentinas y latinoamericanas.

Descreo de la idea de región. Prefiero el concepto de zona propuesto por Juan José Saer. Saer, como el Oscar Wilde de Borges, casi siempre tiene razón: los escritores no tienen nada que ver con la geografía. En todo caso, inventan, a partir del lugar que perciben, un mapa imaginario y real hecho de obsesiones y silencios, poesía y ritmo. Esa zona, creo, es la que convocan los cuentos. Y ni siquiera eso, a veces.

Toda antología es menos una radiografía que una selección caprichosa del autor. Sin embargo, puede ser un mapa de lo que ocurre en la zona, una brújula afanosa del oficio.

El escritor argentino y la tradición

Hay que abandonar una serie de ideas ridículas y perimidas: la dicotomía campo ciudad. La antigua tesis que sostenía que Buenos Aires es la ciudad y que las provincias implican el campo es una hipótesis obsoleta y reduccionista. En el llamado “interior” (esta denominación es una simplificación desmesurada: no creo que exista una esencia o una entelequia llamada “interior”) hay ciudades diversas y cosmovisiones heteróclitas. Y, si bien las ciudades provinciales poseen rasgos comunes, también tienen diferencias notorias. O sea, la idea misma de “interior” es simplificadora.

Si bien los escritores son personas que viven en la sociedad de su tiempo (no tienen otra posibilidad) no están obligados a reproducir la lógica de la realidad política. Creo que la literatura, y, más puntualmente la novela y el cuento, no reproducen esa lógica. La literatura no es una mimesis de la geografía política. Las novelas y los cuentos surgen de una serie de factores que permiten que sean un conjunto de géneros mezclados en un orbe plural y múltiple. Por eso es que tenemos novelas y cuentos de autores tan dispares en lugares similares: Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano, Juan José Hernández, Libertad Demitrópulos, Haroldo Conti o Miguel Briante.

Por otra parte, el paisaje no es obligatoriamente una condición determinante para la literatura. No hay regiones literarias. Como ya dije, siguiendo a Juan José Saer, hay zonas, marcos simbólicos que el escritor inventa o recrea a partir del agua móvil de lo real. Un novelista inventa una zona única y propia con la lupa ficcional y lo hace con las limitaciones de sus herramientas formales. Para un escritor el desafío es ante todo formal: de qué modo trabaja el contrapunto de las voces, el ritmo de la frase, el lugar central o marginal de las descripciones, el tono del narrador. En este sentido haber nacido en Córdoba o en Frankfurt es secundario o trivial. Las preocupaciones de un escritor no son principalmente temáticas. La cuestión estética de una

novela o de un cuento sigue siendo la modulación del tiempo, la música de la prosa, la construcción de la trama.

Borges escribió que los escritores argentinos –como los judíos y los irlandeses– estaban en mejores condiciones para asimilar la tradición universal porque conformaban los márgenes de la cultura europea. Partiendo de esas ideas, ¿qué pensaríamos sobre un escritor del “interior”? Si seguimos la lógica del ensayo, ¿los escritores que viven en los márgenes de la Argentina están en mejores condiciones para asimilar o procesar la tradición cultural de la Argentina y del mundo?

Los cuentos

Los cuentos de Juan José Hernández configuran una zona, podríamos decir. Los cuentos narran una atmósfera, un ambiente, un espacio a la vez imaginario y real. Ese lugar es la siesta y el barrio de Tucumán. Ese lugar es el patio de una casa o la quinta de una mujerona. Es un espacio íntimo. Al leer los cuentos tengo la sensación de estar leyendo la evocación de un Tucumán que ya no existe o que sólo existe en la memoria de la literatura. Los cuentos de Hernández no hablan de un tiempo presente, real, mimético. Narran una zona que ha sido imaginada y recordada por los narradores crueles y exquisitos de los cuentos. Y tal vez esa atmósfera y esa posibilidad evocativa se relacionen con la literatura de Proust. Los cuentos de Hernández comparten una mitología: el zaguán, el patio de tierra, el fondo de la casa, los naranjos, las rencillas en la intimidad del hogar, las calles angostas de los barrios, los oficios perdidos, el olor de los azahares y la siesta calurosa. Esa mitología crea o recrea un espacio y un tiempo, una zona que nos permite pensar la geografía de una novela. Los relatos son únicos pero confluyen en una zona. Inventan una mirada del mundo del mismo modo que lo hace una novela. En los cuentos se puede leer una ciudad imaginaria y pueden ser considerados como episodios de una novela infatigable e inconclusa. Por eso mismo no fue sencillo elegir uno de ellos. Incluí “Así es mamá” solo para extraer una gema entre las joyas. Podría haber sido otro: “El inocente”, “Bambino”.

Entre la concisión de los cuentos de Hemingway y la rudeza de los personajes de Chandler, entre la sutileza lírica de Juan José Hernández y la contundencia de algunos cuentos de Guillermo Saccomano, Gabriel Guanica Cossa escribe un cuento preciso y emotivo que deja que el humo de la pistola vacía llene de violencia y ardor las expectativas del lector. A pesar de su edad, Guanica Cossa ha logrado enhebrar

un breve universo narrativo que combina la sordidez del realismo suburbano de la provincia con la frágil universalidad de la violencia.

“El acta”, de César Di Primio, simula ser un sueño o un acta. Pero lo que arma, con habilidad y ritmo, con un lenguaje propicio y conjetural es un cuento con todas las letras. Di Primio ajusta cuentas con el policial y escribe un cuento ambientado en Buenos Aires y que sigue las postas del género. El lector no debe dejarse engañar: Di Primio usa el género para hablar de otros asuntos: la desidia, el dolor, la indiferencia, la pérdida. ¿Qué ocurre en una pareja para que se tomen determinadas decisiones? Esta pregunta no ha sido formulada pero está escondida en los pliegues de “El acta” como el bajo continuo de la época presente.

Una de las claves de “La faena”, de Rogelio Ramos Signes, es la elección de la voz narrativa, una “música” femenina procaz y elusiva que escudriña las peripecias de las “niñas” que la rodean y del Gargajo, el principal motivo de su disgusto. El cuento está atravesado por lo siniestro y la forma velada de lo cruel produce el efecto deseado. En los intersticios narrativos y en las líneas más logradas se filtra el crimen anunciado y el sarcasmo nítido de la voz que habla.

“La última ballena”, de Horacio Elsinger, continúa la zona narrativa abierta por autores como Juan José Hernández. La mayor parte –si no todo el libro– trabaja una estética realista, evocativa, melancólica, que se demora en algunas costumbres y en ciertos vicios y performances de los provincianos. Hay algo del costumbrismo de Luna de Avellaneda –la película de Juan José Campanella– y de los cuentos “El cenizo” y “Aniceto”, de Zuhair Jury (el autor de los cuentos en que se basaron las películas de Leonardo Favio). Hay un lejano parentesco con el tono canallesco y directo, irónico y nostálgico del mejor Fontanarrosa en el cuento “Ojos verdes y el negrito”. “La última ballena” es el cuento más logrado e impactante del libro que lleva el mismo título. Curiosamente, este cuento se acerca a una experiencia delirante e inocente que viven los personajes en una película del director Bela Tarr. En el film del húngaro, se expone una ballena en el centro del pueblo. Y la experiencia tiene algo de onírica, de delirante, como en el cuento de Elsinger. “La última ballena” es contundente y condensa de alguna manera la estética de su libro y propone un tono entre fantástico y bizarro que los otros cuentos no tienen.

Entre las agudezas de Borges y las observaciones antropológicas de Arlt, Daniel Dessein –periodista, editor, escritor– pergeña un relato milimétrico que se lee de un tirón. Eso no es poco si consideramos que está plagado de citas y de reflexiones inteligentes. La historia es sencilla y cautivante: un joven busca el regalo para una chica. Pero tiene un grave problema: no le gustan los regalos. Recorre diferentes espacios que lo obligan a deambular en el oropel de la moda, el dorado mojón de lo superficial y el fino estertor de la ropa íntima. Dotado de una prosa atrapante y mi-

nuciosa, “Regalofobia” ensaya una visión del mundo contemporáneo sin decir “estoy haciendo un ensayo sobre el mundo globalizado”. Con una filosofía entrelíneas, el cuento expone el rechazo inusual de un joven a la variada geografía mercantil. El personaje deplora las aglomeraciones y los cascabeles del capitalismo. Acosado por una especie de obsesión por las estadísticas, y encerrado en su propia plaga paranoica, hará lo imposible para agradar a su amor. Con humor inusual, Daniel Dessein revisa la perspectiva de la ciudad cosmopolita y plantea una mirada de lo urbano que provoca efectos inesperados en el lector.

Máximo Chehín escribe con una tendencia al relato directo, con prosa despojada, adjetivos medidos, un modo de relato al estilo carveriano. Aparece, clara, en su libro *Vista al río* la lección del mejor Hemingway (el de los cuentos, no el de las novelas). Por ejemplo, en “Algo hermoso”, hay un solo dato que le permite al lector suponer el pasado de los personajes cuando el narrador dice que ella se acuesta con diez. “Garcha”, dice el narrador. Ese dato aislado, dicho al pasar, da una pista de la “tragedia vital” de la chica, de la miseria de la vida. Por lo demás, el texto es elusivo y elide todo lo demás. Ese dato es la punta del iceberg. Y esa operación narrativa funciona en otros cuentos. “Depuración, síntesis y alusión” podría llamarse la estrategia narrativa. Este sistema cambia en algunos cuentos como “La condena” y “La noche de Martín”. En esos cuentos el sistema es el relato episódico, al modo clásico. Hay un centro narrativo y un final que cierra la tensión abierta con las primeras líneas. En el cuento “El jugador” la historia es justa. Y, sobre todo, la progresión dramática es justa. Cada elemento, cada pieza, crece en el momento preciso. Los personajes tienen una posición estratégica y la tensión avanza sin artificios ni dobleces. La elección de la narradora es también acertada. El hecho de que sea una hija y no el padre es un acierto. Esa narradora mira las cosas con distancia y al mismo tiempo con afecto. Lo quiere al padre y a la vez se diferencia de las opiniones de la madre. Es un personaje que tiene opiniones diferentes a las opiniones de la madre. Y, a su vez, no refleja el pensamiento del padre. El cuento podría llamarse “La mudanza”. ¿Qué efectos produce una mudanza? es una pregunta que corre y murmura como el río Leteo. La mudanza produce el efecto opuesto al esperado, esa es la idea que corre por detrás. Y hay algo terrible narrado con pericia y agudeza: la desintegración del modelo de familia tipo, la desintegración del modelo de familia country.

Julio Ardiles Gray es un autor múltiple. El cuento seleccionado es apenas una muestra de su universo narrativo. En “La escopeta”, un hombre mayor deambula con una escopeta con la intención de cazar una paloma. Cuando advierte que lo que quiere no está, vuelve al pueblo. Y entonces la tiniebla kafkiana se tiende entre las palabras y el pueblo y todo cambia de orden y de sentido. Con una contundencia inusual, Ardiles Gray escribe una lección de estilo: no hace falta rociar las páginas con

innumerables palabras para alcanzar el climax o el tono alegórico. “La escopeta”, en su brevedad simbólica, es una prueba de que la administración de lo dicho, lo no dicho y lo apenas aludido es fundamental para componer un cuento.

La narradora Florencia Méttola guarda en sus pliegues y en su frente la clara filiación pop. No sólo porque es música sino porque hay una deliberada búsqueda de tomar como broma aquello que es terrible y siniestro. Cerca de la encumbrada ironía de Andy Warhol, los relatos de Florencia Méttola incurren en el mejor vicio pop: tomarse con humor lo más trágico. Sin embargo, el cuento “Los dadores” sorprende por la estética realista y dramática. Aunque no descansa el humor ácido y cínico, la anécdota que arma el cuento es la historia de una enfermedad. O, mejor, de dos enfermedades: la de la madre y la de la chica que se enamora de otra chica. Méttola no duda al armar este cuento. Cercana, curiosamente, a la parquedad del maestro Chejov, sitúa el relato en los arrabales de la ciudad de Tucumán y pareciera que las protagonistas sufren en silencio en la estepa rusa. Méttola es muy joven. Pero creo que es una rara promesa en las letras argentinas.

Lorenzo Verdasco tiene vocación por la escoria, lo incómodo y lo sucio. Sus cuentos suelen incursionar en una forma literaria vinculada con el lumpen, con los barrios bajos, con los chicos que inician sexualmente a otros chicos. Se regodea en los entretelones del sexo, en las miserias de la vida cotidiana, en las felicidades de la villa y de los rincones oscuros y prohibidos. Es un cultor de Roberto Arlt, de Osvaldo Lamborghini, de Eduardo Perrone. En nuestra inexistente tradición, en nuestra mínima tradición, es un continuador de los mundos de la nada de Raúl Perrone. Desde ahí creo que hay que leerlo. En ese sentido, antes que continuador de la nada, es un autor necesario: delimita una geografía y un tema. Y sus preocupaciones literarias tienen su brújula más en el tema que en la forma. La forma es casi siempre la misma: el tono procaz, ciertamente adjetivado, la búsqueda de un lenguaje ajustado a los tonos de lo incómodo. Y el tema tiene sutiles variaciones pero vuelve, como Bach o como Piazzolla, a tocar la misma fuga o las mismas variaciones sobre un mismo tema.

Su universo está hecho de citas, su escritura está plagada de referencias a la historia de la cultura: Belén Aguirre ha escrito poemas que exudan un suave, lento y cuidado surrealismo, una especie de oda a lo delirante o a lo que va más allá de la lógica tiránica de la vigilia. Es una especie de amor por lo que está por debajo de lo visible o de lo perceptible. El cruce de la mirada surrealista y de la más escéptica lupa realista hacen su estilo. María Belén Aguirre ha incursionado en el cuento de manera episódica y voraz. “Conjetural” aclara desde el título su filiación borgesiana. El cuento es una conjetura, una hipótesis de lectura, un ejercicio de lectura. Y, por tanto, una manera de entender la historia y la realidad. El personaje es el afiebrado

Orson Welles, ese indócil hacedor de películas, ese curioso ganador de la carrera de la discordia. Y Belén Aguirre lo hace caminar por sus obsesiones. Entre el cuento teórico y la poesía en prosa, “Conjetural” arma una versión paralela y cierta de los caminos de Orson Welles.

Algunos autores apelan al ingenio o al humor solo como una vía de escape, como una huida fugaz del realismo imperante. Otros, en cambio, incorporan la extrañeza, el ridículo o lo absurdo para modificar la realidad y desde ahí construir una estética o una forma de arte. Este es el caso del trabajo narrativo de Alejandro Nicolau. En “Déjà vu”, la prosa rítmica y repetitiva genera un nuevo sentido y lo hace con destreza y equilibrio. No asistimos a un malabar verbal sino a una forma de interpretar lo real y la narrativa.

En el cuento “Fantasmas”, de Hugo Foguet³, los marinos conversan en un barco. No sabemos dónde está el barco. Ni siquiera sabemos si es de día o si las estrellas humedecen la frente de los marinos. Los marinos conversan mientras el lector configura una geografía imaginaria y real. Los marinos hablan y el hermoso contorno de la ficción introduce el perfil fantástico de unos hombres que saborean el diálogo con el rumor del agua a sus espaldas. “Fantasmas” expresa la versión utópica, la paradoja más bella y utópica del habitante de Tucumán. Es la forma extrema e imposible del provinciano de tierra adentro. En Tucumán no hay mar. El destino o el azar ha querido que sea Hugo Foguet el encargado de escribir un cuento sobre el mar, acaso el destino imposible y posible de un hombre nacido entre los valles.

Las novelas de Dardo Nofal están atravesadas por las hojas salvajes de la miseria. El estertor y la pobreza repiquetea como un zumbido ciego. La lengua oral horada las páginas, la voz áspera y ácida zumba siguiendo el compás de la oralidad tucumana. Nofal realiza un trabajo exquisito con la lengua sucia y bastarda. Pero no se trata de un intento de mimesis de la lengua real. Los libros están elaborados con una precisión en la construcción de la frase: Nofal ensaya un artificio deliberado. Se trata de un trabajo artesanal con la palabra. En sintonía con esta poética, el cuento presenta un episodio que sostiene un realismo suburbano que no desmerece su trabajo novelístico.

Sebastián Ganzburg introduce el problema de la desigualdad y de la precarización laboral en un cuento breve y contundente. También plasma las contradicciones ideológicas y de clase de una sociedad conservadora y truculenta en la que el indi-

3 Hugo Foguet egresó de la Escuela Nacional de Náutica y recorrió el mundo como marino. Murió en Tucumán en 1985. Durante sus viajes escribió la novela Pretérito perfecto, editada en 1983 por Jorge Laforgue en la editorial Legasa, de Buenos Aires. En 2016, la novela fue reeditada por la editorial EDUVIM (Córdoba), dirigida por Carlos Gazzera.

vidualismo ramplón no escatima edades ni sectores. Lo importante es que escribe el cuento con el tono justo para que las reflexiones que se desprenden del texto no resulten pedagógicas –en el sentido negativo y fácil del término– ni esencialistas. Y deja fuera del cuento las especulaciones sociológicas. Eso hace que el relato refuerce su potencia.

Samuel Schkolnik es un reconocido filósofo de Tucumán. Ha escrito numerosos ensayos sobre ética y colaboró durante mucho tiempo con el diario La Gaceta. Ha publicado un libro de aforismos (Algunas claves), una tesis de doctorado en filosofía y una única novela: Salven nuestras almas. Los relatos de Schkolnik se relacionan con la prosa teórica y poética. Dueño de un estilo particular, pletórico de citas y de reflexiones agudas, sus cuentos exponen ideas sociológicas y metafísicas. Los relatos son un medio para el ensayo filosófico. Las páginas de sus libros narrativos responden menos a la ardua estructura narrativa que a la exposición de tramas especulativas. Sus historias no experimentan con la forma ni procuran una trama que asombre por su originalidad. Al contrario, son, desde lo estrictamente literario, relatos convencionales. Al lado de los cuentos de Hugo Foguet, de Hernández o de Elvira Orphée, están en las antípodas de la prosa experimental. Aunque la ciudad aparece en un retrato minucioso y conmovedor, su meollo y sus mejores momentos están compuestos por el dichoso enjambre de ensayo, crónica y poesía. “El retorno” es un cuento atípico por lo temático. Vincula el lejano ámbito de las cavernas con el ruinoso presente. Schkolnik se las arregla para ligar dos ámbitos distintos y lejanos y para mostrar que la literatura es el terreno propicio para esas formas.

El cuento “Mujer bajo el roble”, de Sara Rosenberg, gira en torno a la amenaza. Una mujer describe la situación en la que se encuentra y recupera la existencia anterior, cuando en el monte se podía compartir con los vecinos y la gente del pueblo la vida sin problemas. Sara Rosenberg crea una atmósfera central (y logra diseminarla en el cuento) y los personajes se mueven en el aire enrarecido. Ese aire es también un tono que instala la opresión, el miedo, y que sugiere unos hechos horrendos que han ocurrido en el monte en un tiempo difícil, durísimo, acaso insuperables. La clave del cuento está, precisamente, en el trabajo con el fuera de campo, en la alusión, en la penumbra que corroe precisamente por ser eso: pura sugerencia. Lo que no se dice dispara todo lo que ha ocurrido. Además de dramaturga y documentalista, Sara Rosenberg ha escrito una novela crucial, Un hilo rojo.

Los cuentos de Santiago Garmendia elaboran un intrincado y a la vez claro nexo entre la trama –precisa– y el asunto libresco. Frescos, rotundos y jocosos brindan un panorama de las vicisitudes de profesores, escritores, lectores, libreros y filósofos en el contexto de una sociedad pacata y conservadora. El lector puede detectar las coordenadas de los espacios y las geografías: Tucumán. Pero no es un Tucumán

pastoril sino el de la vida académica. Y no es la vida universitaria o libresca que se esfuerza en su solemnidad y seriedad sino el orbe ridículo y prosaico ligado al entorno intelectual. En este sentido, los cuentos mezclan lo alto y lo bajo y rozan –oportunamente– lo grotesco o lo burlesco y hacen, en algunos casos, estallar la risa. Y eso se agradece. En “Venganza contra gentiles”, el narrador (un estudiante desencantado y con sentido del humor) despliega su lengua para contar la historia de Avellaneda, un profesor a cargo de la cátedra de Filosofía Moderna, quien tiene una devoción por el pensamiento de Santo Tomás de Aquino. Además, el profesor es dueño de un ejemplar único del libro capital del pensador medieval y lo cuida como si fuera un tesoro. El inconveniente es que dicta la materia Filosofía Moderna y el autor de la Suma Teológica no tiene relación directa con los pensadores de ese periodo. Delgado, el ayudante de cátedra, es sometido por Avellaneda: lo obliga a repetir los sábados lo que ha escuchado en la clase. Y hay un dato del cuento que está dicho al pasar y que muestra la mirada aguda del narrador (y, también, del autor) sobre la situación sociopolítica de la provincia: “En Tucumán es más negocio quebrar que prosperar, y esto vale no sólo para el sector azucarero”.

Jorge Estrella es un filósofo que ha escrito una serie de libros de cuentos que han obtenidos premios nacionales e internacionales. Dotado de una prosa arborescente, sus cuentos suelen incluir el paisaje rural o el oportuno mundo campestre. Menos por afán romántico que por razones de arquitectura, Estrella diluye los límites de lo local e inscribe el espacio social y simbólico en una órbita que construye una geografía ficcional, opresiva, íntima y personal. Su cuento “El tren” no rehúye la alegoría o el símbolo. El personaje de la historia espera el tren en medio del polvo y sabe que la velocidad y la atroz situación de sus ocupantes pueden depararle un extraño viaje. Sin embargo, sube al tren y espera llegar a destino, con la expectativa de mejorar su vida en la futura y anhelada ciudad. Durante el periplo, el tren le ofrece no pocos altercados. En ese ambiente opresivo y harapiento, se cruza con perfectos especímenes de lo nimio y de lo tremendo. Hacia el final, el personaje observa los mecanismos de la realidad (que se asemejan a la realidad histórica) y, a pesar de eso, no sabe lo que le espera. El lector, tampoco. El cuento no es un texto teórico ni una antología de aforismos. Sin embargo, la pulcritud de la descripción y la prosa barroca y atrapante, permiten leer entrelíneas una mirada sobre las relaciones entre civilización y barbarie.

Osvaldo Fasolo es un preciso observador de lo íntimo cruel. Entre la inocencia y la turbulenta crueldad, sus personajes deambulan en un espacio que suele ser el de la aventura mínima y la espera sospechosa. Sus personajes deambulan por el contorno urbano de Tucumán y están escritos con una prosa que no escatima la poesía y la reflexión breve. El cuento “El juego” es una especie de cifra de la poética de

Fasolo. Unos chicos juegan al lado de la vía y pergeñan un extraño plan. Lejos de la radiografía afectada de la infancia, el relato reconstruye ese mundo perdido plagado de recuerdos y de picardías. Entre la estampa y la mirada que no esconde la malicia, la historia reinventa la ciudad y difunde la perspectiva de lo público desde la sensibilidad de lo íntimo y privado. Fasolo está cerca de Hernández pero ha sabido construir sus propios ámbitos y lo hace con una lupa personal.

Alberto Rojo es físico, músico y escritor. En “*Tertium organum*” muestra sus habilidades como ironista y el interés que ha tenido en leer a Borges desde otro punto de vista. El narrador del texto sigue las pistas que ya había trabajado Lugones y que Borges aprendió muy bien (y sin confesarlo): la falsa identificación del yo del narrador con el yo del sujeto empírico. Desde ese engaño arquetípico, el narrador de “*Tertium organum*” se empecina en descubrir el periplo de Borges a través de “su” lectura de ciertos textos científicos. En el camino, tiene un hallazgo. El relato de Rojo mezcla la agilidad de la crónica, las aguas móviles de la ficción científica y la puesta en escena escéptica de la autoficción.

En “*Santiago*”, de María Lobo, la prosa se vuelve transparente para dar cuenta de una serie de sucesos que atraviesa una pareja que espera a su hijo en un aeropuerto. Las escenas en la espera le permiten al narrador en tercera intercalar episodios del pasado, sobre todo vinculados con la vida de Cinthya, la madre de Ju. El cuento avanza y el nuevo escenario es un hotel. Tanto el aeropuerto como el hotel indican la situación de extranjería de Boy, de Cinthya y de su hijo Ju. Hábilmente, el narrador introduce la tensión y genera un clima entre las rendijas: María Lobo trabaja con la tensión que se filtra como agua en el intersticio. Luego vendrá la pregunta del niño y la acción íntima de Cinthya y el suspenso medido y sutil. Pero antes están las observaciones sobre las clases y las diferencias generacionales en una cultura clasista al pie del cerro tucumano. Es como si el exilio breve de los personajes le permitiera al narrador encontrar el punto de vista indicado para contar cómo funciona el mundo en Tucumán.

En 2014, se publicó *Tinieblas para mirar*, una selección de cuentos de diferentes épocas de Tomás Eloy Martínez. Aunque no está incluido en la selección, “*Noticia de Vicente Barbieri*” comparte la atmósfera y el modo compositivo de algunos cuentos de *Tinieblas para mirar*. Los cuentos de TEM permiten al lector desprevenido entrar en el universo difundido en sus novelas célebres. TEM ha escrito desde el cuento esmerado y absolutamente ficcional hasta la crónica minuciosa, desde el relato que traiciona los hechos hasta el anecdotario que abreva en los relatos orales familiares. Acaso como si fuera una autobiografía ficcional y simbólica, los cuentos de TEM combinan las múltiples formas del relato y funcionan como una especie de clepsidra del tiempo vivido y de los modos de entender la ficción. Como esos objetos precio-

sos y pequeños, Tinieblas para mirar reúne lo mejor de la mirada tomasiana, esa voz y ese ojo que nos ayudaron a pensar con otra lupa la realidad y la invención. “Noticia sobre Vicente Barbieri” sigue la estela de estos mínimos universos narrativos.

Si bien en “Ay Enrique”, de Elvira Orphée, no hay marcas que nos permitan identificar la provincia de Tucumán es claro que se pueden leer algunas escenas o situaciones vinculadas a la estética desarrollada en novelas (*Aire tan dulce* o *Dos veranos*) que tematizan o problematizan los escenarios provincianos. La editorial Bajo la luna reeditó en 2009 *Aire tan dulce*⁴. En una conversación con la autora en su casa de Palermo, me dijo que estaba de acuerdo con la crítica en que, quizás, esta era su mejor novela. Aunque ningún criterio puede tomarse como último ni como verdadero, es cierto que *Aire tan dulce* es una novela central. Muestra en forma condensada el universo simbólico de su narrativa. No puedo afirmar que sus textos sean autobiográficos aunque sí considero que el recuerdo de su vida en la provincia reaparece en algunos de sus cuentos y novelas. Sospecho que esto también sucede en “Ay Enrique”.

En “Aeropuerto Benjamin Matienzo”, de Eduardo Rosenzvaig, Malco es un arquitecto apremiado por un oficial para que escriba la biografía de un prócer militar. Malco se entera de la persecución directa y llana de sus colegas y sabe que si no cumple con el mandato puede perder la vida. En este caso, la escritura es una llave que tiene sentido existencial, literalmente. El cuento toma la estrategia del montaje paralelo para ensamblar las dos historias: la de Matienzo y la del personaje Malco. Con este recurso dota de actualidad el discurso sobre Matienzo y también ubica ese relato en un presente histórico, es decir, un presente que toca los tiempos diversos y ubicuos de los lectores: el presente de Matienzo es también el presente de Malco y el del lector del siglo XXI. Además del tono burlesco del narrador quiero destacar el desarmado de la solemnidad y el efecto de impugnación de lo fatuo relacionado con la idea de prócer. El cuento adopta la postura crítica respecto de la trayectoria del aviador Benjamín Matienzo y elabora una pedagogía negativa que le permite decir que la grandeza de la identidad provincial está sostenida en un error.

4 A propósito del estudio de las novelas de autores tucumanos, recomiendo el relevamiento realizado por Máximo Hernán Mena en su tesis doctoral. La tesis se titula “Tucumán: reescrituras de la historia en su novelística (1950—2000)”.

El lugar de la crítica

¿De qué manera se establece la forma de entender un cuento o una novela? ¿Cómo se estandariza la idea de cuento? ¿Qué instituciones contribuyen a crear una idea de la novela, del cine, de las artes?⁵ Una de esas instituciones es la crítica. Otros factores centrales son los lectores y el periodismo cultural. Aunque los lectores generan sus propios recorridos subterráneos, sus caminos de lectura indescifrables, creo que la crítica propone un canon, establece una jerarquía literaria. Y convengamos en que la crítica ha creado un lugar común. La crítica, cierta zona de la crítica académica, se ha ocupado de instalar y de propalar una idea falsa: la existencia de una “la literatura del interior”. La crítica académica sigue repitiendo los clichés de la división entre puerto y campo. Por eso creo que es necesaria una nueva crítica que parta de otros supuestos, que empiece con otras ideas. Es hora de abandonar ciertos tópicos: la novela de las provincias es rural, le canta al campo o su primera tendencia es el regionalismo. Creo que eso ya pasó: ya rindieron el examen Moyano, Juan José Hernández, Tizón, Di Benedetto. Me parece que hay que leer los cuentos desde otra perspectiva.

A mí se me ocurren algunas preguntas: ¿cómo se construye la ciudad en estos cuentos? ¿Con qué ideas sobre la ciudad trabajan escritores de diversas generaciones? ¿Qué tiene en común un autor que revisa a Chandler desde el barrio Juan XXIII con otro al que le interesa el suburbio como escenografía de la desigualdad? ¿Qué propuestas literarias arma un autor más interesado en la metafísica que en la forma y un escritor que configura su imaginario con las zonas rojas de la ciudad?

5 En Tucumán y en el Norte argentino el campo cinematográfico está en ciernes. Ese campo requiere de la contribución de todos los actores del campo cultural de la provincia y de la zona. Según los relatos de los protagonistas de las generaciones de los sesenta y setenta del siglo XX, en esos años violentos los diversos hacedores se relacionaban entre sí, estaban al tanto de las actividades mutuas. En el siglo XXI el conocimiento por parte de los jóvenes cineastas del trabajo que realizan los escritores es una tarea pendiente. Percibo que cada área de las artes existe como una isla. Quizás sea necesario que las interacciones se multipliquen y se acrecienten para que el campo cultural sea más abierto.

El canon

¿Cómo se forma un canon? Un canon se conforma por la participación de críticos, editores, periodistas, lectores y los que inciden en la circulación, los que deciden cómo se arma o se desarma el mercado de libros. Todos los factores contribuyen a conformar lo que puede llamarse el mapa de la lectura, de la escritura, de la legitimación, la consagración y la circulación de los libros. Ese mapa tiene zonas de poder, en donde se concentra la toma de decisiones. En Argentina, el centro de edición, crítica, distribución, lectura, zona de habilitación, legitimación y consagración de los escritores está en Buenos Aires. Pero el problema no es que haya un centro. El problema es ver cómo se hace para activar otras zonas de circulación, decisión, legitimación y consagración de los libros y los escritores. Una parte de la crítica (académicos y periodistas, reseñistas y comentaristas) suelen repetir lo que dicen los críticos poderosos (podríamos decir así, los críticos que toman decisiones fuertes desde las editoriales comerciales y no comerciales). Entonces, se arma una larga cadena y la crítica funciona como una repetidora de mecanismos, como una máquina automática y consagratoria. A la vez que sucede esto todos los días, los meses y los años, quedan zonas de respiro, donde los lectores hacen lo que quieren y leen lo que quieren. Creo que a través de esa rendija, de esa posible zona de respiro, podemos pensar en la conformación de un mapa de lectura que albergue los libros de las otras narrativas. En este sentido, hay que redefinir la idea de tradición. No hay que comenzar con la idea que tienen los tradicionalistas de la tradición. No hay que dejarles la tradición a los tradicionalistas, dijo Pier Paolo Pasolini. Un nacionalista cree que la tradición está dada por la tierra, los árboles, los animales de la zona, por la idea de campo, podríamos decir. Creo que no se puede reducir la tradición al color local. Borges dijo en "El escritor argentino y la tradición" (Discusión, 1933) que al leer un libro del historiador Gibbon se dio cuenta del error de defender el color local. Dijo que un árabe como Mahoma no incluye en el Corán a los camellos. Dijo que Mahoma convive con los camellos y que no necesita destacar a los camellos como algo propio del lugar. Un turista destacaría a los camellos, pero un habitante de Arabia, acostumbrado a los camellos, no lo haría. Ahora bien, algo similar podríamos decir al apelar a la tradición en Tucumán o en México. No necesitamos exaltar nuestra condición de tucumanos o de habitantes del norte del país. Ser habitantes del norte es un hecho o una fatalidad. Nuestra tradición es el universo y no la tierra o el arte español o latinoamericano. De lo que se trata es de disponerse a leer el universo desde aquí.

La literatura nada tiene que ver con la geografía. Por tanto, los cuentos incluidos en El Puente no pueden ser considerados dignos porque hayan sido escritos por un cúmulo de autores nacidos en Tucumán. En todo caso, su condición de tucumanos es fruto del azar o de la necesidad. ¿Qué tienen en común Alberto Rojo (físico, músico y escritor que vive en EEUU) y Gabriel Guanica Cossa, uno de los más jóvenes reunidos en estas páginas? ¿Qué tienen en común Florencia Méttola, ironista por definición y Hugo Foguet, dueño de una imaginación prodigiosa, autor de un Ulises subtropical?

Esta reunión no es menos arbitraria que otras antologías. Solo desea la felicidad que brinda la lectura afanosa y menos civil. En ese sentido, es una límpida invitación al placer, un puente entre generaciones y búsquedas literarias.

Yerba Buena, Tucumán, 2014—2020

Los cuentos

Así es mamá

Juan José Hernández

No he conocido a nadie que posea la blancura de mamá. ¿Cómo extrañarse de que se llame Blanca? Vanamente, las pensionistas de mi casa pretenden imitarla: se pintan de azul los párpados, caminan sobre tacos Luis XV cruzan las piernas y fuman con aire lánguido. Como hace mamá. Sin embargo, qué lejos están de alcanzar su encanto. Nuestra casa, aunque su frente es de ladrillos sin revocar, no puede compararse con las demás viviendas del barrio. A pocos metros de la esquina se levantan las barreras del paso a nivel, y cruzando el terraplén corre una acequia de aguas servidas. El cuarto de mamá tiene un balcón que da a los naranjos de la vereda, pero sus persianas están siempre cerradas.

Cuesta imaginar, detrás de esas persianas, un cuarto tan lujoso como el de mamá. Cuadros de diferentes tamaños tapizan las paredes: algunos son recuerdos de sus viajes (mamá posando junto a la ex piedra movediza de Tandil, o en Mar del Plata, apoyada en un enorme lobo marino); otros, estampas religiosas (San José con el Niño, o un ángel con una van de azucenas, a los pies de la Virgen); otros, paisajes de almanaque y retratos de artistas de cine. Me gusta contemplar algunos objetos preciosos entre el desorden de los frascos de perfume y las cremas de belleza de su tocador: hay allí una artística polvera cuya tapa es una bailarina con pollera de tul, y gran número de animalitos de porcelana que no tienen mayor valor, pero que a mamá le traen suerte. Cuando uno de ellos se niega a favorecerla, mamá lo encierra por un tiempo adentro de un cajón, a manera de penitencia.

El tocador de mamá. Nunca me cansaré de admirar sus adornos. Debo decir que cada día aumentan. La semana pasada le regalaron una muñeca lenci vestida de española, que ella se apresuró a colocar al lado de otra, también de paño lenci, pero ataviada de criolla. Una venus de alabastro le sirve para colgar sus collares.

Mi cuarto, en cambio, es un altillo situado encima de la cocina. Como hasta el día de hoy mamá no ha conseguido dinero suficiente para hacer construir una escalera de material, para subir a mi cuarto debo emplear una escalera de mano que ella retira por las noches mientras duermo. Este aislamiento forzoso tranquiliza a mamá y le permite atender a sus invitados sin la preocupación de que a mí se me ocurra aparecer en lo mejor de la fiesta, y desmerecer su prestigio. Porque a pesar del barrio apartado y de los charcos de agua pantanosa que se forman en la calle cuando llueve, mamá acostumbra a organizar reuniones a las que acuden personas importantes de la ciudad: doctores, escribanos, funcionarios.

Una vez que se han ido los invitados, mamá vuelve a colocar en su sitio la escalera; en un papel que deja sobre la mesa de la cocina, escribe la lista de compras para el mercado y otras tareas que debo cumplir por la mañana, mientras ella y las pensionistas descansan.

Antes de las nueve bajo de mi altillo, preparo el desayuno, riego las plantas, y después de leer varias veces la lista para aprenderla de memoria salgo a la calle provisto de una red. Llevo conmigo una libreta de tapas azules para el almacén; otra, roja, para la carnicería, una tercera, negra, para el verdulero. Mamá detesta comprar al contado. Prefiere hacerlo a crédito; de ahí su agitación, a fin de mes, cuando junto con la cuenta de la luz recibe cartas que le recuerdan la cuota del tapado de piel, de la heladera, o de la licuadora. Otra característica de mamá es regatear el precio de las mercaderías, por insignificante que sea. Basta que el frutero le diga: “Treinta pesos el kilo de uvas, señora”, para que ella invariablemente conteste: “Muy caras, le doy veinticinco”. Si el vendedor se resiste, mamá, como último recurso, le entrega un billete de quinientos pesos a la espera de que el hombre no tenga dinero suficiente para el vuelto. Cuando así sucede, el vendedor acaba por resignarse y exclama: “No importa patrona; me paga mañana. Es igual”. Entonces ella sonríe, satisfecha de haber conseguido postergar por un día el pago de las uvas. Así es mamá.

Mientras hago las compras en el mercado puedo observar con detenimiento a la gente del barrio. Con la mirada sin brillo, la ropa manchada, los zapatos rotos, las mujeres tienen un aspecto lamentable. Suelen ir acompañadas de sus hijos, unos chicos igualmente desaliñados, de tez morena y ojos oblicuos. Quizá por eso mamá los llama “chinos” y me prohíbe jugar con ellos. Tampoco quiere que hable con las vecinas, esas arpías que no hacen otra cosa que ocuparse de la vida privada de los demás. Así dice mamá.

Las mujeres del barrio deberían prestar un poco de atención a su arreglo personal yal de sus hijos. No al extremo de mamá, que se baña dos veces por día, va a la peluquería del centro y se pasa las tardes recostada limándose las uñas, o sacándoles brillo a sus esclavas de plata (tiene veinte, y le cubren el antebrazo). Tampoco es

necesario que exageren, como hace mamá conmigo, y ondulen el pelo de sus hijos con una tijera caliente, o les compran pantalones de terciopelo y botas de charol, pero el olvido de las más elementales normas de aseo resulta en verdad intolerable. El barrio entero, que abandonaremos pronto si los planes de mamá se realizan, es un conjunto de hombres en camiseta, mujeres sin dientes, chicos descalzos.

Cuando vuelvo, mamá ya está levantada, pero las pensionistas continúan durmiendo. Al principio mamá me advirtió que si alguien me preguntaba en la calle quiénes eran esas señoritas, yo debía contestar: “Son mis primas”. Sin embargo, como después de un tiempo las supuestas primas se iban y eran reemplazadas por otras, ella juzgó conveniente llamarlas pensionistas.

Las pensionistas de esta temporada me parecen desagradables. La Cristina y la Yoli, tales son sus nombres, usan el mismo peinado en forma de cola de caballo, tartamudean y bostezan sin parar; a la noche, como por arte de magia, conversan animadamente, ríen a carcajadas, cantan. A menudo oigo sus voces desde mi altillo. Sólo mamá permanece silenciosa. Para eclipsarlas le basta su blancura y su corpulencia. Siempre recordaré la escena que presencié hace algunos años: mamá estaba en el patio, a medio vestir, rodeada de mujeres que tiraban de lazos y cintas con el propósito de ceñir su cuerpo dentro de un corsé. A cada tirón brusco de las cintas, se hundía el vientre de mamá, pero al mismo tiempo subían sus pechos, inflados como globos, y por los intersticios del corsé aparecían rombos de carne deslumbrante.

Mamá prepara el almuerzo y guarda en la heladera una fuente con rodajas de salame y ensalada para las pensionistas. “Es suficiente para esos esperpentos” dice. Luego, con un gesto de complicidad saca de su bolsillo una llave con la que abre un armario donde esconde unos frascos de higos en almíbar. En el armario, además, hay un juego de té chino que le regalaron para el casamiento. No conocí a mi padre. Murió o desapareció poco después de que yo naciera, pero por algunas conversaciones he deducido que debió de ser un hombre sin inquietudes, un fracasado. Todavía ahora, cuando las deudas apremian, mamá recuerda con tristeza un terrenito de su propiedad en el cerro, que se vio obligada a vender por culpa de él, “y que hoy valdría una fortuna”.

Una vez que terminamos de comer el postre, ayudo a mamá a poner en orden la cocina; después subo a mi cuarto y me visto para asistir a clase. Ignoro si el año próximo volveré al mismo colegio. Mamá dice que piensa inscribirme en otro, como alumno pupilo. Todo depende de un amigo suyo, un abogado que costeará mis estudios a condición de que ella abandone esta ciudad y atienda un negocio en Rosario de la Frontera.

Así nos explicó el domingo pasado. Estábamos reunidos en el comedor: la Yoli se depilaba una ceja; Cristina hojeaba revistas de modas; yo dibujaba un mapa en

mi cuaderno. De pronto mamá llegó muy agitada de la calle; se quitó los zapatos suspiró de alivio, y empezó a contarnos sus proyectos. Cuando terminó de hablar, hubo un silencio. Después se oyó la voz de Yoli. “Blanca”, le dijo, “estás loca. Eso es sepultarte en vida.” Mamá le contestó que la plata es plata en cualquier parte, que le preocupaba mi porvenir y que el negocio se abriría en una zona próspera llena de chacareros ricos y sembradores de papas. “Nosotras no te acompañamos”, dijeron al unísono las pensionistas. “No las necesito. Como ustedes, sobran”, contestó mamá con desdén.

Esa noche, en mi altillo, me conmovió pensar en los sacrificios a que mamá se resignaba para labrarme un porvenir. Abandonaría su dormitorio, sus reuniones. Yo era un obstáculo en su vida, y con el tiempo lo sería aún más. En Rosario de la Frontera, donde vaya a saber uno qué peligros la acechan, irá perdiendo su belleza. El nombre de ese pueblo me sugiere un ambiente de violencia como el de las películas del Lejano Oeste: ciclones, indios enfurecidos, paisanos borrachos. Quizá por eso, al dormirme, tuve un sueño extravagante: había un incendio en el cuarto de mamá, y ella, sujeta a los barrotes de la cama, amordazada, no podía hacer ningún movimiento ni articular palabra. Horrorizado, vi que las llamas empezaban a trepar por los flecos de la colcha tejida. Entonces corrí a la cocina en busca de un balde de agua, pero súbitamente me asaltó el imperioso deseo de comer higos en almíbar. El armario estaba abierto: retiré el frasco, y con la mayor tranquilidad me puse a satisfacer mi gula, sin ignorar que mamá corría el peligro de ser alcanzada por las llamas. “Se salvará”, me decía mientras devoraba grandes cucharadas de dulce. “No sé cómo, pero se salvará. Es demasiado fuerte para morir. No morirá nunca.”

Con los primeros calores han florecido los naranjos de la vereda; el viento trae el olor de los azahares mezclado al de las aguas podridas de la acequia. Al atardecer, he caminado por las calles del barrio. En un zaguán estrecho, un hombre inflaba las ruedas de su bicicleta; debajo de una morera, una vieja desplumaba una gallina; en un baldío, unos chicos que jugaban a la pelota me reconocieron y me arrojaron piedras. Luego corrieron a esconderse detrás de un arbusto.

No puedo tolerar la idea de entrar pupilo en un colegio y separarme de mamá. Lejos de ella, habrá de repetirse lo que sucedió hace tres años, cuando viajó a la Capital: enfermé de tristeza. Mientras duró su ausencia, las pensionistas que había en mi casa por aquella época no consiguieron que probase bocado; querían obligarme a comer, pero yo les escupía la sopa caliente en la cara. Extrañadas por mi conducta, tuvieron que cerrar con llave el dormitorio de mamá para impedir que me arrojara de bruces en su cama, sollozando. Sin mamá, el mundo es opaco y aburrido; languidecen las plantas del patio, y la casa entera se convierte en una especie de ruina con silbidos de trenes y chillidos de mujeres vulgares pintadas como pieles rojas.

Al volver de su viaje, mamá me trajo de regalo un mecano para hacerse perdonar su ausencia, pero yo, que estaba ofendido, adopté una expresión terca cuando ella me alzó en brazos. “¿Así es como este ángel del Señor recibe a su madre que lo quiere tanto?”, me dijo. Entonces me eché a llorar, al mismo tiempo que le besaba las mejillas y le suplicaba que no me abandonara nunca.

Anoche, por primera vez, mamá me permitió que asistiera a una de sus reuniones. “Sólo un momentito”, me previno, “y luego a la cama, sin chistar.” Quería presentarme al doctor Monasterio, “el abogado de quien te hablé, que tanto se interesa en nuestro futuro”.

El comedor estaba arreglado especialmente para la fiesta. Las sillas se alineaban contra la pared; pantallas de colores velaban el resplandor de los focos y proyectaban una penumbra rosada que favorecía a las pensionistas, otorgándoles juventud. En un ángulo estaba dispuesta la mesa, con botellas y platos de sándwiches.

Mi entrada provocó cierto estupor. “Es el pollito de la Blanca”, oí que murmuraban. Aunque el cuarto estaba lleno de humo y me picaban los ojos, pude distinguir a la Yoli que reía con afectación, la cabeza echada hacia atrás; a su lado, un señor gordo y calvo le acariciaba la espalda. También vi a la Cristina que rechazaba con un gesto de impaciencia a uno de los invitados, empeñado en decirle un secreto, o en morderle la oreja. Hombres maduros, en mangas de camisa, bebían ginebra con hielo; dos jóvenes, en cuclillas, arrojaban dados en el piso.

Mamá, tomándome de los hombros, me llevó hasta el lugar donde estaba sentado el doctor Monasterio.

—Mucho gusto, caballerito —dijo el abogado. Y me tendió una mano lánguida, cubierta de vello oscuro, que solté de inmediato. El abogado vestía con sencillez; sólo la perla del alfiler de corbata revelaba su prosperidad. Después de un momento prosiguió:

—¿Así que el caballerito quiere estudiar, ser un hombre de provecho? Muy bien, muy bien. Ya arreglaremos ese asunto con su mamá.

La voz autoritaria del abogado contrastaba con su aspecto insignificante; sus piernas, cruzadas, no llegaban al suelo. Hice un esfuerzo para dominar mi timidez y mirarlo a la cara: una cicatriz, que le bajaba desde el pómulos izquierdo hasta la comisura del labio superior, le tiraba hacia arriba la piel de la mejilla, dando a su fisonomía una expresión irónica. El abogado me acarició el pelo, me sonrió con simpatía. Yo hubiera querido decirle que no me importaba estudiar ni ser un hombre de provecho, que mi ideal era continuar al lado de mamá. Pero enmudecí, sofocado por el calor del cuarto, y aturdido por el ruido de la mica y las conversaciones. Mamá consideró ofensivo mi silencio y me pellizcó con disimulo. Mi reacción fijé automática:

—Muchas gracias señor. Encantado de conocerlo.

Mamá me miró complacida.

—Es un chico muy bueno y educado —dijo. Después, con los ojos en blanco, agregó su frase de costumbre—: Un ángel del Señor—. Enseguida me pidió que antes de acostarme sirviera un poco más de ginebra con hielo a los invitados. Me sorprendió el tono suplicante de su voz, su momentánea inseguridad como si alguna vez me hubiera negado a satisfacer el menor de sus deseos.

Fui hasta la mesa y retiré la bandeja con la botella, el hielo y los sándwiches. Yo tenía puesta una camisa de verano, de seda cruda, confeccionada por mamá con un retazo de género que le sobró de un vestido. Cada vez que me inclinaba con la bandeja, algún invitado me metía un billete de cincuenta o de cien pesos en el bolsillo de la camisa. Mamá, divertida, observaba la escena, y de cuando en cuando me guiñaba un ojo, orgullosa de tener un hijo tan desenvuelto y hábil. La verdad es que me costó bastante trabajo mantener el equilibrio con aquella bandeja pesada, y en cierto momento estuve a punto de arrojar el balde con hielo sobre la cabeza del amigo de la Cristina, que se permitió darme una palmada en las nalgas.

La Yoli, que es una romántica, puso por tercera vez un vals. El abogado se acercó a mamá para invitarla a bailar, pero ella le dijo que esperase un momento. Antes tenía que llevarme al altillo, porque no era bueno para la salud de un chico permanecer despierto hasta esas horas.

Cuando salimos al patio, respiré profundamente. El aire fresco disipó mi pesadez. Detrás de las risas y los cuchicheos de las pensionistas, podía oírse un zumbido ronco y repugnante: las voces de aquellos hombres que mamá reunía para pagar sus deudas, sus collares y mi educación. A la luz de la luna, la blancura de mamá daba vértigo.

Antes de subir por la escalera, saqué el dinero del bolsillo y se lo entregué. Ella se apresuró a guardarlo en el escote de su vestido. Luego me dijo, besándome en la frente: “Así me gusta, que sea generoso con su mamá”.

Desde anoche espero que llegará a comprender: puedo ser de alguna utilidad para sus negocios. Si decide llevarme a Rosario de la Frontera, le voy a sugerir que me embadurne la cara con betún y me rice el pelo: me convertiré en el negrito de los mandados, en su criado predilecto. O bien, como en la estampa en colores que hay en la cabecera de su cama, velaré eternamente su sueño, de rodillas en el umbral del cuarto, con las alas inmóviles y una vara de azucenas en la mano. Por algo ella repite que soy un ángel del Señor.

La última ballena

Horacio Elsinger

No recuerdo con precisión la fecha en que la ballena llegó a Tucumán, entonces yo era un niño de nueve años. Creo que fue en el otoño de 1958. Me enteré de su llegada una tarde que jugaba a las bolillas con mi primo en la calle y escuchamos el anuncio que hacía un autoparlante al pasar.

“¡Sensacional, único! ¡Nunca visto! ¡No se lo pierda! ¡Vea a Moby Dick, la ballena asesina!”.

Nos quedamos mirando con mi primo sin poder creer lo que escuchábamos. Ambos habíamos visto la película *Moby Dick* con Gregory Peck y aún teníamos frescas las imágenes del capitán Ahab caminando en la noche con su pata de palo sobre la cubierta del barco obsesionado con dar caza a la ballena blanca, la misma que en un anterior encuentro le había arrancado una pierna. Todavía podía ver la escena final del combate entre los dos contrincantes: el capitán emergía del agua sobre el lomo de su presa, enredado en las cuerdas de los arpones y, en lo que quizás era un saludo de despedida o un movimiento involuntario producido por el agua, levantaba el brazo y lo dejaba caer antes de ser arrastrado al fondo del mar. Moby Dick, misteriosa y terrible, desaparecía victoriosa para reinar soberana en su mundo.

Tras reponernos de la sorpresa salimos corriendo a recoger los volantes que habían arrojado desde del auto. La ballena iba a ser exhibida dentro de una carpa en la plaza ubicada junto a la estación en la parte baja de la ciudad. Apenas terminé de leer el volante decidí destinar todos mis esfuerzos a lograr que mi padre me llevase a ver al fabuloso animal. No me desanimó que después mi hermano mayor con aire de entendido me dijese que no podía tratarse de Moby Dick ya que ésta sólo existía en la novela y la película que llevaban su nombre. Para mí todas las ballenas eran Moby Dick. Todas tenían su fuerza y su misterio. Moby Dick había despertado mi interés por las ballenas. Leía todo lo que encontraba sobre ellas y todas me despertaban

una mezcla de fascinación y temor cuando las contemplaba en la ilustración de algún libro. Más tarde como millones de personas sería testigo de acontecimientos como el aterrizaje del hombre en la Luna, pero a los nueve años de edad la llegada de la ballena a la ciudad se convirtió en el acontecimiento más extraordinario de mi vida. Recuerdo la sonrisa de mi padre cuando irrumpí junto a mi primo en la casa agitando el volante en la mano y gritando: “¡Papá, papá llegó una ballena a la ciudad!”.

Esa noche antes de dormirme, después de conversar con mi hermano de una cama a otra en el cuarto que compartíamos sobre la procedencia del enorme cetáceo, recordé algo que me llenó de intranquilidad. En el libro *El reino del mar* que había encontrado en la biblioteca de la escuela se mencionaba una antigua leyenda de marineros. Según esta vieja creencia el mundo nació de las ballenas. Cuando los hombres mataron a la primera el eje de la creación tembló; las aguas del océano se hincharon y una inmensa ola que inundó la tierra firme casi hizo desaparecer la estirpe. Pero una terrible profecía se cernía sobre los hombres: cuando la última ballena sea asesinada la Tierra será destruida y volverá al abismo del cual surgió. Inmediatamente vino a mi mente las imágenes de un noticioso que había visto en el cine. Un barco pesquero perseguía a un grupo de ballenas y le disparaba sus arpones con un cañón, el agua se teñía inmediatamente de rojo y después se veía cómo despedaban sus cuerpos sobre la cubierta. No había ahí marineros remando vigorosamente en sus botes para acercarse peligrosamente a su presa y arponearla. Ni tampoco un temerario Ahab movido por una oscura pasión. Era una matanza fría y sistemática a la que tal vez ni Moby Dick habría sobrevivido. En el noticioso las ballenas permanecían en silencio durante la carnicería. Sin embargo recordaba haber leído que eran capaces de emitir sonidos que podían escucharse bajo el agua a 30 kilómetros de distancia. Algunos hablaban del canto de las ballenas. Me dormí pensando en las ballenas y en su canto. Tuve un sueño largo e intenso, pero al despertarme me había olvidado la mayor parte de él. No lograba aferrar o darle forma a una mezcla de sensaciones e imágenes fugaces. Sólo recordaba oscuramente que había estado en el fondo del mar y que llegaba hasta mí un sonido grave como el del órgano de tubo de una catedral al que le seguían luego unos gemidos lastimeros. Como un estribillo los sonidos se repetían una y otra vez. ¿Acaso había escuchado en sueños el canto de las ballenas?

Al domingo siguiente, junto a mi primo y mi hermano, fuimos con mi padre a ver la ballena. Una ballena en Tucumán era algo tan fuera de lugar como un paraguas sobre una mesa de disección. La gente se preguntaba qué hacía una ballena tan lejos del mar y tan cerca de la montaña. El sol empezaba a esconderse cuando llegamos a la plaza donde exhibían al animal. El lugar ofrecía un aspecto de feria. Vendedores de todo tipo voceaban sus productos. No faltaba “el hombre de la víbora” que con

el ofidio enroscado en su brazo atraía la atención del público mientras hablaba de las virtudes de las corbatas y medias de nylon que ofertaba. Una música alegre que provenía de un altoparlante ubicado junto a un poste de alumbrado se mezclaba con los aromas que desprendían los sartenes y parrillas de algunos puestos de comida. De la puerta de la carpa que guardaba la ballena surgía una cola que daba la vuelta a la plaza. Hombres y mujeres, ancianos y niños esperaban pacientes su turno para poder observar a la inusual visitante. En un cartel que presidía la entrada se podía leer en grandes letras rojas: Moby Dick, la ballena asesina. (También para los que habían puesto el letrero, pensé, todas las ballenas eran Moby Dick). Mi padre sacó la entrada en una pequeña caseta que hacía las veces de boletería y nos sumamos a la fila. Al poco rato percibí un olor fuerte y desagradable que no tarde en darme cuenta provenía del interior de la carpa. La gente en la cola comentaba que antes de ser trasladada hasta allí en un camión con acoplado la ballena había sido sometida a un proceso de embalsamamiento. Sin embargo, a juzgar por el olor, el procedimiento no había sido muy eficaz. Me entristecí un poco al pensar que la ballena seguía muriendo. Después de esperar más de una hora nos tocó el turno de entrar. Era ya de noche y la plaza lucía iluminada. Recuerdo que estreché fuertemente la mano de mi padre al ingresar a la carpa. No existe en el planeta un animal más grande que la ballena. Algunos ejemplares llegan a medir hasta treinta metros de largo y a pesar setenta toneladas. Su inmenso tamaño no le impide moverse en el mar con una increíble agilidad: es capaz de nadar a la par de un velero y de saltar totalmente fuera del agua. El mar es su mundo, su elemento. Pero una vez muerta y en tierra, se transforma en una inmensa y pesada mole de carne, grasa y huesos. No recuerdo con exactitud las dimensiones del animal que observé en el interior de la carpa, pero de algo estoy seguro: era el más grande que había visto jamás. El enorme cetáceo había sido colocado sobre una tarima circular que podía ser rodeada por el público. Se me estrujó el corazón al contemplarlo. El animal yacía allí despojado de la gracia y majestad que le eran propias en el agua. La piel que era tersa y brillante en el mar lucía ahora como un cartón viejo. Sentí que empezaba a marearme el olor que había en el ambiente y que me zumbaban los oídos. De pronto escuché con nitidez un sonido agudo y penetrante. Entonces tuve la visión. Tal vez haya recordado el sueño que había olvidado o sólo haya soñado por unos instantes. Vi que la ciudad estaba bajo las aguas y que algunos objetos que no pude reconocer flotaban entre sus calles desiertas. Al elevar la vista advertí de dónde provenía el sonido. Un grupo de ballenas nadaban formando un círculo alrededor de la carpa donde se encontraba su desgraciada hermana. Los animales chillaban, chillaban con desesperación; chillaban como había escuchado que lo hacen los cerdos al ser sacrificados. Después vi que una inmensa ola se elevaba del mar y crecía hasta ocultar la luz del sol. Lo siguiente que recuerdo son

las luces de la plaza y a mi padre que sentado en un banco me tenía en sus brazos. Con la preocupación todavía en el rostro me acariciaba el cabello y me explicaba que me había desvanecido dentro de la carpa. Desde entonces ha pasado mucho tiempo y sucedido muchas cosas. Ya nadie recuerda en la ciudad que alguna vez una ballena llegó hasta aquí, pero yo no me he olvidado. Aquel día dentro de la carpa me fue revelado algo que he tenido presente todos estos años: el fin del mundo está cerca.

Santiago

María Lobo

Habían dado por sentado que el vuelo aterrizaría en horario. Una pequeña aglomeración entorpecía la salida de los pasajeros que iban apareciendo detrás de las ventanas, arrastrando las valijas. En puntas de pie, Cinthya estaba como perdida entre toda esa gente, estirando el cuello, tratando de mirar por encima de los demás. Sin embargo apenas vio a su marido —Boy—haciéndole señas para que se le acercara, ella se resignó a dejar ese lugar que tanto le había costado conseguir. En las pantallas habían cambiado la información; ahora anunciaban que el avión que esperaban, el que venía desde Santiago de Chile, demoraría dos horas más. De lejos se veía que Boy traía unas revistas enrolladas. Cuando Cinthya salió de entre la multitud y llegó hasta donde él estaba, Boy se le acercó y señaló la pantalla. Todas esas personas habían bajado de otro avión. Cinthya agarró las revistas, se cruzó el bolso a un lado y las guardó allí adentro.

—¿Por qué hicimos esto? —le preguntó. El aeropuerto tenía calefacción, pero aun así en aquel hangar hacía frío. Cinthya se subió el cierre de la campera.

—Supongo que porque Ju tenía ganas de ir a Santiago —le dijo Boy.

Ju era el único hijo de ambos y había ido a pasar una semana a casa de los padres de Boy, en Santiago de Chile. Aunque ya calzaba el mismo número de zapatos que su madre, tenía nueve años. Esa era la primera vez que lo habían puesto solo en un avión. Iba precisamente arriba de ese vuelo demorado.

—Nosotros le preguntamos si quería ir —dijo Cinthya.

—A Ju le gusta que lo consientan.

—Preguntarle si quiere ir es decirle que tiene que ir —Cinthya se apoyó en el brazo de Boy y empezaron a caminar juntos, hacia los sillones de la sala de espera.

—Papá le había prometido llevarlo a esquiar —le dijo él—. En la aerolínea deben haber mentido el horario desde el principio.

Las revistas eran dos. Boy metió la mano en el bolso de Cinthya y abrió la que se había comprado para él, una publicación de comunicación alternativa que sólo se conseguía en Buenos Aires y que buscaba cada vez que estaban de paso. Boy dijo que ni siquiera tendrían tiempo de leer, que esas horas pasarían sin que se dieran cuenta. En el asiento de al lado de Cinthya había un bolso. Ella miró alrededor y como nadie parecía ser el dueño, lo dejó en la butaca del otro costado para poder estirarse un poco y se acomodó de espaldas al bolso, con las piernas cruzadas hacia adelante, como para descansar. Esa misma mañana habían tomado el vuelo que los llevó desde la provincia a Buenos Aires; dejaron las cosas en el hotel y de allí subieron a un taxi para ir a Ezeiza. El plan era quedarse el fin de semana los tres juntos, en la capital: Ju quería una tabla de *skate*. Compraban una nueva al menos tres veces al año, cosa con la que Cinthya no estaba de acuerdo. Ella consideraba que una persona podía incluso tener la misma tabla, si quisiera, durante toda la vida. Les había pedido a sus suegros que no se la regalaran, pero sabía que apenas salieran al día siguiente a pasear por Buenos Aires, Boy terminaría comprándosela. Y los *tracks*, y una llave para ajustar los tornillos y las ruedas. El propio Boy se lo había dicho mientras iban en el auto hacia el aeropuerto. Cinthya tenía tanas ganas de ver a Ju que cuando Boy le hizo ese comentario no fue capaz de decirle que no había razones lógicas para comprar esa tabla.

Hablaron por el parlante y Cinthya se incorporó en su asiento. Le pareció que habían dicho algo sobre Santiago. En el teléfono Boy encontró un mensaje de su padre, donde le explicaba que aunque habían embarcado en horario, Ju se había pasado dos horas sentado en el avión. Ahora Boy dormía con la revista sobre el pecho. Volaban a Santiago varias veces al año; habían pasado por esta situación en otras oportunidades. Boy y Ju tenían facilidad para dormirse en los aeropuertos, en los aviones. Ella, en cambio, no. Incluso cuando viajaban los dos solos en plan de turismo, los días previos Cinthya volvía de la universidad —a donde daba clases— y se quedaba conectada hasta tarde haciendo reservas, sacando entradas para teatros, conciertos, buscaba sitios nuevos a donde ir. En las esperas, cuando no estaba leyendo, se entretenía reorganizando la agenda. Esta vez era distinto. A Cinthya no se le había ocurrido, hasta ese momento, que en este viaje hubiera que poner esa clase de expectativas. Recordó que ella misma había calculado la fecha de regreso de Ju para que no surgieran contratiempos.

—¿Boy? —lo despertó—. Nos confiamos de las pantallas.

—Son las siete —le dijo él, mirando el reloj—. En el televisor siguen diciendo que llega en una hora.

—Pero mirá si aterrizó y la información está mal —le dijo ella—. Hoy es el día del Perdón. Se suponía que no iban a demorar ni cancelar vuelos en una fecha así.

—Qué les importa a ellos el Día del Perdón —le dijo él—. Ya sabemos que en los aeropuertos nadie te explica nada. Tampoco creo que si encontramos a alguien más amable vayan a decirnos otra cosa.

Allá arriba, donde sea que estuviera Ju ahora, tampoco había seres humanos. Las azafatas tenían la piel clara y llevaban el pelo atado, no eran como las empleadas domésticas. Cinthya lo sabía. Ella había empezado a viajar en avión desde que era muy niña. Nunca sola, sino con sus padres; iban a Buenos Aires, a visitar a la familia de su madre, y la mayoría de las veces, por lo menos hasta que el menor de los cuatro hermanos de Cinthya tuvo unos seis años, volaban junto a la empleada doméstica, la que fuera que estuviera en ese momento. Las señoras que la habían cuidado no eran geniales: en la radio ponían sólo la música que les gustaba a ellas y cuando sus padres salían a cenar, se iban a la cama antes de que Cinthya se quedara dormida. Sin embargo, nunca le decían “mi amor”, como recuerda ella que la llamaban las azafatas de los aviones a Buenos Aires. A diferencia de las empleadas, las azafatas te trataban con demasiado cariño, aunque no formaban parte de tu vida; no eran personas en las que confiabas para ir a hacer pis. Ju ahora iba solo en el avión. Cuando discutieron sobre dejarlo ir o no a Cinthya jamás se le pasó por la cabeza subirlo a un avión con una empleada doméstica. Ju no estaba a cargo de una de esas señoras; tenían una niñera. Era una chica de veinte y pico que estaba en casa desde que él tenía cuatro años. Al principio Cinthya se había propuesto ser madre sin ayuda y lo cierto es que logró ingeniárselas durante los primeros meses, pero luego se le hizo insostenible. Se había jurado que Ju empezaría a viajar a casa de sus abuelos cuando fuera más grande. Eso tampoco había salido bien. La prueba era esa misma tarde de septiembre, en la que estaban sentados esperando que Ju se bajara del avión. De modo que era probable que cada minuto de demora fuera un minuto en que Ju se estuviera aguantando para ir al baño. Minutos sin alguien con quien conversar. De todas maneras, mientras seguían allí, Cinthya no sólo pensó en la soledad de su hijo arriba de ese vuelo, sino también en la posibilidad de que al piloto se le ocurriera pegar la vuelta, que decidiera volver a Santiago. Boy se había adormecido otra vez. Ya no tenía la revista abierta ni llevaba puestos los anteojos, sino que se había recostado con el cuerpo inclinado hacia atrás, completamente relajado. Ella y él no tenían planes de pareja; se preguntó qué harían esa noche si el avión de Ju no aterrizara en Buenos Aires.

Cinthya se levantó para estirar las piernas, dio un rodeo por el sector donde esperaban, y luego volvió a acomodarse en el asiento. Detrás de los ventanales se veía el cielo rosado, aunque en el hangar no hacía más frío. Las luces blancas te atontaban; los aeropuertos eran de esos sitios en los que Cinthya, apenas entraba y aunque se quedara solo unos pocos minutos, siempre sentía que se quedaba sin

foco visual. Había muchos pasajeros en tránsito, parejas, parejas con hijos. Muchos de ellos eran capaces de dormir a pesar del bullicio.

—¿Boy? —le dijo.

—¿Cinthya? —la reparó él. No se movió del asiento ni dejó de quedarse con la cabeza hacia atrás, pero se puso los lentes, como quien vuelve al mundo.

—Parece que va a llover —dijo Cinthya—. Deberíamos preguntar si todo sigue igual.

—¿Por la lluvia?

—Quién sabe lo que está pasando allá arriba —le dijo ella.

—Qué va a pasar —le dijo él—. Los aviones en realidad no están tan pendientes del clima.

El éxito de los viajes que hacían Cinthya y Boy dependía, en gran medida, de esa clase de cosas. Del tiempo de espera en un aeropuerto, de coincidir con alguna pareja de amigos por unos días, del clima. De la profundidad del colchón o la cantidad de hilos de las sábanas, del ceviche o del tamaño de los chipirones. Aunque no se lo comentaba a Boy, Cinthya rara vez reparaba en esos detalles si estaba de viaje por trabajo. En los últimos años, desde que Ju había empezado el colegio, Cinthya solía ir a algunos congresos de comunicación. Tenía una beca y debía presentar sus artículos de investigación al menos dos veces al año fuera de la provincia. Aunque Boy también era becario programaba sus viajes de manera que no coincidieran, algo que no habían arreglado explícitamente, una especie de acuerdo tácito. Cinthya elegía congresos afuera del país; por lo general iba a Centroamérica. En esas ocasiones era capaz de pasarla bien aunque fuera a un cuarto de hotel sin bañera y tuviera que usar un haragán para limpiar el piso después de tomar una ducha. Ahora no estaban allí por ella misma; tampoco por ella y Boy, sino por Ju. Tal vez Boy fuera más realista. Tal vez no valía la pena, pensó Cinthya, eso de andar buscando alguien que les diera una información sobre ese vuelo. Tal vez cualquier cosa que les dijeran terminaría siendo falsa. Le preguntó a Boy si sería capaz ir a buscar un café.

—Querés que llame a papá —le preguntó él.

—Ponete en el lugar de ellos, van a pensar cualquier cosa —dijo Cinthya—. Además ya te lo dije: no van a hacer nada raro en el Día del Perdón.

—Vos pensás cualquier cosa.

—Es mejor —dijo ella—. Pensar que se va a morir alguien. Es como protegerlo. Nadie muere justo cuando alguien lo estaba pensando.

Boy se levantó del asiento y miró hacia afuera.

—No la dije a la palabra —le explicó ella—. Dije morir, muere.

—Ya sé que no la dijiste —Boy se metió las manos en los bolsillos—. ¿Traigo algo para comer?

Además de asentar los pies mucho más que ella sobre la tierra, Boy tenía una manera eficiente de simplificar las situaciones. Cinthya le pidió que comprara un paquete de galletas de miel y se quedó mirándolo ir con las manos adentro del canguro, los pantalones grandes, ese aire de forastero que ella notaba en Boy no sólo cuando estaban afuera, sino también en su propia ciudad. Él podría haberle dicho que si estaban en ese aeropuerto era por una decisión de ambos. Lo conversaron durante varios meses, desde que el papá de Boy había llamado para invitar a Ju a un programa de aventura en la nieve. Al principio a ella le pareció que Ju todavía no tenía edad para volar sin sus padres, pero aun teniendo la opción de negarse, finalmente había accedido. Sin embargo Boy no se lo recordó. Naturalizaba las situaciones, todo lo que tuviera que ver con la vida en pareja, con ser padres. Incluso aquella noche en que Cinthya le había propuesto contratar a una niñera, Boy se lo tomó como si eso hubiera sido algo que sucedería tarde o temprano. La cocina estaba hecha un desastre, con los platos de la cena sin lavar, Ju tardaba en dormirse y como ninguno de los dos sabía qué más hacer, hubo que bañarlo en plena madrugada. Habían puesto lo mejor de sí y sin embargo llevaban meses sin lograr que Ju se durmiera en un buen horario. Cinthya venía de una cadena de retrasos en la universidad y esa era la última noche que le quedaba para presentar un avance de un trabajo para la beca. En aquella oportunidad, cuando ella le gritó a Ju y le cerró la puerta de la habitación y perdió el control y dijo que estaba harta del bebé, Boy tampoco le hizo notar ella le había jurado alguna vez no contratar nunca más a una niñera.

Cinthya abrió la revista que Boy había dejado sobre su asiento. No alcanzó a leer las primeras líneas cuando él llegó con las galletitas y el café. Sacó dos sobres de edulcorante para Cinthya y se quedó con los de azúcar para él. Le comentó que en la cafetería había conversado con una pareja que también esperaba a alguien que venía en el vuelo de Santiago.

—Escucharon que el avión está por aterrizar en el horario que anuncian los televisores —le dijo. Boy se metió una galleta en la boca, pero como Cinthya no le contestó nada, insistió—: Quiero decir que fueron dos horas de retraso y nada más, ¿está bien?

—No dije que algo estaba mal —le dijo ella—. Es sólo que me imaginé que todo iba a ser más simple: tomar un avión, volar, llegar al aeropuerto y punto.

—Boba —le dijo él. Boy tenía una sonrisa de orgullo, que destinaba indistintamente a Cinthya o a Ju cuando se daba la situación en que se suponía que alguno de ellos necesitaba protección—. No pasó nada.

A Cinthya le gustaba la forma en que a Boy se le acentuaban las arrugas del contorno de los ojos. En verdad, en ese aeropuerto no había pasado nada excepto que aquella espera le había recordado a ella los pasajes de soledad de su propia

infancia. Sólo quedaba media hora para que aterrizara el avión. Cinthya se recostó sobre el hombro de Boy, cruzó los brazos y cerró los ojos. En aquella época, cuando iba a la escuela primaria, Cinthya solía pensar que en toda la ciudad había un solo lugar de pisos alfombrados. Era el cuarto de juegos de una compañera del colegio. La casa estaba camino al cerro, cerca del aeroclub; no era grande pero sí llamativa, porque había espacios con desniveles. De hecho, la sala de juegos se elevaba sobre la mitad del living, al final de una escalera blanca. En ese mismo sitio Cinthya vio películas en VHS y conoció lo que era una computadora. Los padres de su compañera no estaban nunca así que si ibas a jugar, era probable que quedaras al cargo de una empleada doméstica. Lo inusual estaba en el detalle de que esa empleada era siempre la misma. No como en otras casas, no como en la de Cinthya. En cambio si se lo propusiera, Cinthya podría hacer una lista de las empleadas que prestaron servicios a su familia y anotaría una treintena, y seguramente se olvidaría de alguna. La empleada de la casa con pisos de alfombra no iba a la universidad, no hablaba idiomas, era pobre. Pero sabía tostar los sándwiches. En cualquier caso, esa mujer era lo más parecido a lo que tiempo después, cuando Cinthya fue madre, empezó a conocerse como el oficio de niñera. No es necesario que lo haga, pero a menudo cuando vuelve de la universidad Cinthya pasa con la camioneta por la calle donde estaba aquella casa. Ella y Boy viven en un barrio en la zona del piedemonte. Hay muchas de esas extensiones privadas ahora. Terrenos grandes, diseños arquitectónicos en bloques modernos, cortaderas, jardines de paisajista y con pileta, regadores por aspersión. Para ir a casa Cinthya debería entrar en el segundo puente, pero algunas veces dobla a la entrada del primero, como si fuera de camino al aeroclub. La casa de su compañera de colegio ya no está allí. En su lugar hay un centro comercial con cines.

En un momento, Cinthya abrió los ojos y observó que Boy dormía otra vez. Si la naturalización de la paternidad le estaba cavando pozos profundos, eso no era del todo visible. Cada vez que Ju le interrumpía mientras estaban hablando entre adultos, Boy sencillamente le exigía que se levantara de la mesa. Y después no se lo cuestionaba a sí mismo. Como sus padres eran diplomáticos, Boy y su familia habían andado de ciudad en ciudad, habían subido y bajado de cientos de aviones y ahora mismo sus padres vivían en Chile y su hermano en Colombia. Boy no había seguido la carrera diplomática sino que era doctor en antropología; esa era la razón por la que se había quedado en Argentina. Cinthya les reprochaba tanto a sus padres que la hubieran dejado sola que ahora tenía miedo de los registros que ese avión a Santiago podía dejar grabados en la experiencia de su hijo.

Los barrios cerrados y los *countries* están en medio del cerro, mucho más arriba de la casa donde viven ellos. La mayoría de esos residenciales han desmontado el bosque y tienen que remover la tierra para construir ahí. Es difícil conseguir servicio

doméstico que quiera quedarse en medio de la montaña, lejos de la ciudad y de las periferias, de donde provienen las chicas domésticas. Cuando nació Ju, Cinthya ya había escuchado hablar sobre el empleo cama adentro, sobre los sueldos y el trabajo en negro, sobre la importancia de arreglar para que las empleadas se quedaran el sábado a la noche sin pagarles extra. Como fue madre después de los treinta tenía horas de vuelo en reuniones de temática maternal como la compulsión por la marca Avent, los pezones irritados y el problema del vocabulario torpe de las empleadas, que para desgracia de muchas madres, los niños incorporaban en dos minutos. También sabía que las licencias por maternidad se concedían por tres meses. Partían el acontecimiento justo al medio, como si pudiera partirse. De modo que las mujeres debían volver a trabajar a pesar de que el bebé no hubiera cumplido sesenta días. Sin embargo, después de su cesárea Cinthya se tomó más tiempo, usando las vacaciones a las que había renunciado cuando ya sabía que estaba embarazada, y luego pidió seis meses más sin goce de sueldo. Una buena parte de esos días los pasó entrevistando a las personas que, se suponía, quedarían a cargo del bebé cuando ella volviera a la universidad. Habían puesto un aviso en el diario. En casa trabajaba una señora que limpiaba y se encargaba de la cocina. No emplearían a alguien que se quedara a vivir con ellos. Cinthya quería intentar un sistema propio, distinto al de su madre y al que acostumbraban las madres que ella conocía. La elección de una joven estudiante parecía una opción excelente. Alguien que viniera por horas, alguien que supiera quién era Alice Munro. “Entonces le pregunté si sabía quién era Marie Curie”, le había dicho a Boy esa tarde, cuando acababa de contratar a su primera niñera. Tenía a Ju tomando de la mamadera y aunque no le gustaba hablar mientras eso sucedía, había atendido el teléfono. Estaba entusiasmada. “¿Y lo sabía?”, le preguntó él. “No —le contestó Cinthya—. Pero tiene un piercing en la oreja, no en los labios ni en las cejas”. No se arrepentía de haber contratado a esa chica. Después de aquella vino otra, y luego otra más. Podía equivocarse en la elección. Eso no la desanimaba, como ella hubiera creído. Sólo algunas veces sentía que estaba cambiando figuritas; sólo a veces caía en la cuenta de que pasara quien pasase por ese puesto de niñera, lo cierto era que ella ya no volvería a ser madre sin pedir ayuda. Otras veces, cuando anochecía y la niñera se despedía de Ju hasta el día siguiente, Cinthya reparaba en la complicidad que había entre su hijo y las niñeras. Sólo entonces se veía a sí misma como lo que probablemente era: una madre con defectos, como cualquier otra.

Seguía recostada sobre la butaca de la sala de espera. En un momento, tuvo la sensación de que la espalda se le enfriaba, que alguien le quitaba algo. Cinthya se dio vuelta y notó que el dueño del bolso que ella había cambiado de lugar lo había levantado de donde estaba y ahora lo tenía encima de las piernas. Ella se puso los

anteojos y miró hacia la pantalla, a donde anunciaban con letras amarillas que el avión de Santiago estaba en tierra.

No discutieron el menú. Había un restaurante en Palermo donde servían el mejor ceviche de Buenos Aires; al salir del aeropuerto, entre Boy y Ju cargaron la valija y la mochila en el baúl del taxi y fueron directamente a ese lugar. El ambiente no era familiar, pero Ju tampoco era más esa especie de estorbo que años atrás les había obligado a andar con un cochecito fuera de tono, buscando un lugar con puertas simples y donde no hubiera demasiado silencio. Ju eligió la mesa y le ayudó a Cinthya a acomodar el bolso y el abrigo sobre la silla. Estaba unos centímetros más alto, de eso Cinthya podía estar segura, pero se cuidó de no comentárselo. Ella y Boy eran de la generación sensible al diseño y al videoclip. Tampoco tenían miedos de la década del setenta. Ella había comido sushi durante todo su embarazo y ahora estaba sentada junto a su hijo de nueve años, dispuestos a elegir el mejor plato de pescado crudo. A pesar de que se veían sólo una vez cada dos meses, Ju y los abuelos de Santiago se llevaban muy bien. El hermano de Boy era gay y aunque él y su pareja daban vueltas al asunto de la adopción, aún no daban el paso. Ju era entonces el único nieto; los padres de Boy, entre otras tantas cosas, le habían comprado un perro al que veían noche de por medio en una sesión de Skype.

—Ya sé —dijo Ju—. Me vas a decir que no.

Estaban viendo un video en su teléfono. Los abuelos habían registrado un momento en que ellos conversaban sobre Ju y el perro aullaba y se trepaba a la ventana como si supiera de quién hablaban, como si el perro esperara que Ju apareciera.

—Entonces no lo preguntes —Cinthya sabía que Ju iba a pedirle otra vez, como lo hacía en cada ocasión en que volvían de Santiago, que trajeran al perro a vivir con ellos.

—Pero por qué no —le dijo él.

—Viajamos mucho —dijo Boy—. Eso es un problema, él tampoco la pasaría bien.

Durante la cena vieron algunas fotos de la nieve y varios videos que mostraban los progresos de Ju en el *snowboard*. En un momento Cinthya observó que en ninguna de las demás mesas del restaurante había niños. Eran parejas que se veían como debían verse ella y Boy cuando salían a cenar sin Ju, los martes. ¿Cómo debían de hacerlo todas esas personas? ¿Esa gente tenía hijos? Los martes ella y Boy le pagaban un extra a Sol —la niñera que llevaba con ellos los últimos cinco años— para que cuidara de Ju hasta las once. Cuando llegaban, él ya estaba dormido. Por lo general, como ella siempre volvía a casa con muchas ganas de hacer pis, pasaba directamente al baño y Boy se quedaba conversando con Sol. Desde el *toilette* del *living* podía escucharlos. Cada vez que estaba en esa situación, oyendo las voces acercarse y alejarse en la distancia del baño, Cinthya se preguntaba si Sol se daba

cuenta de que ella tenía las mejillas coloradas, si creería que era alcohólica, si la consideraba una mujer mayor, si Sol pensaba que Cinthya podría ser su madre. A los veinte y pico, alguien de treinta y pico es alguien grande. Nunca llegaba a buenas conclusiones. Cinthya se levantaba, se subía las medias de seda bien alto, de manera que la cintura no se le partiera en dos rollitos, y se sentía obligada a salir otra vez a sonreír y a hacerle comentarios juveniles a la niñera.

Ahí mismo, entre esas personas que iban a pagar muy cara aquella cena a media luz, había chicas como Sol. Adolescentes con anteojos intelectuales. Ella y su novio tenían una empresa de diseño de indumentaria que comercializaba sólo vía Facebook. Algunos martes Cinthya también se preguntaba si a Sol le parecería ridículo que ella le encargara una de esas zapatillas con motivos de *animé* pintadas a mano que aparecían fotografiadas en el muro de Sol. Cinthya nunca hubiera cuidado algún niño cuando tenía esa edad. Mientras estudiaba en la universidad trabajó como secretaria del estudio jurídico de sus padres; viajaba a la playa en los meses de verano y esquiaba en el sur durante el receso invernal. Tenía una tarjeta de crédito sin límite cuyo resumen no estaba del todo claro si pagaban su padre o su madre. Pero en cualquier caso, cuando decidió estudiar Filosofía y sus padres le sugirieron que se lo pensara bien, tampoco fueron más lejos de esa sugerencia: no se la cancelaron. Si había algo que en casa de Cinthya no se cuestionaba, eso era la circulación del dinero. Cuando conoció a Boy, Cinthya ya había pasado por dos estúpidos intentos de sacrificio económico, renunciando al generoso depósito anual que sus padres le hacían en una cuenta a fin de año. Después de todo, ese era el dinero que ahora les permitía sostener la vida que llevaban.

Apenas Sol se empleó como niñera, Cinthya intentó averiguar cómo una estudiante de diseño soportaría los caprichos de hijos ajenos. Incluso ella, incluso Boy, solían hacerse los tontos cuando Ju gritaba desde el baño para que alguien fuera a limpiarle el trasero. Sol tenía una mamá muy joven y seis hermanos pequeños. ¿No eran demasiados niños? Había algo en esa chica que le hacía recordar sus años en la facultad de Filosofía, y al mismo tiempo Cinthya sabía que no era lo mismo haber sido joven en los noventa que tener diecinueve años en la época de las pantallas táctiles. Hubo un tiempo en que Cinthya llegaba más temprano a casa y las dos se quedaban conversando, mientras bañaban a Ju. Sol no cambiaba la jerga. Decía que su novio le hacía el *aguante*, las fiestas eran *altas* fiestas, hablaban sobre algunos tipos de marihuana. Pero no era del todo natural. Por lo general las charlas siempre llegaban a un punto en el que Cinthya no reconocía una expresión, había cigarrillos que no estaba dispuesta a fumar, un lugar al que iba todo inevitablemente, un modo en que Sol establecía cierta distancia. Sin embargo, después de tantos años de convivencia, Sol era parte del trabajo conjunto y Cinthya se acostumbró a olvidarse de

la mayoría de los asuntos del colegio de Ju, de sus horarios de natación, de agendar los teléfonos de las madres de los compañeros, se hizo a la idea de contar con la memoria de alguien más. Cada Navidad pensaba en la niñera cuando hacía la lista de los regalos que debían comprar. Sol no era como las empleadas esporádicas que habían cuidado de ella y de sus hermanos; aunque eso no significaba que Cinthya se las hubiera ingeniado por sí misma para ser madre. A veces se preguntaba si Ju no estaba ya lo suficientemente centrado como para quedarse solo, o si ella podía replantear sus horarios de clase, incluso dejar algunas horas. Pero luego venía otra Navidad y en el árbol de casa amanecía una vez más un paquete para Sol.

—No tendrás un doble de riesgo —le dijo Boy a Ju—. Voy a preguntarles a tus abuelos mañana mismo quién es ese chico que va a toda velocidad por la montaña.

Estaban en la cama del hotel, viendo otra vez los videos en donde aparecía Ju sobre su tabla de *snowboard*, bajando la pendiente con una habilidad increíble para un niño de su edad. Boy le quitó el teléfono y le dio unas pataditas, como hacían todas las noches, antes de que Ju se acostara. Dijo que no se le veía la cara, que estaba todo camuflado bajo el equipo de nieve. Sugería que ese video era un engaño, que el niño de la película bien podía ser cualquiera.

—Preguntales —Ju estaba colorado. Era evidente cómo disfrutaba el papel de ombligo del mundo de su padre.

Cinthya acababa de tomar una ducha y ahora se peinaba frente al espejo. La habitación que les habían dado era en el piso once; tenía un ventanal de punta a punta con cortinas dobles. Ella había dejado descorrida la de *blackout*, de modo que había una buena vista a las luces de Buenos Aires a través de los paños de *voille*. En el espejo se reflejaba ese fondo rosado, detrás de los vidrios, pero también estaba ella. Todavía usaba el pelo largo y se lo teñía de su castaño original. Así envuelta en una toalla, sin los anteojos, podía pasar por una chica cinco o seis años más joven, y de hecho Boy muchas veces, cuando iba a buscarla a la universidad, solía dejarla esperando y aparecía por detrás. Le decía que la había confundido con una alumna. Encendió el secador de pelo y Boy y Ju subieron el volumen de la tele. Ella recordó que Ju le había dicho, hacía poco, que era linda a pesar del enorme lunar que tenía a un costado de la cara.

—Mami, no escuchamos nada —le dijo Ju. Salió de la cama de un salto y se puso frente a la pantalla del televisor.

—Son siete minutos —le dijo ella.

—Pero en siete minutos se termina todo —agarró el control remoto, apagó el televisor y anunció que se iba a ver la tele en su propia habitación.

Era una *suite*; aunque tenían acceso independiente, las dos habitaciones estaban conectadas por una puerta interna. Hasta no hacía mucho Ju se hubiera quedado a

dormir en la misma cama, junto a ellos. El paso del tiempo estaba ahí; habían pedido la suite porque era él quien quería dormir solo. También logró convencerlos de que le dieran la tarjeta para abrir su puerta, aunque se la habían entregado bajo la promesa de que la usaría sólo para encender la luz. Todavía Cinthya no había terminado de arreglarse el pelo cuando Ju entró de nuevo en la habitación principal. Se plantó frente a la ventana y descorrió las cortinas.

—¿Qué son esas cruces? —les preguntó.

Boy se levantó de la cama y miró hacia donde Ju señalaba, con la cabeza pegada al vidrio. Era el cementerio de la Recoleta. Aunque afuera estaba oscuro y era un piso alto, las siluetas de los monumentos se distinguían perfectamente.

—Es una iglesia —dijo Cinthya—. ¿No te habías ido a la cama?

—Pero hay un montón de cruces —insistió Ju.

Lo convencieron de que eso que se veía allí era una iglesia diciéndole que al día siguiente harían lo posible por llevarlo a conocerla. Cinthya y Boy no eran creyentes; su hijo estaba familiarizado con distintos tipos de religiones por algunos compañeros de colegio y conocía lo que era una iglesia de la misma manera en que sabía también cuál era el planeta más alejado del sol o qué era un número primo. Ju levantó la almohada que había llevado en señal de que se instalaría en la cama de sus padres y volvió a su habitación. Cuando escuchó que Ju había encendido la televisión otra vez, Cinthya se acercó a la ventana para las cortinas y dijo:

—Creo que somos dos mentirosos.

Pero entonces Boy la abrazó por atrás. Se quedó mirando hacia afuera, al mismo lugar a donde se suponía que miraba ella; le tocó la cola.

—A mí me daría miedo —dijo Cinthya—. Saber que estamos encima de un cementerio.

—No podemos tomarnos una botella de vino delante de nuestro propio hijo —Boy aspiró el perfume del pelo recién lavado de Cinthya y le dio un beso en la oreja.

Ella estaba cansada, tenía los ojos irritados y sentía la cara encendida. De alguna manera, esa frase que Boy repetía siempre, cuando volvían de cenar los dos solos, le hacía sentir que ella todavía podía ser una vía de desliz, una musa para cualquier hombre que se emborrachara con cierta moderación.

—¿Ves? Como si Ju no se diera cuenta de lo que estamos haciendo —le dijo ella—. Bebemos como si estuviéramos solos —se acomodó el nudo que sostenía la toalla—. Y al final para qué: el vino no es lo mismo que en las películas.

Se enredaron un poco y un poco a los tumbos terminaron arriba de la cama. Boy agarró el control remoto; subió un poco el volumen del televisor, que había quedado bajo antes de que Ju lo apagara. Cinthya dejó la toalla en el suelo, revolvió la valija y se puso la remera XL que usaba para dormir.

—¿Qué cosa de las películas? —le preguntó él.

—Bueno, que va de relleno —dijo Cinthya—. El vino no es lo importante.

—Depende de la película.

—No, no lo creo —dijo ella y se recostó sobre el hombro de Boy—. En la vida real te dan ganas de dormirte. O de hacer pis.

En el cable estaban pasando uno de esos *realities* norteamericanos que muestran a las ciudades desde adentro dentro. Estaban en Nueva York, en una casa donde se hacían los mejores tatuajes de todo Manhattan. La gente iba y contaba en pantalla a primer plano la idea del tatuaje que quería hacerse, después estaba la simulación de que esa misma persona llegaba al lugar como por primera vez, elegía un tatuador para que se lo hiciera, y mientras los iban pintando conversaban sobre la historia del tatuaje. Una chica había ido con la foto de su abuelo cuando era bebé. El tatuaje tenía sombras, había quedado idéntico a la imagen original; luego sorprendentemente venía el abuelo, todos lloraban y así. “Qué genial —dijo Cinthya—. Yo quiero uno de esos”. Entonces apareció Ju, arrastrando la almohada otra vez. Para dormir usaba una camiseta de Foster the People, pero Cinthya observó que se había puesto un pantalón de pijama celeste pastel con un estampado de vagones de trencitos, que ella cargaba siempre en la valija aunque Ju se lo ponía sólo si tenía mucho frío.

—¿Qué hacés acá, pichón? —le preguntó Boy.

Mientras Ju se acomodaba en el medio de la cama, Cinthya se preguntó cuál sería la fórmula de la niñera para que su hijo terminara cansado todos los días y ella y Boy no tuvieran problemas. Eran más de las doce de la noche; hacía años que Ju no estaba despierto hasta esa hora. Por algunas conversaciones con él, Cinthya sabía que Sol, después de terminar la tarea del colegio, le hacía dibujar con moldes de mandalas, aunque ella no veía nunca esos dibujos porque Sol se los guardaba para ella. Ese día, sin ir más lejos, Ju había tenido una jornada de avión intensa y sin embargo estaba ahí, en el medio de la cama de sus padres.

—¿Podemos ver dibujitos? —les preguntó.

—Sólo si están dando alguno que nos guste a mamá y a mí también —le dijo Boy—. Y sólo porque estamos en Buenos Aires.

El trato siguiente fue que Ju se quedaría hasta que terminara el capítulo de Phineas y Ferb, y después sin protestar volvería a su cama. Boy y Ju cruzaron las piernas por encima de sus rodillas y se abrazaron. Mientras los veía, Cinthya sintió esa especie de angustia alegre que experimentaba cuando se daba cuenta de que su marido y su hijo eran idénticos. Todo lo que iba a estar en la cabeza de Ju cuando fuera grande se estaba mezclando ahí, entre las sábanas de sus padres, pero también venía todo lo demás. Los compañeros de colegio, el agua y la nieve, Sol o tal vez alguna otra niñera, la tele y el Minecraft, los abuelos, una luz encendida para poder

dormir de noche, las cuadras que caminaría hacia distintos lugares, la soledad en los aviones mientras empezaba a ponerse un poco más grande. Ella misma, Cinthya, era una síntesis de algo, y ahora estaba en el lugar de madre. No se veía incómoda siendo una madre y deseaba seguir siendo una madre. Pero era consciente de que jamás tendría control por fuera de lo que no formaba parte de ella. De alguna manera se había ido desligando con toda naturalidad de eso que la excedía, y sin embargo sentía que en realidad no tenía más opciones, que la vida de su hijo significaba en sí una responsabilidad que ella no podía cumplir.

Se escuchó la canción de la serie que estaban viendo en la televisión. La guitarra que anunciaba el final del capítulo y luego venían los comerciales del Disney XD; Cinthya se quitó el almohadón del respaldo y les dijo que se habían terminado las vacaciones.

—¿Sabían que estamos muy pero muy cerca de poder conectarnos en los aviones? —les dijo Ju. No parecía dispuesto a cumplir su parte del trato en lo más mínimo.

—¿Conectarnos a internet? —Boy apagó el televisor. Cinthya sabía que él había entendido el mensaje, aunque esperaba también las vueltas que empezaría a dar Boy antes de ponerse firme, teniendo en cuenta que todavía se dejaba envolver por los trucos de Ju.

—Ahá. ¿Y sabías que lanzarán un satélite? Y después lanzarán tres más y en poco tiempo habrá internet en todos los aviones de todo el mundo —dijo Ju.

—Imposible —dijo Boy—. De dónde sacaste eso.

—Me lo contó el señor que venía al lado mío. Me dejó comerme la mitad de su flan y dijo que en los aviones de Europa ya te dejan hablar por celular.

—No me digas —dijo Boy—. ¿Y qué más nos contó ese señor tan interesante?

—Basta, Boy —dijo Cinthya—. Pueden seguir la charla en la cama de Ju, si eso es lo que quieren —apagó la luz del velador—. Pero creo que ha sido un día largo.

—¿Van a comprarme mi tabla nueva? —insistió Ju. Boy lo levantó de la cama, se lo puso al hombro como una bolsa de papas. Le guiñó un ojo a Cinthya antes de entrar en el otro cuarto.

La charla en la otra habitación duró poco. Cinthya sólo oía las risotadas; de pronto tuvo ganas de leer las revistas que no había podido hojear en el aeropuerto, pero se dio cuenta de que en el apuro las habían dejado allí, que no estaban en su bolso. Cuando Boy volvió a la cama ella estaba a punto de dejarse vencer por el sueño.

—¿Seguro que se durmió? —Boy se le había puesto encima y le hacía jueguitos con las piernas—. Dejame entrar al baño —le dijo.

En la bañera todavía estaban los restos de la espuma que ella había dejado un rato antes. Las toallas de Boy y de Ju hechas un bollo en el suelo, cosa que sin du-

das nadie estaría habilitado a hacer si estuvieran en su casa. Cinthya se sentó en el inodoro, pero como no tenía ganas de hacer pis se quedó con las rodillas juntas, mirando al suelo, sosteniéndose la cara con las manos. En el espejo había restos de vapor; finalmente se escuchó el sonido de una gotera débil y al parecer eso era todo lo que Cinthya podía hacer. Se cambió de sitio para lavarse. “Nos sentamos al bidet —le había dicho Sol una vez—. Hay que buscar la potencia justa del agua y moverse un poco”. Así había respondido a cierto interrogatorio que ahora Cinthya recordaba como una conversación quizás algo desubicada. Estaban las dos solas, en la habitación de Ju, acomodando la ropa para cuando él saliera del baño. Hablaban sobre métodos anticonceptivos y a Cinthya le pareció que podía preguntar cómo se masturbaban las chicas de veinte. “¿Qué es lo que hacen ahora?”, le había dicho. Como si las cosas hubieran cambiado, como si lo del bidet fuera algo novedoso, Sol le había explicado la posición en la que había que sentarse, en qué lugar debía buscar el placer. Las técnicas no eran diferentes. Más temprano, más tarde. A todos nos tocaría un tema que no podríamos resolver. Cinthya no recordaba ahora si le había preguntado a Sol, aquella tarde, si ella se masturbaba. Se acomodó en el bidet y abrió la canilla. Escuchó que Boy había encendido otra vez el televisor, como solía hacerlo siempre en casa. No tenía dudas de que al salir lo encontraría despierto, esperándola. Pero en cierta manera que él buscara entretenerse, que tuviera ganas de ver imágenes estúpidas en una pantalla de plasma le ayudaba a descomprimir el peso que le caía encima a ella cuando era tarde, cuando Boy la esperaba en la cama.

Cinthya cerró la puerta del baño y antes de volver con Boy se metió en la habitación de Ju. La televisión estaba encendida; por una rendija de las cortinas entraba una de esas líneas de luz a la que nos acostumbramos a medida que anochece, esa clase de luz que no nos impide dormir. Levantó los pantalones del suelo y notó que la almohada había quedado a los pies de la cama.

—Julián no está en la habitación —le dijo a Boy desde el otro cuarto.

Volvió a la habitación principal y levantó el cobertor. Luego las sábanas, las revolvió mientras él seguía tendido en la cama. Le pidió que no le hicieran bromas. Fue hasta la ventana y revisó detrás de las cortinas.

—¿Qué decís? —preguntó él. Se había sentado y sonreía, como si fuera Cinthya quien estaba haciéndose la graciosa.

—Boy, ¿dónde está? —Cinthya miró a Boy. Había usado el mismo tono con el que le hacía los reclamos a su hijo. Dijo que él y Ju tenían exactamente un minuto para terminar con esa farsa.

Boy se levantó y fue a buscar en la otra habitación. Revisó en todos los rincones. No miraba en ningún momento a Cinthya, que estaba parada en la puerta. No decía nada. Se acercó hasta la puerta que salía al pasillo.

—No se llevó la tarjeta —dijo.

Entonces Cinthya se dio cuenta de que Boy hablaba en serio. Había una tarjeta en la ficha de la luz; él le preguntó si Ju tenía la de ella. Cinthya negó con la cabeza mientras intentaba recordarlo; no tenía ninguna certeza. Estaba en una especie de mareo desde que Boy había tirado las sábanas de Ju al suelo y la cama había quedado al descubierto, completamente vacía.

Los dos se calzaron los jeans y Boy marcó el teléfono a la recepción. Cinthya salió al pasillo, pero no dejaba de estar pendiente de lo que pudieran decirle a Boy. Nadie lo había visto. Boy decía que lo entendía, que entendía que nadie sabía nada de Ju. La habitación de ellos estaba en la mitad de un pasillo largo. Había la misma cantidad de puertas a un lado y a otro; Cinthya empezó a caminar hacia la derecha, que era la dirección del ascensor. Boy había salido detrás de ella, pero hacia el otro lado. Ella se volvió hacia donde estaba Boy y le dijo si tenía algún sentido que caminaran por ese pasillo.

—Toquemos las puertas —le pidió.

—Son casi las dos de la mañana —dijo Boy—. En la recepción me dijeron que salían a buscarlo.

—¿Cuántos pisos tiene el hotel?

Boy se sentó sobre la alfombra del pasillo y se apoyó contra la pared.

—¿Doce pisos? ¿Catorce pisos? —dijo Cinthya—. Yo voy por las escaleras desde el primero.

—Cinthya —le dijo él.

—¿Cuántos pisos tiene? Vos andá por el ascensor —dijo ella. No se había dado cuenta de que Boy tenía los ojos húmedos.

—Vamos a la habitación —Boy se levantó y le alcanzó las zapatillas que ella había olvidado ponerse—. Por qué no llamamos otra vez abajo. Ju está en algún lugar de este hotel.

En el cuarto, fue Cinthya esta vez quien tomó el teléfono. Le explicaron que todas las personas de seguridad estaban buscando a Ju. Boy no escuchaba lo que decían, pero no dejaba de hacerle señas; le decía que les pidiera a los del hotel que llamaran a la policía. Cinthya había visto películas en las que no estaba permitido denunciar desapariciones, que había que esperar no se acordaba cuántas horas. De todas maneras cuando cortó, se sentó en la cama y marcó el número de las emergencias. La atendió una mujer, que había empezado a hacerle un montón de preguntas. Mientras Cinthya iba respondiéndolas sin pensar, miraba un punto fijo entre el baño y el *placard*. Eran sólo minutos, pero podía empezar a imaginarse explicándole a la gente cómo había visto por última vez a su hijo, señalando en qué lugar tenía una marca de nacimiento, que era alérgico a las sulfas. En un momento escuchó voces que venían

del pasillo, y entonces dejó el teléfono descolgado. Como si estuvieran frente a un fantasma ella y Boy se quedaron inmóviles cuando Ju y un extraño entraron dando un golpecito en la puerta. El niño estaba descalzo, pero se había puesto su campera de plumas. El empleado del hotel que lo acompañaba lo tenía abrazado por la espalda.

—Sólo quería consultarnos algo —dijo el empleado. Parecía una forma de pedirles que no lo castigaran.

Cinthy se levantó y fue a abrazar a Ju. Pero enseguida se dio cuenta de que su hijo estaba enfurecido. Se desprendió de Cinthy y agachó la cabeza.

—¿Por qué no me dijeron que era un cementerio? —les preguntó.

El empleado estiró la mano y Ju se la estrechó. Boy le agradeció, dijo que llamaría otra vez a la recepción y cerró la puerta. Todavía estaba pálido, aturdido.

—También hay una iglesia, Ju —le dijo—. ¿Por qué no nos preguntaste a nosotros?

—Sí que les pregunté —dijo Ju—. No soy un pavo.

Mirar por la ventana los techos de aquel barrio de Buenos Aires, las luces de algunos aviones que van a parar junto a un río. En la provincia donde ellos vivían no era común ver aviones en el cielo; en más de una ocasión Ju les había preguntado por qué eso era así, por qué en Buenos Aires había tantos carteles, por qué había tantos Mc Donald's, por qué el local de Imac no tenía sucursales en las provincias. Levantarse a escondidas de los padres, buscar un abrigo, elegir andar descalzo, abrigarse con una campera de pluma y dejar la habitación. Hablar con extraños. Esa madrugada, después de que los tres se metieron otra vez en la cama sin haber discutido sobre la travesura de Ju, Cinthy miraba la misma pantalla muda de televisión que veía Boy, pero no le prestaba atención. Se preguntaba, en cambio, cuántas decisiones más empezaría a tomar su hijo sin que ellos pudieran hacer nada. Si ella volviera atrás se decidiría por las mismas cosas, seguramente elegiría otra vez a Boy, probablemente creería que el amor es liviano, que las personas vuelan como las plumas de los dientes de león cuando el viento las alcanza. Afuera debía de estar cayendo una helada, aunque en la habitación el afuera seguía siendo imperceptible. Cinthy sacó una de sus piernas fuera del cobertor; hacía mucho tiempo que Ju no pasaba una noche completa en medio de ellos. Cinthy había olvidado el calor de una cama de a tres.

—En los cementerios están los muertos —les había dicho Ju, antes de quedarse dormido.

—Algunas personas sí y otras no —respondió Cinthy—. Pero podemos hablar de eso otro día.

—El papá de Nachi se murió —insistió Ju. Nachi era uno de sus mejores amigos. Su padre había muerto hacía dos años en un accidente de auto, pero Cinthya intentaba evitar hablar con su hijo de ese tema. Pensaba que él lo había olvidado.

—¿Te lo contó él? —preguntó Cinthya.

—Sí —le dijo Ju, acomodándose con las dos manos debajo de la cara, como hacía cuando estaba a punto de cerrar los ojos—. Pero no te preocupes porque Nachi ya lo superó.

Elegir un color para una tabla nueva, llevarse bien con ciertos amigos. Intuir que tus padres te mienten. Pasar un fin de semana con ellos, lejos de casa, ver muertos donde no los hay. Cinthya miró por última vez hacia la ventana, cerró los ojos y vio siluetas de tumbas desconocidas y poco a poco se dejó arrastrar por el cansancio en aquella cama saturada de amor real, en la habitación de un piso once, el silencio liviano de una habitación de hotel.

Un alma en penitencia

Dardo Nofal

Recién entonces, de tarado nomás, me dí cuenta de que aquella noche, después de que él cerró su negocito y mientras tomábamos un vaso de vino para asentar el picado de queso y mortadela, a don Cristiano aquel recuerdo le reventó en el centro de su memoria, de su soledad y de su lejanía.

Ni siquiera pudo pedir perdón a nadie. Y yo, lerdo para estos asuntos del sentimiento, no lo ayudé con un consuelo. Cuando nos despedimos, eso sí, lo noté como estremecido. Y claro, lo que contó de aquella noche en su Italia alpina, apenas pude soportarlo. Me imagino lo que pasó por su corazón.

El padre de don Cristiano, allá en los años '30 y '40, era un joven metido hasta el tuétano en la resistencia contra el “Duce traidor” y los alemanes que venían a tomar posesión de un país que se rendía ante el estrago de la humillación.

Cristiano era un “ragazzo” —como decía— cuyos días se columpiaban entre el miedo y las ansiedades y las noches se consumían entre la escasa comida para la que ayudaba un vecino paralítico, amigo de su padre y las manos de su madre peinándolo con sus dedos usados como peine hasta dormirlo. A veces él la sorprendía en suspiros que apenas reemplazaban al llanto.

De tanto en tanto, desde el frente de la Resistencia en Chivitella, Arezzo, se acercaba un hombre viejo y demacrado, que hacía las veces de “correo” y acercaba un poco de dinero que mandaba el comando partisano. Ese era el único contacto con los rebeldes.

Don Cristiano empinó un largo trago; apuntó su mirada allá lejos, en la hondura de los años. Los párpados parecían crepitar avasallados por la memoria. Un quejido breve se detuvo en su nariz y después trepó hacia los ojos. Lo vi llorar rabioso. Me parecieron lágrimas retenidas durante toda una vida, prohibidas bajo juramento.

Como si supiera el efecto que estaba desatando en mí, ahuecó su mano izquierda encerró su mirada y apenas consiguió decirme “dispense mio amico”.

Vacilando, salió hacia el fondo del saloncito y allí estuvo un rato, mientras yo era un almácigo de dudas. No sabía si ir a ofrecerme para un abrazo sin saber de qué se trataba; o preguntar si podría ayudarlo en algo; en fin, no atinaba a nada. Don Cristiano había dejado de ser él.

Cuando volvió al mostrador, sirvió otro trago, tomó el suyo de un solo envión y en ese instante, para mi desconcierto, pasó a ser “el otro”. Con la voz añorada, que me causó un sobresalto, empezó a narrarme, mezclando las palabras que usaba en su infancia con el español que buscaba que yo entendiera.

Poco a poco fui adentrándome en esa historia, ayudado cada vez más por los gestos generosos del chico italiano por el que estaba “poseído”.

Esto es lo que recordó Cristiano y yo registré: Una noche, el pequeño pueblo entró en la inquietud y a los pocos minutos en la alarma y finalmente en el terror. El campanario de la iglesia tañía con desesperación y la sirena del único carro de bomberos del lugar semejaba un grito de animal herido. Frente a nuestra casa, una vecina jadeante pasó gritando ¡“avisan que vienen aviones enemigos, vienen aviones enemigos; escóndanse donde puedan; rápido, escóndanse, protéjanse con algo”! Mi madre me apretó sobre su pecho mientras como un susurro repetía “Díos mío, hasta aquí llegó la guerra, mi Dios, santo padre”. Me llevó hasta debajo de la cama donde dormía yo, me rogó que no me moviera y colocó encima una mesita que trajo de la cocina. Ella dobló el colchón de su cama y se acurrucó abajo mientras no cesaba de implorar a Dios.

Todo el pueblo entró en silencio y las luces se durmieron. Los que estaban en la montaña conocían el arte de ser fantasmas y mandaron sus experiencias a la gente.

“Cristiano, pase lo que pase quedate quieto”, fue la orden temblorosa de mi madre, cuando desde el fondo de la oscuridad llegaban los zumbidos. Creo que ya tenían copiado el lugar donde debían descargar sus disparos. La primera ráfaga reforzó el silencio, cuando un grito desgarrado, y luego otro y otro hicieron pedazos mi obediente temblor, ese “no te muevas, no salgas” que venía de la otra cama. Empecé a sollozar y a repetir “no quiero morir, no quiero”, pero me puso tieso el bramido de un motor cercano, que me ensordeció hasta que el techo, muy frágil, fue atravesado y escuché como un aullido: era mi madre. El avión había acertado el tiro. ¿Le puedo confesar mío amico?, sentí como un alivio, como una salvación que le haya tocado a ella. Después los ruidos desaparecieron. El ataque terminó. Pero esa fugaz sensación de que yo me había escapado de morir se me incrustó en la vida como una condena que cargo desde entonces como una cruz. Con mi madre también se cerró

mi vida. Ni pude amar a otra mujer. “Entiéndame”. Cristiano ahora lloraba sin pausa; me pidió perdón muchas veces, en cada trago de su vino.

A ese pueblito derruido, llegó alguien, un primo de su padre, que se enteró de la existencia del niño y como él venía para América quiso traerlo consigo para que dejara de vivir casi en un osario. A ese tío le fue muy bien en Buenos Aires, pero Cristiano andaba huyendo de todo y de todos desde aquella noche. Era un taciturno incurable. Un día le confesó a su tío que le gustaría vivir solo y lejos. El hombre lo ayudó, lo abrazó largamente; le pidió que le mandara noticias siempre y le dio dinero.

“Tucumán era mi destino y aquí me ve, amico: usted es la única persona con la que tengo amistad, tal vez porque jamás me preguntó nada. Sé que su nombre es Rafael y en todos estos años lloré apenas una vez: ahora”.

Esa noche fui yo el que no pudo dormir. Tardé en volver de cobarde nomás. Y ahora tomé coraje a destiempo, como siempre. Anteayer, Don Cristiano amaneció muerto y el vecindario organizó su velorio porque era hombre bien querido por generoso y correcto. El médico de la policía dio su veredicto: fue un ataque cardíaco. Perdón, Cristiano, mi amigo, mío amico.

El jugador

Máximo Chehín

Es curioso que papá haya sido el que más se opuso a la mudanza. Es curioso ahora, claro, después de todo lo que pasó, porque en ese momento los argumentos de papá fueron totalmente racionales – los argumentos de papá siempre eran súper racionales. A mamá, que nunca tuvo la paciencia ni las ganas de armar respuestas muy pensadas, no le quedaba otra que enojarse, gritar y de vez en cuando llorar un poco, que vos no querés hacer un sacrificio por tu familia, que los chicos necesitan un patio con jardín, que sólo te importa tu trabajo. Papá levantaba la vista del plato, la miraba un ratito en silencio, como si estuviera poniéndose en tema, le tiraba una respuesta perfecta, de esas que no tienen réplica, y después le pedía la sal o algo así. Mamá se ponía como loca y volvía a la carga con una de las suyas. La verdad, las cosas que decía papá eran ciertas, y me hacían pensar bastante – creo que heredé de él la mitad racional de la cabeza –: íbamos a tener que levantarnos por lo menos una hora y media más temprano, del country club a la estación de tren había veinte cuadras y ningún medio de transporte, se me iban a acabar el cine, las fiestas y las salidas con mis amigas si no conseguía alguien que me llevara y trajera. Yo comencé a imaginarme sola, aislada del mundo, sin poder ver a mis amigas ni salir de noche; me angustié bastante, y al final encaré a mamá un fin de semana, a la hora en que papá llevaba a Mati a la escuela de fútbol. Ella me dijo que al tema del transporte, que era lo más importante, lo íbamos a solucionar; en el peor de los casos, habría que gastar unos pesos más en remises. Además en un par de años vas a estar yendo a la facultad, que te queda igual de lejos del departamento, me dijo, vas a estar todo el día afuera y va a ser lo mismo estar acá, en el country o donde sea. La verdad, tenía razón; yo aproveché para pedirle que me dejara jugar al hockey en el equipo del country. Mamá accedió a condición de que no dijera nada hasta que nos hubiéramos instalado, y me guiñó un ojo. Con mamá somos muy distintas pero nos entendimos

siempre; yo sabía que ella iba a cumplir, y ella sabía que conmigo de su lado era nada más una cuestión de tiempo y paciencia. Ahí me di cuenta que mamá estaba determinada a hacer todo lo que fuera necesario para que nos mudáramos, y que esta vez ese método de papá para negarse siempre a hacer lo que no quería no le iba a funcionar. Las discusiones siguieron, pero mamá se enfocó en la organización, en los detalles: eligió una casa perfecta, a metros de la entrada del country; buscó colegio para Mati por la zona; reservó un lugar para mí en el servicio de transporte del barrio; consiguió comprador para nuestro departamento – mostrándolo en horarios de oficina, para que papá no se enterara –; cotizó y programó la mudanza. A papá iba soltándole las novedades de a poco, ganándole metros en las discusiones, hasta que al final al pobre no le quedó otra opción que hacer una única visita a la que iba a ser su nueva casa, y presentarse en la escribanía con mamá para cerrar la compra. Mamá estaba feliz: por fin esto que tanto queríamos, me decía. En realidad la única que lo quería era ella, pero, como siempre, se había terminado convenciendo que esto era el deseo de todos. A mí me gustaba el cambio, así que para qué contradecirla; me preocupaba un poco papá, que iba a irse temprano y llegar tardísimo todos los días. Ay nena, me decía mamá, no te preocupés, además, cuando tu papá llega del trabajo saca su computadora y se pone a trabajar, ¿o no? No es que se va a perder mucho llegando un rato más tarde. Se quedará un rato más en la oficina y volverá cuando haya menos tráfico. Se va a acomodar perfectamente, vas a ver. Tu padre es un animal de costumbre. En un par de meses va a estar chocho con su nueva vida.

Más curioso, o irónico, fue que mamá haya sido la que inscribió a papá en el torneito de fútbol – se llamaba así, torneito, porque en el country club todo lo que no puede llamarse muy grande tiene que llamarse chiquito: está el Gran Salón de Eventos y la canchita de golf; la Master Swimming Pool y el torneito de fútbol. Otra vez, en ese momento pareció completamente normal, porque mamá siempre nos organizaba la vida – nos solucionaba la vida, decía ella – a los tres. A la semana de mudarnos yo ya tenía mi carnet de socia y estaba en la lista de quinta división del equipo de hockey, Mati se iba todas las mañanas a la colonia de vacaciones, y papá estaba anotado en el torneito de fútbol, categoría veteranos. Papá dijo que siempre iba a llegar tarde, que del trabajo llegaba fundido, que era imposible. Mamá insistió, le dijo que lo íbamos a esperar para comer, total estábamos de vacaciones; además las canchas estaban a unas cuadras: solo tenía que llegar, cambiarse y estaba jugando en un ratito. Creo que papá nunca tuvo ganas de ir, pero mamá le ganó por agotamiento, y al final arrancó los entrenamientos un lunes. Nos cruzábamos en la puerta, cuando yo terminaba con hockey; papá me paraba y me daba un beso en la frente, como te fue muñeca, siempre con esa cara de no estar, y se iba caminando despacio a la cancha de fútbol.

El primer partido de papá fue un par de semanas más tarde. Yo no pude ir a verlo, porque jugamos con las chicas afuera y volvimos tarde; Mati tenía un cumpleaños y mamá alguna otra cosa que hacer. Recién a la noche, cuando comíamos, nos enteramos que el equipo de papá había ganado; lo contó él con una frase cortita, hoy ganamos dos a cero. Mati le preguntó si había hecho un gol; papá le dijo que no, que él era defensor y no hacía goles, pero que había jugado muy bien; después seguimos hablando de cualquier otra cosa. Papá se rió un poco, me preguntó sobre hockey, le dijo a mamá que la comida estaba muy rica, le prometió a Mati enseñarle a construir un barrilete el próximo fin de semana. Estaba casi alegre, y viéndolo así pensé que por ahí mamá tenía razón y realmente nos solucionaba la vida a todos con sus cosas. Cuando lo cruzaba en los entrenamientos – ahora menos porque habían comenzado las clases y yo tenía otros horarios – papá entraba al club al trote, con energía, y me tiraba un beso desde lejos, o se cruzaba hasta la cancha de hockey y me daba un beso y un abrazo de oso, como cuando era chica. Me daba un poco de vergüenza, las chicas ahí mirándome y él tratándome como a una criatura, pero lo dejaba. Nadie iba a verlo jugar los fines de semana; él nos contaba los partidos cada vez con más detalles, como un comentarista de la tele, sobre todo cuando ganaba. Creo que sólo Mati estaba interesado – y solamente por un rato –, pero papá nos contaba sus jugadas con tanta alegría y pasión que no podíamos no escucharlo. Además ahora se hacía tiempo para remontar el barrilete con Mati, y hasta me fue a ver jugar a mí una vez que me tocó partido el domingo. Y había bajado de peso, tanto que los pantalones se le caían y tenía que agregarle agujeros a los cinturones, que le quedaban colgando en la cintura. Era lindo ver así a papá, pero al mismo tiempo había algo con todos esos cambios. Hablé con mamá y le dije si no le parecía que era raro, que papá estaba haciendo muchas actividades con esto del fútbol, que quizás le daba un pico de estrés. Nena, me dijo mamá, papá está bárbaro, de qué pico de estrés me hablás si duerme todas las noches como un bebé. No sabés hace cuanto tiempo hace que no lo veo dormir así. ¿No lo ves a tu papá vos, cuando viene del fútbol y come con nosotros? ¿No te parece que está bárbaro? Era verdad: papá estaba tranquilo, se divertía, hacía cosas con nosotros, pero algo era raro. No supe que más decir, y atacué por el lado del cuerpo: papá está muy flaco, le dije, quizás con todo este esfuerzo no está bien físicamente, a su edad él tiene que tener cuidado con el corazón, y... Mamá me cortó en seco; nena, me dijo, abriendo bien los ojos y levantando las cejas, tu papá está hecho un roble, y ya no quise hablar más del tema.

El equipo de papá se clasificó para las semifinales y hubo que ir a verlo. Vamos a ver a tu padre, había dicho mamá; yo tuve que faltar ese sábado a hockey. Hacía frío; el pasto de la cancha de fútbol estaba amarillento, ralo. Se me ocurrió que iba a ser imposible jugar en esa cancha, pero papá y su equipo jugaron a muerte. Había

que verlo: saltaba y cabeceaba la pelota, les gritaba a sus compañeros, hablaba con el árbitro; papá era el líder del equipo. Perdieron con un gol sobre la hora, pero se abrazaron como si hubieran ganado el torneo; y todos, hasta los contrarios, saludaron a papá, que levantaba los brazos. Creo que fue la única vez en mi vida en que lo vi tan feliz. Esa noche nos llevó a comer a un lugar muy lindo – en lugar de los restaurantes con juegos para chicos a los que siempre íbamos – y pidió champagne para brindar. Bueno che, parece que hubieras salido campeón, dijo mamá cuando apareció el mozo con la botella, y es que el festejo de papá era demasiado, y hasta ella parecía un poco incómoda ahora. No, dijo papá, para mí, para nosotros, es como si hubiéramos salido campeones. Ya nos anotamos con los muchachos para el torneito del segundo semestre, nos dijo, y también me anoté en el intercountry, así que voy a estar jugando en dos equipos. ¿Qué les parece su papá, eh?, nos dijo, mirándonos a Mati y a mí. Yo hice una risita corta, nerviosa, porque me parecía medio una locura, no se me ocurría cómo iba a poder. Mati aplaudía. Mamá lo miró y le dijo, Gordo, ¿vos estás seguro de que vas a poder? ¿En qué momento vas a...? Papá la cortó: tranquila, entreno lunes, miércoles y viernes con los muchachos y el resto de los días con el intercountry. Y los partidos son sábado y domingo, no se solapan, así que no voy a tener problemas. Mamá lo miraba levantando las cejas, con la boca entreabierta y negando levemente con la cabeza, que para ella era como decir “pero qué carajo estás pensando” – a mi me había aplicado recientemente ese gesto cuando le había pedido permiso para irme unos días de vacaciones con las chicas de hockey – y papá la ignoraba, mientras levantaba su copa y brindaba por la familia, por todos nosotros.

Papá empezó a llegar más tarde de los entrenamientos, y un par de semanas después de que comenzara las prácticas con sus dos equipos mamá decidió que no lo esperaríamos más a comer. Nos es justo para el resto de la familia, nos dijo, como si hubiera otros veinte miembros de la familia escondidos por ahí. Papá llegaba a la hora de comer uno o dos días por semana; los otros días mamá le dejaba algo de comida en la heladera, y a veces el número del delivery para que se pidiera algo. Cuando él llegaba tarde yo estaba arriba en mi cuarto, preparando las tareas para el cole o hablando por teléfono con las chicas; él pasaba, entornaba la puerta y me preguntaba cómo estaba, cómo me había ido en el colegio, y se iba a su cuarto. Tampoco lo veía en el club, porque con sus nuevos horarios él llegaba antes y se iba después que yo. La verdad, después de un par de meses las cosas comenzaron a ser casi como antes, cuando vivíamos en el departamento y papá llegaba tarde del trabajo y se encerraba en su estudio hasta la hora de comer. Los fines de semana él jugaba el sábado y el domingo; yo los sábados estaba todo el día con hockey, y los domingos siempre tenía algún programa con las chicas. Creo que Mati fue el que

más sufrió los nuevos horarios de papá, porque se había acostumbrado a lo de los barriletes y los aviones de madera balsa los domingos a la mañana; por ahí le preguntaba medio lloroso a mamá si papá iba a sacarlo el fin de semana. Mamá lo puso en clases de fútbol y básquet de lunes a viernes, y tenis y natación sábados y domingos; el pobre se dormía en la silla mientras comíamos el domingo a la noche, pero dejó de preguntar por papá. Entre mamá y papá las cosas tampoco andaban bien; a veces discutían, sobre todo cuando papá llegaba tarde. Mamá cerraba la puerta de la pieza y se escuchaban apenas sus voces – más que nada la de ella, su voz seca y chillona. Cuando peleaban papá dormía en la piecita de huéspedes, que en realidad era la habitación donde mamá guardaba todas las cosas que ya no usaba, como la máquina de coser y cajas llenas de ropa.

Un día, creo que a principios de noviembre, mamá nos hizo esperar hasta que papá llegara para comer. Tenemos que hablar hoy con tu padre, me dijo, con ese tono suyo medio novelero, dramático que usaba para decir cosas como “estoy muy decepcionada”. Papá llegó bastante tarde, como a las diez y media, sudoroso, arrastrando los botines en una mano y el bolso en la otra. Dijo eh, qué sorpresa, y me imagino que en verdad estaba sorprendido, pero tenía más cara de cansancio que otra cosa. Te estamos esperando para comer, le dijo mamá, y papá se sentó en la cabecera de la mesa, que era su lugar cuando comíamos juntos. Mamá trajo a la mesa una fuente con carne, nos sirvió a todos y no esperó a que papá diera el primer bocado para comenzar con el interrogatorio: hasta cuándo vamos a seguir así, estás todo el tiempo en la cancha de fútbol, no compartís nada con tu familia, ni siquiera ves a los chicos el fin de semana, y seguía y seguía. Yo no pensaba estar al medio, que se mataran entre los dos, pero en cuanto amagué levantarme mamá pegó un golpe tremendo con la mano en la mesa, vos no te movés de tu lugar hasta que yo te de permiso, tan fuerte el golpe y el grito que Mati, que estaba medio dormido en su silla, pegó un salto y casi se cae al piso. Y no me digas que esto no te va a traer problemas en el trabajo, eh, que por más que ahora vayas directo al club yo sé a qué hora llegás, te estás yendo temprano del trabajo todos los días, hasta cuándo vas a poder mantener eso. Papá había dejado los cubiertos y miraba hacia abajo, como si estuviera a punto de derrumbarse encima del plato. Mamá seguía, a ver, contame, qué decís en el trabajo. Mamá se quedó callada, mirando a papá con el mentón bien levantado. Yo creo que ya no esperaba respuesta, porque cuando le agarraban esos ataques perdía conexión con el mundo. Papá la miró, y le contestó despacio: no va a pasar nada en el trabajo porque hace un par de meses pedí que me trasladen a otra área y me reduzcan dos horas la jornada. Mamá lo miró con la boca desencajada y los ojos bien abiertos. Papá siguió: solamente perdemos capacidad de ahorro, te aseguro que no nos va a faltar nada, hice los números. Mamá boqueaba, como si

quisiera hablar y no pudiera, y al final le dijo no... no puedo creer lo que me estás diciendo, cómo se te ocurrió hacer esto, sin decirme nada, estás loco, estás loco. Se tapó la boca con una mano y comenzó a llorar. Papá la miró, después nos miró a nosotros también, como si quisiera abarcarnos a todos y le dijo, nos dijo, es que... cuando juego... cuando estoy jugando es como muy claro que estoy vivo, ¿sabés? Desde que comencé a jugar es como si hubiera nacido de nuevo. Es como si hubiera estado muerto, y de repente nací. Tengo que jugar, ¿entendés?, tengo que seguir jugando. Mamá pegó un alarido que tapó a medias con la mano que tenía en la boca, se levantó y subió corriendo las escaleras. Papá esperó unos segundos y fue atrás de ella. Mati había comenzado a lagrimear, y a mí, para qué mentir, me había crecido un nudo en la garganta, pero soy la hermana mayor, así que me levanté, lo abracé y lo acompañé a su cuarto.

Esa noche papá durmió en la habitación de huéspedes, y ya no volvió a dormir con mamá. También comenzó a llegar más tarde a casa, mucho después de la hora de la comida; a veces me dormía antes de que papá hubiera llegado, y cuando me despertaba al otro día él ya había salido. Un par de semanas después de aquella noche mamá nos avisó que papá—su padre, nos había dicho—se iba a mudar a la casa de un amigo por un tiempo. Poco tiempo después ya había conseguido un abogado que había logrado prohibirle a papá ver a Mati. A mí me preguntaron si prefería ver a papá o no, porque a mi edad mamá ya no podía decidir por mí en este tema. Yo dije que sí, aunque mamá me llenaba la cabeza día y noche para que dijera que no, o quizás por eso mismo, para hacerle la contra.

Papá me llamaba los viernes a la noche para arreglar, y me buscaba los sábados a la mañana en el auto; dábamos un par de vueltas por el barrio y después nos íbamos al club house a desayunar. Los primeros fines de semana papá me preguntaba por Mati, si cómo estaba en la escuela, si estaba teniendo problemas en casa, y también por mamá. Decía que estaba preocupado por nosotros, pero que estaba seguro de que con mamá íbamos a estar bien. Era un momento incómodo, sobre todo después de haber tenido a mamá taladrándome el cerebro con sus cosas toda la semana: no hace falta que veas a tu padre si no querés, si estás ocupada el sábado no vayas, de cualquier manera a él mucho no le importa; decía esas frases al pasar, mientras yo hacía la tarea o me servía un vaso de agua. Por eso con papá prefería cambiar rápido el tema y hablar de hockey, y darle pie para que él hablara de fútbol. Era un alivio para los dos; a él se le iluminaba la cara, y era como si toda la preocupación se le evaporara en un segundo. Iba mejorando mucho su actuación en los dos equipos, me decía, y realmente estaba entrenándose como nunca, casi como un profesional. Yo lo notaba: a medida que pasaban las semanas, papá adelgazaba, y la piel se le pegaba a los músculos de las piernas y los brazos. Con el tiempo,

fuimos dejando de hablar de Mati y mamá, y hablamos casi solo de fútbol. Después de vivir con su amigo había alquilado un departamento por la zona, pero realmente lo estaba matando el tener que ir y venir al centro todos los días para después tener que entrenar cuatro horas; cuando me dijo que estaba pensando seriamente en dejar su puesto en la oficina y trabajar en el club, como cuida canchas, me pareció algo muy razonable. A mamá le pareció el colmo de la locura, y puso el grito en el cielo cuando papá ofreció cederle su parte de la casa y darle el auto a cambio de la cuota alimentaria. Mamá lloró a los gritos, y amenazó con hacerle juicio, pero el abogado le dijo que papá estaba en su derecho al cambiar de trabajo, y que a ella le convenía aceptar la oferta.

Sin el auto se hizo más difícil vernos; papá tenía que buscarme en taxi, que le salía carísimo ahora con su nuevo trabajo, y además yo con los finales y el hockey tenía poco tiempo libre. Hablábamos cada vez menos: yo le contaba de mis planes para las vacaciones, que mamá había puesto en venta la casa, y él me contaba que se había mudado a la casa del canchero en el club, con lo que se ahorra el alquiler del departamento. Cosas así. Después charlábamos un rato de hockey y fútbol, y la conversación se terminaba ahí, porque la verdad no teníamos mucho más de que hablar. Caminábamos un rato por el parque y nos sentábamos al costado de una cancha a ver un partido, y luego me llevaba de vuelta a casa. Cuando mi equipo llegó a las finales de hockey se me hizo más difícil, y a él con sus torneos también se le complicaba, así que empezamos a saltar uno o dos fines de semana, después a vernos con suerte una vez por mes, hasta que al final dejamos de hablar los viernes.

Mamá consiguió departamento en el centro, finalmente, y dice que es mejor que el que teníamos antes, porque la casa se revaluó y nos dio más plata. Estoy segura de que es un departamento lindo y bien ubicado, porque mamá tiene buen ojo para eso. Cuando nos dieron fecha para mudarnos estuve medio depre un tiempo, por tener que dejar el club, pero la verdad es que en unos meses voy a comenzar la facu y estar en el centro va a ser una ventaja, como dice mamá. Creo que Mati va a extrañar más, porque él se pasa el día en el club, pero seguramente mamá ya tiene algo pensado para mantenerlo ocupado. Hoy me lo crucé cuando entraba a la práctica, mi última, y tenía esos ojitos de cachorro que le agarran a veces.

Cuando salía, después de despedirme de las chicas, creo que vi a papá en una de las canchas de fútbol 5. Nadie me habla de él, pero una siempre se entera de lo que se dice en el club. Que se volvió loco, que dejó su familia y su empleo, que sólo juega al fútbol todo el día. Vi a papá jugando y quise estar triste, sentir pena por nosotros y sobre todo por él; lo vi ahí lejos, casi una sombra en esa cancha oscura, levantado los brazos como si acabara de hacer un gol, y me llenó una alegría tranquila,

chiquita, que me duró mientras salía del club, mientras caminaba a casa, mientras preparaba mis últimas cajas para la mudanza.

Una pistola vacía

Gabriel Guanica Cossa

A la memoria de Osvaldo Soriano

García caminaba apurado. Era de noche, las calles estaban vacías y hacía frío. La neblina rodeaba todo y le dificultaba la vista y convertía las casas, los árboles y algunos coches estacionados, en arquitecturas anónimas apenas visibles. Cuando llegó a la casa con rejas negras, se detuvo y miró alrededor: no había nadie. Trepó la reja y atravesó el jardín.

Juan puso un cigarro negro entre sus labios y lo prendió. En la radio sonaba un tango. Pitó seguido y largó el humo de manera mecánica. Estaba sentado, con la mirada fija en el bordado del mantel, cuando escuchó el timbre. Arrugó el cigarro a medio fumar sobre el cenicero y se levantó de la silla. Bajó el volumen de la radio y se acercó a la puerta. Esperó unos segundos. El timbre volvió a sonar.

¿Quién?, preguntó.

García, respondieron del otro lado.

¿Qué García?

El sargento...

¿Quién?

¿Ya te olvidaste de mí?

No conozco ningún García.

¿Seguro?

Seguro.

Dale, abrí. Hace frío.

Callaron unos segundos. Estaban parados muy cerca de la puerta, uno en cada lado, respiraban lentamente, se movían apenas.

¿Por qué no se va?, dijo Juan.

Porque quiero que hablemos.

No lo conozco y tengo una pistola... así que va a ser mejor que se vaya retirando.

Hubo otro silencio, mucho más breve que el anterior. García dijo: *entonces te olvidaste del quilombo que armamos en Colonia Vela...*

Colonia Vela, repitió Juan.

Tardó unos segundos en reaccionar. Si no era y abría, se la daban seguro. Torció la boca. Sacudió la cabeza, se acercó a la ventana y se fijó. Apenas podía ver lo que había afuera ¿Cómo saber si aquel sujeto era García? Esa silueta difusa podía ser cualquier otro, menos García, su compañero en la batalla de Colonia Vela.

Caminó hasta la puerta y observó por la mirilla. El rostro que vio no se parecía demasiado al que su memoria atesoraba. No, salvo por esa cicatriz en la frente que el tiempo no había logrado borrar: era él.

Pistola en mano, Juan sacó el seguro, dio dos vueltas de llave y abrió la puerta. Quedaron frente a frente, se miraron a los ojos, asintieron sin hablar.

¡Negro!, gritó García.

Pasá...

García entró. En la radio sonaba algo de Homero Manzi. Los ojos de Juan esquivaban la mirada de García. Se sentaron.

Tangazo...

¿Cuál?

El que está sonando en la radio.

Ah, sí... Malena.

Lo escucharon hasta el final. García dijo: *tanto tiempo.*

La verdad, tanto tiempo, respondió Juan.

Ya te has olvidado de...

No me olvido. Pensaba que te habían agarrado.

Aquí me tenés.

¿Dónde estuviste?

Aquí y allá, Juancito. En donde no me pudieran encontrar.

Fugado.

Y sí, no me queda otra, qué se le va a hacer. Pero a la larga uno se acostumbra a andar así... al punto de no interesarle si lo buscan o no. Al miedo de saberse perseguido se lo amansa y con el tiempo se lo domina, no se lo siente... es como si desapareciera.

Tenés razón. Pero andá con cuidado, García, nos siguen buscando.

¿Y vos cómo sabes?

Juan bajó la mirada, lanzó una bocanada de humo y respondió: *García, ellos están en todos lados. No se les escapa ni uno.*

Un rato después, Juan se levantó y sacó una botella de ginebra de la alacena. Los vasos se llenaban y se vaciaban con igual rapidez. Las charlas evocaban la pelea en Colonia Vela, la muerte de don Ignacio y Cerviño, la huida. Con amargura recordaron la muerte de Perón y el golpe de estado que terminó de condenarlos al anonimato. Habían pasado veinticinco años desde la última vez que tomaron juntos, desde la última vez que charlaron.

¿Es verdad que trabajás para ellos?, preguntó García.

¿Yo? No, nada que ver.

¿Dicen que entregaste a...?

Juan lo interrumpió: *te dije que no. Vos sabés cómo viene la mano.*

La mano viene brava, pero...

Casi nos matan en Colonia Vela, mirá si me voy a dar vuelta justo ahora.

García asintió y dijo: *pasado mañana me voy a Neuquén. A ver si me pueden agarrar en el sur.* Se levantó de la silla y se sacó la campera. Sacó la pistola del bolsillo y sonrió: se acercó a Juan y le puso el caño en la frente.

¡Pará boludo! ¿Qué te pasa?, gritó Juan.

Sos un traidor, eso pasa...

¡No, yo no...!

García gatilló. La frase de Juan quedó inconclusa. García siguió gatillando. Lo hizo varias veces, con fruición, con carcajadas. El sonido del percutor golpeando la nada parecía hacerle cosquillas. Risas y gatillo y más risas y poco a poco fue bajando la pistola: una broma infantil.

Juan dio un brinco y se le paró enfrente. ¡Sos un hijo de...! ¿Por qué hacés esas bromas?, gritaba agarrándose la cabeza.

Está vacía, negro

¡Esas bromas no se hacen!

Te asustaste...

Y más vale que me asusté, esas bromas no se hacen. A las pistolas las carga el diablo y...

García reía, al tiempo que trataba de calmarlo: *está vacía... si hubiera tenido balas no hacía nada, mirá.*

¿Qué?

No tiene balas, dijo García y le mostró el cargador vacío. Guardó la pistola y se sirvió lo que quedaba de ginebra. Juan fue calmándose de a poco. Se levantó y buscó otra botella. Hubo un instante de silencio. Cruzaron miradas. Luego siguieron charlando.

Voy al baño, negro ¿dónde está?

Por allá, mirá. No te olvides de tirar la cadena.

Juan vio a García perderse por el pasillo. Se levantó y fue hasta el teléfono.

Unas horas después, García se marchaba, dejando un vaso de ginebra a medio tomar.

Un auto se detuvo a metros de la casa de Juan. Otros dos estacionaron en la esquina. Ocho hombres esperaban, impacientes y con frío.

Adentro, Juan y García se despedían.

Me voy negro, gracias por la guita ¿seguro que no te hace falta?

No, vos no te preocupés.

Bueno, nos vemos che.

García, pensá en lo que te dije.

Compañero, esto es matar o morir. No queda otra.

García, pensalo. El asunto viene complicado.

Está todo dicho. Lo que tenga que ser, será. Nos vemos, negro.

Nos vemos, cuidate.

García salió. Un viento débil y helado le rozó la cara. Miró hacia ambos lados de la calle. Se acomodó la campera y comenzó a caminar. Apuró el paso, volteó hacia la casa de Juan y lo vio parado junto a la ventana. Se detuvo un instante, miró hacia abajo: sus pies, el piso. Tocó su campera, como si buscara algo, hasta que puso su mano en el costado derecho de su cintura y rozó la culata: resopló aliviado.

Caminó unos metros y volvió a detenerse. Miró alrededor: todo era quietud, salvo las ramas de los árboles y un perro que cruzaba la calle.

Volvió a andar. Antes de llegar a la esquina escuchó voces. Se detuvo y de inmediato volvió a caminar, ahora con más cuidado. Recorrió unos metros más y vio que cuatro hombres le apuntaban. Retrocedió. Volteó hacia la casa de Juan, ya demasiado lejos como para volver: las luces estaban apagadas. Retrocedió aun más, pero detrás había tres hombres más, apuntándolo.

¡Qué hijos de puta... me la dan! ¡Ya me cagaron!, renegó en voz baja.

Manoteó la pistola. El frío del metal avivó el recuerdo de una ocurrencia. Esta vez no hubo sonrisa. Sólo la sensación de una garra fina y helada que subía por la nuca. Ya era un cadáver. Igual apuntó y gatilló.

Se escucharon algunos disparos en la madrugada. El viento frío se llevó de a poco el olor de la pólvora. García estaba boca abajo, sobre un charco tibio. El amanecer comenzaba a insinuarse. Un hombre anotaba en un cuaderno lo que otro le dictaba. Un tercero hacía dibujos con tizas de colores y buscaba las cápsulas servidas de una pistola vacía.

La escopeta

Julio Ardiles Gray

Avanzó entre los naranjos. El sol caía con tanta fuerza que le obligaba a entrece-
rrar los ojos. La paloma saltó entonces de una rama a otra, y a otra, y se perdió por
entre el follaje bien alto. Con la escopeta levantada, Matías se acercó hasta el tronco
del árbol. Pero por más que examinó hoja por hoja, no pudo dar con la paloma. Ex-
trañado, se rascó la nuca.

De pronto, sobre su cabeza sintió un ruido. Volvió a fijarse. Arrebujado entre unas
ramas, había un pájaro. No era su paloma; era un pájaro de un color entre azulado y
ceniciento. Con cuidado, Matías apoyó el arma en el hombro y levantó el gatillo.

“Ya que no es la paloma —se dijo— no me voy a volver a la casa con las manos
vacías”.

Pero en ese instante, el pájaro saltó a una horqueta, sacudió las alas e hinchando
la gola se puso a cantar.

Matías, que ya había llegado al primer descanso, abandonó el gatillo y escuchó.

“Qué extraño —se dijo—. Jamás he escuchado cantar a un pájaro como este”.

El trino, en el redondel de la siesta, subía como un árbol dorado y rumoroso. A
Matías le pareció que más que el canto del pájaro, lo que se desgranaba eran las
escamas amodorradas de la siesta misma. Y le comenzó a entrar un sopor dulce,
unas ganas de abandonarse a los recuerdos de los tiempos felices y de no hacer
nada más que escuchar el canto del pájaro que seguía subiendo, esta vez como un
perfume agridulce y verde.

Para escuchar mejor, dejó caer la escopeta a un lado y arrastrando los pies se
acercó al árbol para apoyarse en el tronco. El pájaro había desaparecido, pero su
canto continuaba en el aire. Y no pudo sustraerse a la tentación de mirar al cielo y
levantó los ojos. Allá arriba, entre unas nubes ociosas que desflecaban gigantescas
flores de cardo, dos grandes pájaros negros volaban en lánguidos círculos inmen-

sos. Matías, entonces, no supo distinguir si la dulzura que sentía venía del canto de aquel pájaro o de las nubes que se desvanecían como borrachas a lo lejos.

El canto, entonces, se acabó de improviso. Los pájaros y las nubes desaparecieron y él volvió en sí.

“Me estoy volviendo muy abriboca” —se dijo mientras sacudía la cabeza.

Buscó la escopeta pero no la encontró donde creía haberla dejado. Caminó más allá, volvió más acá, pero el arma había desaparecido.

—¡Esto me pasa por tonto! —gritó en voz alta.

Y todo lo que hizo después fue en vano. Al cabo de una hora, ya cansado, se dijo:

“Me iré a la casa a buscar a mi muchacho. Entre los dos la vamos a encontrar más ligero. No puedo perder así un arma tan hermosa”.

Y se lanzó cortando el campo hasta alcanzar el callejón.

Al entrar al pueblo fue cuando comenzó a sentir algo raro. Estaba como desorientado: echaba de menos algunos edificios y otros le parecía que nunca en su vida los había visto. A medida que avanzaba, la sensación iba en aumento. Y al llegar a su casa, el miedo le sopló en la cara un presentimiento vago, pero terrible.

Penetró en el zaguán. En el patio, cuatro chicos jugaban y cantaban. Al verlo se desbandaron gritando:

—¡El Viejo...! ¡El Viejo...!

Una mujer salió de una habitación sacudiéndose las hilachas de la falda. Matías balbuceó con un hilo de voz:

—¿Quién es usted...? Yo busco a Leandro...

La mujer lo miró largamente y frunció el entrecejo.

—¿Qué dice, buen hombre? —dijo.

—Busco a Leandro —tartamudeó Matías—. A mi hijo Leandro... Esta es mi casa.

—¿Su casa? —dijo la mujer.

—¡Sí. Mi casa! —gritó Matías—. La casa de Matías Fernández.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—Era...—dijo sonriendo con tristeza—. Nosotros la compramos hace veinte años cuando desapareció don Matías y todos sus hijos se fueron de este pueblo.

—¡Qué! —gritó Matías, levantando las manos como para defenderse.

—Sí... —asintió la mujer temerosa.

Entonces, Matías se fijó en sus manos y se dio cuenta que estaban arrugadas, muy arrugadas y trémulas como las de un hombre muy viejo. Y huyó despavorido dando un grito.

El tren

Jorge Estrella

Hay polvo en el aire. Zacarías ha dejado su rancho y camina hacia la parada ferroviaria. Su perro trota a un lado y de a ratos estira el hocico para husmear el olor de pollo hervido que sale del avío. Han dejado la huella que cruza en diagonal el lado sur del monte y se aproximan al terraplén. El andén de la parada está vacío. El tren que lleva a la Gran Ciudad pasa a las diez, Sol alto ya, y llega a destino veinte horas después, cuando ha recorrido mil trescientos kilómetros. Zacarías, como buen campesino, camina con las rodillas flexionadas y el tronco rígido. Siente que su vigor y sus seguridades serán cuestionadas cuando ese trozo de ciudad sobre rieles lo recoja. Se ha sentado, su perro bosteza echado en el piso de cemento. Revisa mentalmente los trabajos que lo esperan en los tres días venideros, el dinero que lleva atado al cinto, la ropa en la maleta, dónde bajará, qué tren deberá tomar nuevamente hasta la estancia donde le entregarán el padrillo comprado por su padre, el trámite ferroviario para embarcar el animal, el regreso. Todos lugares desconocidos y distantes. Ya casi siente nostalgia por el pago que está a punto de dejar. El perro ha estirado las orejas y mira hacia el norte. Ha oído al tren antes que Zacarías. En el extremo de la vía nada se ve aún. Desde los ojos hasta la cola el animal es pura tensión dirigida hacia ese punto que ha empezado a colorearse. La quietud endurecida del perro, la cadena de vagones que se aproxima, la memoria de lo venidero por hacer despiertan en Zacarías un mal presentimiento. Mira instintivamente hacia la oficina del encargado de la parada, pero el hombre no está, las dos habitaciones están desiertas. El perro ha retrocedido, el lomo erizado y un amago de ladrido próximo al lamento. Zacarías escucha como un griterío remoto o un canto desordenado. La trompa de la locomotora diesel se perfila clara sobre las vías, pero algo en la forma que viene detrás es irregular. El perro gime y la-

dra. La máquina no parece disminuir su velocidad. Cuando pasa frente a la parada Zacarías nota que en los fierros laterales de la locomotora van cuatro hombres con armas largas. En los techos de los vagones también ve gente. Las ventanas del tren se arraciman de mirones. El campo silencioso se ha poblado de ruidos humanos que Zacarías no entiende y casi desea que ese trozo de ciudad pase de largo, se aleje con su carga de amenazas inciertas. El perro, afincado en las piernas semidobladas de su dueño, ladra y aúlla. El último vagón está pasando frente a la parada, la máquina empieza a frenar. Antes que se detenga, Zacarías ve descolgarse gente de los techos, las puertas y hasta de abajo, del fierrerío de las ruedas, salen algunos. Los ve estirarse, orientarse, tomar el terraplén y enderezar por el camino que lleva al rancherío. Es una turba de brazos levantados que marcan el ritmo de su griterío. Se derraman por el camino de tierra. Como obedeciendo a una decisión de otros tiempos, Zacarías camina hacia el tren para abordarlo. El perro intenta seguirlo pero se le ve el miedo en todo su cuerpo. Finalmente huye al monte. La locomotora lanza un silbido largo y comienza a moverse. Zacarías sube y ve que la turba pierde su cohesión, se vuelve desordenada al tren envuelto en sus insultos y amenazas. Muchos lo trepan en plena carrera mientras un grupo queda rezagado, sudoroso, enterrado, maldiciente. Ese grupo deja de correr cuando entiende que es inútil, el tren los ha dejado. Zacarías ha encontrado un asiento milagrosamente libre en ese desorden del penúltimo vagón. Siente en el techo el ambular inseguro de algunos y ha visto perderse por debajo a otros cuando todavía la máquina no había tomado vuelo. Agarrado a su maleta mira con la boca abierta esa majada humana que desentona su cencerro propio en la marcha para el General, para el Salvador que vendrá, para el Único, el Primero, que llegará a la Gran Ciudad después de dieciocho años de ausencia y que ellos recibirán como se merece, con bombos, gritos de obediencia y desafío para que los mande a lo que él disponga, mi General. El vagón es una sola pasta de gentes y de ruidos, un homogéneo chamuyo del ánimo que de a poco va conquistando hasta su propio olor. Zacarías se deja mecer por ese fervor próximo al miasma y al eructo, por ese traqueteo del tren interminable. No se ha fundido en la pasta del entorno pero se deja arrullar por él, va aflojando su expectación. Algo conoce de ese ruido, ha visto su fiebre cuando le hablaron del General, del Salvador. Animoso, solitario, Zacarías ha sentido siempre que sólo se tiene lo que se ha conquistado con el esfuerzo de sus propias manos, nunca le han atraído las dádivas prometidas por el Único, el Primero. Zacarías va quedándose dormido. En el entresueño desfila el monte bajo, el suelo en fuga bajo el aullido de malones, la lanza en ristre de la indiada busca el blanco del chuzazo,

primero el español, después el gaucho, la boleadora detiene la jabalina en el aire, la bala va desmontando la caballada. La tierra de sus antepasados, ellos la trajinaron, nunca la poseyeron como él. Ellos la regaron con sangre porque sus manos apretaban armas y rencor, él la abre, la siembra y fecunda, sus manos saben de arados y herramientas. No hay muerte en su mirada, pero el malón ulula, ahora, en su tierra, vocifera / Cuando tenga la tierra / Campesino / hay una voz de guitarra que lo ha dicho, una voz de hembra le ha mentado la madre tierra junto al silbato, al silencio, a la quietud. Se despierta. Lo primero que ve es que el vagón está desierto pero lleno por la dueña de la voz, la hembra que canta / Campesino / Cuando tenga la tierra / el pelo negro, frondoso, inquieta el aire cuando ella sacude su cabeza a un lado, como pollera en la zamba ese pelo, la presencia de la mujer deja estacado a Zacarías, un casi terror lo recorre cuando sigue viendo, adivinando piernas tras la funda de pantalones, pechos, caderas y brazos tibios y ese aroma en la voz que sólo él oye. Piensa que está dormido, un hormigueo en todo el cuerpo lo hace incorporarse, se atreve ¿Dónde están? pregunta a la muchacha. Ella aparta un poco su guitarra. Buscando comida, y señala con el brazo hacia una ventanilla. Zacarías se asoma, puede ver a la turba, fraccionada en varios hormigueros, cada uno con sus palos está rompiendo vidrieras y puertas de almacenes en la calle central y única de ese pueblo. Vuelan paquetes de queso, mortadela, panes, dulces de membrillo, salames, damajuanas, la indiada grita y come. La hembra de la guitarra aclara, en la parada anterior el tren arrancó antes de aprovisionarnos. Esta vez han obligado al maquinista a detenerse. ¿Cómo? pregunta Zacarías. Ella aclara, con la escopeta en la nuca. ¿Qué cantaba? pregunta él. Una canción para ustedes los campesinos, contesta la muchacha, Cuando tengan la tierra todos seremos felices. Yo tengo mi tierra, tres potreros, el agua me falta. Entonces no debes ser de los nuestros. Soy de la parada anterior, vivo ahí. Las mejillas arreboladas de ella, sus labios, toda ella es la tentación viviente. Debo estar soñando, piensa Zacarías. Ella adivina lo que él siente, conoce la timidez que inaugura su sola presencia cuando tiene espacio. Disfruta, sonríe, coquetea con él. El pobre Zacarías se derrumba en el asiento sin poder quitarle la mirada. El silbato ha vuelto a sonar, el hormiguero forma un embudo negro que apunta al tren cuando los asaltantes dejan la calle central y toman una transversal que lleva hacia la parada. Zacarías mira los rostros satisfechos, pero el ánimo sigue siendo la impaciencia, mi general cuánto valés, el hormiguero se instala en los asientos como para destruirlos, saltando, pisoteando, tironeando. Zacarías sólo puede ver el pelo de ella que sobresale, la han rodeado, sumergido, le piden que entone una vez más la marcha del Supremo, el Único, ella pide comer algo antes, tomar, dice. Cuando se ha satis-

fecho comienza en su guitarra el himno del cencerro, el trote polvoriento de la majada, la vociferan todos, los rostros enrojecidos, avinados, desaforados en su voluntad de sumisión, sos el primer trabajador. Cuando la ebriedad de lealtad se ha desfogado comienzan a salir de la guitarra chamamés, valeses, canciones, ella los entona, mira a Zacarías de vez en cuando, él quiere creer que ella canta para él, quizás. El fervor se ha ido aquietando, la turba empieza a diferenciarse, a disgregarse en personas que cuentan cuentos, pequeños grupos envueltos en carcajadas esporádicas, que hablan de sus cosas. Ella se incorpora, mira resueltamente a Zacarías, le pregunta con un gesto si quiere la revista que muestra en su mano alzada, él acepta, ella la arroja, él la recibe al vuelo. Zacarías ojea ruborizado la revista dedicada al General, siente que ella lo sigue mirando. La penumbra se ha ido instalando en el vagón. Luces salteadas anticipan una ciudad próxima, la turba del vagón se aquietó. Zacarías clava su mirada en los ojos de la muchacha, se miran quietamente, escudan los pudores de esa mirada desnuda en la penumbra que justificará cualquier confusión pues quizás se está mirando otra cosa, aunque ambos sepan que no. El silencio, el olvido de todo los envuelve. La ciudad se ha aproximado con sus luces. Hay un alarido y otro, seguido de varios más, todos tronchados en burbujes, un correteo presuroso en el techo del vagón, la luz de automóviles detenidos por las barreras en las calles transversales a la vía alumbran un líquido rojizo que mancha las ventanas y que todos, enmudecidos, tardan en comprender que es sangre. Las luces alumbran también unos cuerpos que caen del techo, oblicuos al vagón, aterrizan al costado del tren vertiginoso. Un moreno motoso, blancos los ojos enormes, entra gesticulando por la puerta sur del vagón, grita ¡Los cables del trolebús están matando a los que van en el techo! Algunos de los cuerpos que se vieron desde las ventanas caían cortados, ahora entienden, otros se arrojaron enteros antes que los cables los degollaran. Las barreras bajadas han detenido el tráfico perpendicular a la vía del tren en esa calle de suburbio, pero los cables del trolebús pasan de largo, quietos, sobre las barreras quietas. Calculados para dejar medio metro libre sobre los vagones más altos, nada más, los dos cables de la línea de trolebuses. El silbato y el sacudón brusco del frenazo llegan encimados. Cuando el tren se ha detenido muchos descenden. Un jadeo ansioso trota llorante por las vías rumbo al lugar donde han caído los cortados por el cable. Muchos se conforman con mirar por las ventanas hacia atrás, trescientos metros, el par de cables del trolebús está iluminado por el farol esquinero, ha sobrevivido a la embestida de quienes iban sobre el tren distraídos. Desde las ventanas se ve llegar a los que han corrido, parientes, conocidos de los caídos, un silencio minucioso se ha instalado allá,

las siluetas se mueven, se inclinan, incorporan, corren, reconocen, desconocen, diligentes van y vienen. Las rodillas flectadas de Zacarías tiemblan cuando él ha comprendido lo ocurrido. En eso vuelve a entrar el moreno motoso para gritar las novedades ¡El maquinista se ha escapado, quería suicidarse, está loco! Alguien comenta que con razón, si al pobre lo han obligado a conducir el tren así cargado arriba y abajo de los vagones. El negro mensajero sigue viaje con sus noticias, queda blanqueando la memoria de sus ojos y dientes. Si el maquinista se ha escapado se acabó el viaje, oye decir Zacarías. Se piensa abandonado en esa ciudad grande donde el tren estaba ingresando, sin saber qué rumbo tomar. Lo distrae el ulular de las ambulancias que vienen en socorro de los volteados por los cables. Hay trajín en el techo del vagón. El tren sigue lleno, la noche y lo desconocido han retenido a la mayoría. El silencio comienza a envolverlos. La muchacha se incorpora de su grupo, Zacarías la ve dirigirse al baño del vagón, la ve entrar y cerrar la puerta. Regresan algunos que fueron a mirar los caídos, están pálidos, dan detalles de cuántos, cómo, acá los cortes, allá los zapatos rellenos, rostros fuera de sí, manos libres. Como una casa familiar el tren recibe a los idos, a los venidos de ver la muerte, se rellena el tren en torno de los relatos bajos, temblorosos de detalles. Nadie podría desplazarse por el pasillo central del vagón. Quizás por eso los dientes y los ojos del moreno motoso gritan su mensaje esta vez por afuera, por las ventanas, corre por el costado del tren ¡Incendio, el maquinista loco le ha prendido fuego al tren! Nadie se mueve, todos rígidos en el olvido de los cables del trolebús y en el esfuerzo por entender el mensaje del mensajero que ahora ha vuelto y grita por una ventana mientras cajonea con ambas manos la pared del vagón ¡Este es uno de los incendiados, a bajarse todos! La noche se lo traga y no falta quien grite ¡Humo, vean! Se produce una estampida silenciosa de gritos pero rumorosa de jadeos, codazos, tironeos. Zacarías, lento, se acuerda de su perro, él supo que algo malo se traía este tren. Mira la masa humana del vagón donde el humo comienza a provocar toses, lagrimeos, miedos. Tanto querer alcanzar las dos puertas extremas, tanto esfuerzo para sólo conseguir un tironeo cadencioso. Uno rompe su ventana a patadas, otros lo siguen en el ejemplo y suenan vidrios trizados. Zacarías mira la puerta del baño, está cerrada. Quiere correr hacia allá, la masa sólo admite un ligero zarandeo. Trepa cabezas, pisa hombros, grita que lo dejen llegar al baño. Colgado de la marea ha conseguido tomar el picaporte de la puerta del baño, tiene una pierna oblicua que roza el pasamanos arriba, sus dos manos se aferran al picaporte ¡Hay una chica adentro, tiene que salir, incendio! Pero nadie está para oír anuncios, reclamos, ruegos o exhortaciones, cada quien está lanzado hacia su propia salvación en aquella puerta obstruida

o en cada ventana con dientes de vidrio. Zacarías se ha convertido en el estorbo de ese pasillo estrangulado además por la presencia del baño y de la desesperación. Colgado del picaporte oye su voz de guitarra ¡No puedo abrir la puerta, ayúdenme! Aunque no está en posición de pensar, Zacarías comprende que algo ha pasado con la cerradura de esa puerta, el picaporte gira loco, ella no puede abrir la puerta no por la masa humana que la taponan, pues la puerta bate hacia adentro. La cerradura se ha trabado. La oye gemir espantada, él la llama, lo reconoce, le promete que la salvará pero la voz se le nubla en el humo, en el miedo, ella le habla sólo a él en un hablar entero que parece un sí enorme para él, un espanto enorme también, pero no importa si la salvará y quedará ese sí de ella para él. El pasillo estrangulado por Zacarías es un lento cauce. El fluido espeso marcha hacia la puerta del vagón, tironea, arrastra a Zacarías con el picaporte en las manos, quebrado ya de su cerradura, él casi horizontal, sin tocar el suelo, grita que hay alguien en el baño, que hay que abrir la puerta, lo van corriendo de a poco, le grita a ella por última vez ¡La ventana del baño, romper los vidrios y salir por ahí! Ahogado de humareda siente de golpe el aire fresco, la cara contra la tierra, los pisotones de quienes siguen atascados por él aun fuera del vagón. Se incorpora, se corre a un costado, ubica el baño, grita, grita, grita. Las llamaradas han reemplazado al humo. Un vidrio pequeño de la pequeña ventana del baño se rompe, una mano pequeña se agita. Él sigue gritando, alguien lo toma del brazo, lo aparta del incendio, le pregunta, él aclara, Ella está en el baño.

Tiempos modernos

Sebastián Ganzburg

No era fácil pero tenía que hacerlo. Cinco horas de laburo que le permitían un tiempo libre durante el día para estudiar y cuidar a su niño que promediaba los diez años. Le surgió la idea de trabajar en un call center debido a que la paga no era mala y además era parte de la planta de forma inmediata. Sin embargo, debía atravesar por situaciones engorrosas en más de una oportunidad. Lo peor era aguantar al supervisor, apodado con un nombre en inglés, todo en los call center es en inglés, una cosa que también molestaba bastante a Bernardo que no soportaba esas cuestiones de colonización del lenguaje.

Lo cierto es que el supervisor, en este caso una dama, estaba furiosa porque Bernardo siempre llegaba media hora tarde, pero al momento de hacer el balance mensual lograba un buen puntaje y la empresa no podía cuestionarlo. Bueno, la empresa en realidad ni se entera de quién es cada empleado, lo que ocurre es que muchos de los supervisores que meses antes atendían llamadas de gente indignada porque se quedaba sin servicio de internet o de celular o de lo que sea, ascienden y se ponen la camiseta, actuando como verdaderos patrones.

Bernardo, hoy llegaste quince minutos tarde, espero que te quedés quince minutos más cuando terminés de trabajar, dijo María José con una voz simpática y una sonrisa dibujada en su rostro bastante impostada. Sí, cómo no, respondió Bernardo. Se acomodó en su silla y comenzó a atender clientes. Al final de la jornada, salió tres minutos antes de que suene la campana, por decirlo de algún modo.

Durante las arduas jornadas no paran de llamar personas indignadas debido a que las empresas de telefonía brindan servicios de mierda. Bernardo debía retener a los clientes que hartos de que las llamadas no se concreten quieren abandonar el plan de pago o cambiarse de empresa. Sufría presiones pero no se hacía demasiados problemas, siempre trataba de dar soluciones, no por la empresa, sino por la

gente. Aunque sabía que las soluciones eran relativas debido a que el reclamo entra a un sistema que prácticamente no soluciona nada, es decir, la burocracia en su máxima expresión.

No tenía mucha relación con sus colegas, Bernardo siempre comentaba que trabajar en un call center era morir por cinco horas. Pero necesitaba la guita. Mucho de los agentes no tienen compromiso ni con la empresa, ni con el cliente, ni con nadie. En una oportunidad, Amelita, nombre concheto por excelencia, se descompuso y entró en crisis. Comenzó a agitar los brazos desesperada porque no aguantaba la situación, es decir, el mal comportamiento de los clientes quienes siempre tienen razón, o la ingratitud de una empresa a la cual no le importa más que facturar millones por mes. Lo cierto es que Amelita se levantó de su silla, se sacó con abrupta violencia el auricular con micrófono incorporado, se lo lanzó a Bernardo que atónito observaba la situación, mientras una mujer del otro lado del teléfono imploraba que le carguen una tarjeta de veinte pesos que nunca se acreditó. El artefacto impactó en la nuca de Bernardo. Amelita agarró el teclado y lo arrojó por la ventana que estaba cerrada y el vidrio estalló. Entonces el supervisor rápidamente trató de agarrarla: soltame, hijo de puta o te mato, amenazó la mujer a su superior inmediato con una lapicera de metal que parecía peligrosa, el hombre la miró sorprendido y cinco minutos después se agarraba la nariz porque Amelita le había propinado una trompada. Todo esto alteró, naturalmente, el normal funcionamiento del lugar, los compañeros no podían dejar su lugar de trabajo, solo miraban mientras escuchaban los reclamos. El gerente observaba por el monitor en su oficina intocable, ubicada en el último piso del gran local. Bajó corriendo y a los gritos pidió cordura, pero Amelita estaba desquiciada, corría por todos lados, pateaba sillas, arrojaba todo tipo de objetos al suelo mientras gritaba: ¡viva Perón, carajo!

En su mano tenía un celular último modelo que no dudó en utilizarlo como proyectil. Con buena puntería logró encajárselo al hombre de traje gris, entre las cejas, cosa que le costó unos cuantos puntos, el tajo era pronunciado. El guardia de seguridad acudió a la brevedad pero Amelita le dio una patada en el centro de las bolas, mientras a las carcajadas salía por la puerta como si nada hubiera pasado, se dio media vuelta, todos la miraban y ella levantó el brazo derecho e hizo la señal en V.

Regalofobia

Daniel Dessen

Odio los regalos. Los que me regalan, y más aún los que debo regalar. Soy el arquetipo de los regalofóbicos. Creo que todo surge de un trauma de la infancia derivado de la lectura azarosa de un cuento de O. Henry que se llama *El regalo de los reyes magos*. Los protagonistas de la historia son Delia y Jim, una pareja que apenas puede alquilar un austero departamento y que tiene por bienes solamente el pelo magnífico de ella y un reloj de oro que él heredó de su padre. Un día antes de navidad, Delia decide cortarse su posesión más preciada y venderla para poder comprarle un regalo a su marido, una cadena de plata para que pueda lucir su reloj. Cuando se encuentra con Jim, éste se sorprende por el aspecto de Delia, quien le revela el propósito de la amputación capilar a la que se sometió. Simultáneamente abre un paquete que le entrega Jim y que contiene unas bellas peinetas para un pelo que a esa altura forma parte de unas extensiones de una cuarentona que lucha contra el paso del tiempo. Él no se ha quedado atrás en materia de sacrificios; ha vendido su reloj para comprar esos ahora inútiles ornamentos que descansan junto a una cadena igualmente estéril.

Hay momentos en que la vida nos obliga a hacer cosas que detestamos. Y estaba atravesando uno de esos momentos. En unas horas María cumplía años y su relación con los regalos era inversamente proporcional a la mía. Si no encontraba la ofrenda adecuada, mi relación con ella correría peligro. Intenté que respetara mis fobias, la hice leer el cuento de O. Henry, apelé a los argumentos lógicos más efectistas, a la comprensión de los dogmas ajenos. Pero fue una discusión tan bizantina como la de un ateo y un creyente sobre la existencia de Dios. Ella cree en los regalos, yo no. Y la conclusión que ella extrajo del silogismo que elaboró a partir de esas premisas fue: vos me tenés que regalar, yo no. Deducción tan arbitraria como inapelable.

El asunto es que estaba metido en uno de esos días, como en los que hay que sacarse una muela o dar un examen, que uno quiere que pasen rápido pero que inevitablemente los vivimos en cámara lenta. A priori no era demasiado complicado pero mi caso no era tan simple. María no aceptaría un regalo obvio. En realidad ella no repararía en objeto alguno, a ella le interesaba el camino que yo debía seguir para alcanzarlo, buscaba mi conversión a través del sufrimiento. Quería que entrara al templo, que escuchara los cantos gregorianos de las ofertas del mes, los salmos responsoriales de las liquidaciones de invierno.

Mi *vía crucis* no empezó por cualquier parroquia; mi primera estación fue una catedral, el mismísimo *Alto Palermo*. La sensación al entrar fue la misma que tuve cuando me metí en una mezquita de Marruecos. Pensaba en los videos de Al Qaeda en los que unos encapuchados degollaban a un infiel. “Todos los que me rodean, cada uno de los miembros de esta multitud inasimilable, saben que yo no soy uno de ellos”, pensaba. Imaginaba el aspecto de turista japonés perdido en Purmamarca que evidenciaría mi cara. Sentía que, tarde o temprano, me iban a deportar. Y en verdad deseaba que me deportaran; si en los shoppings se postulara el xenófobo francés Le Pen, yo votaría por él para que inmigrantes ilegales como yo sean expulsados.

“¿Cómo puedo moverme en un terreno que intimidaría al topógrafo más dúctil?”, me pregunté. Siguiendo mi espíritu racionalista, traté de ponerle coordenadas cartesianas a este microcosmos vertiginoso y caótico. Me acerqué a un hombre mayor, con un traje sobrio haciendo juego con un gesto adusto en su rostro, que imaginé podría orientarme. Descubrí que se trataba de un gerente del shopping que compartía mi afición pitagórica por las cifras. Me informó que los visitantes, los fines de semana, oscilaban entre 60.000 y 200.000, que el centro comercial tiene 64.000 metros cuadrados, 151 locales y que forma parte de un holding de diez shoppings y que entre todos habían vendido productos por 4.825 millones de pesos en el 2011. Me encantó la precisión en los datos. Pude darle forma en mi cabeza a la grey de María, por lo menos a una de sus ramas. “La diócesis de los *Altos*” era equivalente a una ciudad que llegaba a albergar tantos habitantes como la provincia de Santa Cruz pero en una superficie 270 veces menor. Esto me alarmó. Recordé, a raíz de una nota que había escrito sobre el Calafate, que en la *provincia K* había 22 habitantes por kilómetro cuadrado. Es decir que en la urbe en la que me encontraba había 2,8 transeúntes por metro cuadrado. Una locura que en ninguna esquina de Tokio debe producirse. Quizás en un partido de River y Boca, en un recital de Madonna o en la inauguración de un boliche, todos ámbitos que evito sistemáticamente. Empecé a sentir claustrofobia y náuseas cuando repasaba mentalmente el porcentaje. Dos coma ocho por metro cuadrado. Lo mínimamente exigible es un metro cuadrado per cápita, un miserable cuadrado de una centena de centímetros en cada lado. Pero no,

para los habitantes de los Altos, para los *highlanders*, eso es un abuso geométrico. En cada cuadrado deben ir más de dos, casi tres. Ese “casi” es lo que me mataba, esos decimales que significan ni más ni menos que probablemente me tocaría ser ese tercero que no tiene derecho a que su cuerpo entrara completamente dentro del cuadrado que le toca. Solamente el ochenta por ciento de mi anatomía gozaría de tal facultad. El veinte por ciento restante debería comprimirse con el hombro y las caderas de un habitante obeso y macizo. En esas especulaciones estaba cuando inicié mi carrera hacia la puerta, como si fuera la popa del Titanic.

Volví a respirar en la esquina de Santa Fe y Coronel Díaz. Le mandé un mensaje de texto a Vivi, una amiga de María, con un S.O.S.: “Toy en horno. A 12 hs cumple María, 0 regalo”. No tardó en responderme un “mmm, xqué no vas a *sibyl vane* and ask x carterita lila, pseo alcort”. Hacia allí fui, en un taxi cuyo conductor no podía disimular su desconcierto ante un *mantra* casi inaudible que yo repetía: “no pensar en estadísticas, no pensar en estadísticas”. Me dejó en la puerta, entré y me subí a una escalera mecánica en busca del local de *Sibyl Vane*. Recordé que era el nombre de un personaje de Oscar Wilde que se suicida por amor. ¿Había una doble intención en la elección de ese nombre? Si así fuera, Vivi me imaginaba como Dorian Gray, el hombre vanidoso por el que muere Sibyl. ¿Era eso? Me pareció contradictorio porque yo odiaba los narcisismos, especialmente los que están asociados al esteticismo desbocado de las casas de moda ¿O lo de Vivi era más sutil? ¿Y apuntaba a que el retrato que yo adoraba embobado era el de mis dogmas? Empecé a jugar con las palabras para descifrar el mensaje oculto de la sugerencia de la amiga de María. Sybil Vane, you are so vain, Cybill Sheperd, Civil, Registro Civil, Matrimonio Civil, Sibila, Sibilas. Eso era, los personajes de la mitología griega que tenían el don de la profecía. Hubo muchas, demasiadas: Sibila de Samos, Sibila de Troya, Sibila de Cumas... ¿Qué era lo que me quería decir Vivi con eso? ¿Que María podía saber todo lo que yo hacía y, peor todavía, lo que iba a hacer? ¿Entonces sabría que yo le estaba por comprar una carterita lila en ese local? Ante esa posibilidad, opté por desorientar su capacidad predictiva desviándome de mi plan y eligiendo al azar el primer negocio que encontrara. Entré intempestivamente a uno que se llamaba *Cristobal Colón*, me gustó el nombre, la idea de que allí podía descubrir un continente nuevo. Me recibió un nativo muy pintoresco, adornado con múltiples aros y orificios en lugares que nunca imaginé que se podían perforar, acompañados con una túnica colorida y una sonrisa dibujada. “¿qué buscás, qué andás craneando, mannn?”, me disparó, acentuando la *n* final mientras ensayaba unos pasos de baile. “Las Indias, pero sospecho que me equivoqué de continente”, estuve tentado de responderle. Pero le arrojé, más condescendiente, “un regalo para una amiga”.

—¿Cuántos tiene tu chica?

—¿Años? Treinta y cinco.

—No, chabón. Llegaste una década tarde.

—Cinco siglos tarde, probablemente ¿Me podrías indicar dónde queda Asia?

—¿Asia de Cuba?

“Fidel”, asocié inmediatamente. *Fidel* es un boliche de Palermo Soho por el que una vez pasé con María. Está a metros de Plaza Armenia, y ahí, a metros de la disco castrista había una casa que vendía unas artesanías que le habían gustado. María me recriminaba que no recordara sus gustos; ella me repetía que cada tanto me daba pistas y que yo nunca las detectaba. Y es cierto, porque me tortura asimilar datos que siento que ocupan un espacio valioso en mi cerebro, entonces bloqueo mi *data entry*, no en lo referido a sus gustos sino a las ofertas comerciales. Y en mi *delette mental* las pistas de María ligaban injustamente. Pero mi antivirus no es perfecto y cada tanto algún archivo, como esos espermatozoides traviesos que generan tantos dolores de cabeza, lograba infiltrarse en mi disco rígido. Y este era uno, el que contiene la imagen de las artesanías que están a metros de *Fidel*.

Llegué a la calle Costa Rica, contento por haber dejado esas cavernas platónicas posmodernas a las que Saramago les dedicó un libro. Ahora estaba en la calle, respirando la libertad propia de este barrio que combinaba un nombre tan siciliano como porteño con otro tan londinense como neoyorquino. Esa hibridez cosmopolita se plasmaba en los bares, los restaurantes, las tiendas de ropa y, sobre todo, en los que caminaban por sus veredas. Y ese pluralismo me hizo sentir que aquí había lugar hasta para un hereje como yo. No llegué hasta la casa de artesanías, antes me crucé con una vidriera que exhibía ídolos africanos. En el instante en que iba a preguntar por una diosa de la fertilidad, vibró mi celular avisándome que tenía un mensaje de texto. “Dejá *Sibyl*. *Caro Cuore*, ptio bull, no falla”, me intimaba Vivi. Recapacité; las únicas que entienden una fracción de lo que las mujeres quieren son sus amigas. Decidí seguir el consejo sin chistar.

Me bajé en Libertador y Montevideo y, al trote para desentumecerme del frío y el tedio, entré al Patio Bullrich. ¿*Caro Cuore*?, le dije al guardia sin percatarme que si estuviera en Italia esa frase sería una contraseña homosexual. Me indicó el rumbo con su dedo índice y en segundos me encontré con una foto de dos metros en la que Valeria Mazza posaba en bombacha y corpiño. Tomé aire y entré. No me animaba a detener mi mirada en ningún ángulo para no sentirme un perverso. Caminé hacia un costado, moviendo la cabeza como si buscara una prenda que tenía en mente. Había ocho mujeres en el local: tres vendedoras, cinco clientes. Hombres: uno, yo. Esto era peor que sentirse un infiel en la mezquita. Acá no había riesgo de ser descubierto, no había nada que descubrir. Yo no pertenecía a este salón en el que solamente se exhibían pantimedias, enagüas, desabillés, corsets y otros elementos de lingierie de

nombres más impronunciabiles que estos. Una de las vendedoras empezó a acortar los ínfimos cinco metros de distancia que había entre nosotros. Busqué en mi archivo de frases de salvataje una que pudiera serme útil. “Gracias, solamente estoy viendo”, iba a decir cuando me percaté que era completamente inapropiada para la ocasión. El subtítulo que la vendedora le pondría sería: “Opción 1: es un degenerado. Opción 2: quiere convertirse en travesti”. Claro, quién puede estar “viendo” si no entra dentro de una de esas dos categorías. Había que responder con otra variante.

—Hola, gordo, ¿estás buscando alguna pieza de esta línea?”, me descerrajó en la cara antes de que yo pudiera articular mi frase antibochorno.

“Hola, gordo” retumbaba en el lugar más sórdido de mi inconsciente. Quise responderle con una grosería pero estaba en cancha ajena y no pude más que deslizar un “creo que me equivoqué de lugar”.

Y así volví, con el rabo entre las piernas y hundiendo la panza, mientras recorría las cuadras que me separaban de mi casa y de la desilusión de María. Con las manos vacías y la autoestima desecha entré a mi guarida, cerré la puerta y me puse a hacer una descripción detallada de un calvario absurdo, contando la historia de la autoflagelación a la que me sometí, escribiendo unas líneas que quizás constituirían ese regalo tan difícil de encontrar.

El acta

César Di Primio

El siguiente relato nada tiene de ficticio, pertenece al libro de actuaciones policiales del corriente año, de la comisaría 50 del barrio de Flores, Capital Federal. En necesario aclarar que el agente Enrique L. Pellegrini, redactor del presente informe, en sus horas de ocio, ejerce una ligera afición por la literatura, lo cual no invalida el peso jurídico que pudiera contener dicho expediente.

“Siendo, las 3:43 de la madrugada, el declarante, quien dice llamarse Marcos R. Zavaleta, en pleno uso de sus facultades, con domicilio real en Bonifacio y Varela, Piso 14 Dpto ‘A’, Capital federal, manifiesta: que horas antes, en el susodicho domicilio, soportaba el calor entre húmedas sábanas, en las que dormía profundamente Guadalupe López Ibarra, su esposa de primeras nupcias, con una sonrisa que sugería melifluos sueños. Ese mismo rasgo causaba un sinsabor en Marcos, que la miraba receloso desde su vigilia pesada. El calor hacía del departamento un pozo térmico. Marcos quemaba el tabaco del insomnio recostado en las soporíferas sábanas. Abandonó el lecho con cuidado; ansiaba estar solo y no hubiera sido oportuno que Guadalupe despertara. Decidió abrir una botella de Malbec, tentado por una modesta esperanza: el vino aquietaría sus rencores. Ese antiguo arriero del sueño, tan querido para Marcos, desterraría los duros pensamientos. Descorchó la botella y tomó la primera copa con la esperanza de que el sueño apareciera. Pero el conjuro etílico falló, la magia esperada no se produjo; en cambio, la rumiación mental de la que habla Freud, se incrementó con creciente fárrago. Razón por la cual no pudo salirse de aquel laberinto.

El declarante, Marcos Zavaleta prosigue su declaración y manifiesta que comenzó a pensar en las tantas horas que él le había entregado, en las tardes que ella le había arrebatado, en esas tardes en que ella le había ennegrecido el hastío, poblándolo de inútiles consejos, delirantes y bizarros espectáculos. En esas tardes en

que él podría simplemente haber compartido un café con un amigo, o haber salido a caminar por el barrio, simplemente caminar un rato por el barrio. En cambio, se había quedado en casa todas esas tardes y muchas otras anteriores, a soportar sus chismes intrascendentes y sus arrebatados comentarios. Todo eso sin tener en cuenta las malas noticias que le prodigaba día a día. Pareciera que se proponía oscurecer totalmente su ya bastante turbia visión del mundo.

Luego de un rato sumido en esas reflexiones, según el compareciente, el calor insoportable de aquella fosa volcánica que era su cocina, lo incitó a ir hacia el balcón. Una suave brisa acariciaba los inmunes edificios. El pasar de un taxi en la profundidad del abismo, apenas hería el silencio nocturno. Mientras balanceaba la copa procurando evadir los escabrosos pensamientos que había elucubrado quizás inconscientemente durante toda la semana, sentía cómo el espíritu del vino le inyectaba resentimientos de todo tipo. Sus estómagos freudianos le devolvían radicales fantasías y en cada momento una secreta voluntad, un insondable pensamiento, insinuaba aquella oscura idea. Contemplaba la heterogénea nebulosa de luces amarillas y celestes de la ciudad, en su silencio estelar. Luego viraba su mirada hacia la habitación, a través del ventanal, veía la desnudez de Guadalupe entre las sábanas un poco húmedas y arrugadas.

Nuevamente, el infame discurso interior (según su propia declaración) llegaría acaso, a arrastrarlo al desquicio. ¿No estaba harto ya de aquel insoportable y ajeno proferir de nuevas aciagas, de ignominiosos intentos de distraerlo de su realidad, para transportarlo hacia una crasa cueva platónica, de la cual era perfectamente inútil cualquier intento de evasión o escape, dada su naturaleza hipnótica? ¿Acaso no estaba cansado ya de la innumerable cantidad de horas que había desperdiciado a su servicio, a su vaga compañía, y que nunca recuperaría? Reconoció que en ese momento estaba comenzando a ser poseído por un impulso extraño y violento. Bebió otra copa cuando un suspiro de rencor y desazón lo invadió. Mordía cada trago. Pensó en retrospectiva y vio que las incalculables ocasiones que él había sido casi su esclavo no sirvieron más que para formarse perjuicios que irían siempre en contra de sí mismo. Rumores incompletos, inconexos y completamente inútiles, mediocres relatos de historias triviales pertenecientes al entorno social que ella le prodigaba diariamente, intentos de seducción de la más baja calaña, infames propuestas bajo unas no menos indecentes y tristes promesas de felicidad y de comodidades burguesas. Y de pronto giraba la cabeza y allí (aún) estaba ella, aliviándose de su largo día de palabrerío y de advertencia. Y no podía decir que la quería porque no la había elegido, porque era su súbdito desde siempre. Pero las palabras volvían con acre irreverencia: otra vez comenzaría al día siguiente otra de sus interminables peroratas caóticas y protocolares, siendo insoportablemente tediosa y gritona, como lo había

sido siempre. Y luego volvía a mirar la habitación desde fuera del ventanal, descansando de su fastidioso vómito diurno. Guadalupe se acomodó perezosa en la cama, quizás movida por algún intranquilo sueño. Después, Marcos empujó el último sorbo de vino con la vista en la lejanía, con la vista de quienes no están ya en el mundo de las hipótesis, sino en el mundo de los actos, lejos ya de las suposiciones y de las posibilidades, en el mundo de las acciones, en el mundo de los verdugos.

Entonces, siendo aproximadamente la hora 2:13 de la fecha, Marcos, con magnánimo aplomo, se irguió, arrojó la colilla hacia el vacío, luego entró, decidido y silencioso. Primero la privó absolutamente de energías con un drástico movimiento. Luego la absolvió completamente del ámbito corpóreo y virtual en el que se encontraba. Con sus fuertes brazos la levantó, sintió que no pesaba tanto como parecía. Sin vacilar, la llevó hasta el balcón, con una rodilla se ayudó cuando el balaustre intentó ser el único obstáculo. Finalmente, sin pronunciar palabra, la condenó al vacío y a la nada. Catorce pisos sintieron la ráfaga producida por aquel cuerpo ignorante de su fatal destino. Marcos contempló el fin en el centro de la calle. Finalmente, con siniestra sonrisa, se recostó en el lado izquierdo de la cama. Entonces, sintió en su espalda la fría prueba de aquella aniquilación. Acto seguido, arrojó por el mismo ventanal, el control remoto.

Concluyendo el presente informe, se retiran a sus respectivos domicilios, la señora Marta Eleonora Crespo Ibañez, representante del consorcio del edificio correspondiente al susodicho departamento donde se ocasionara el hecho sujeto de la presente acta, en calidad de testigo ocasional; y el señor Marcos Ramón Zavaleta, finalizando el acto y para constancia, firman al pie y de conformidad, en el día de la fecha consignada.”

Conjetural

María Belén Aguirre

Orson, el megalómano creador de proyectos cinematográficos imposibles, huye de sus voraces acreedores —solitario, obeso, insatisfecho— , camino a Los Ángeles. Los ha burlado a todos. Los ha hecho creer que llegaría el día en que sus nombres portentosos coronarían sus filmes. Los ha hecho flotar en la suave vanidad de la posibilidad. Los ha hecho sentirse los mecenas del dios.

Huye. A paso lento, pero huye. Dice que la sombra de todas las cosas que aún no ha sido, se ciernen sobre él como fantasmas insobornables. Dice que “Rosebud” no es otra cosa que la búsqueda de un sentido que jamás encontrará en el largo inventario de las cosas poseídas. Dice que su obesidad lo avergüenza porque es la prueba cabal de su desidia. Dice que se atosiga a alcohol y chocolates sólo para precipitar su muerte. Dice que el señor K es él. Y que en vano ha golpeado puertas sordas para oírse. Dice que el Quijote es él. Y que también Sancho lo ha abandonado. Que como Shakespeare ha sido todos y ninguno. Dice que él puso la bomba en el baúl del auto sólo para sentir el vértigo de las horas. Que así se saborean, dice, de otro modo los minutos cuando pasan. Dice que los extraterrestes que invadieron la Tierra, el día en que lo anunció por la radio (para alarma del mundo) eran reales; aunque asevera que la gente necesita creer en los mitómanos. Que sobre esa hipótesis se asienta toda la historia de la humanidad. Mentirosos y crédulos esculpiendo la hazaña del sobrevivir. Dice que los faltos de imaginación, los insulsos, los fracasados y los poderosos aman al hombre que ha inventado para ellos un mundo superior. Aunque puertas adentro, en ese filántropo, se lluevan a cántaros la realidad y el espanto.

Dice que llegará el día en que los hombres emitirán largas peroratas sobre sus obras. Y recibirán aplausos, los suyos, por él. Que llorarán, dice, al saberse incapaces de creaciones de ese tipo; sobrehumanas. Dice que es mejor pensar así cuando todos los que vinieron, se van y uno se queda solo con su conciencia de sí; y sí.

Un esteta del destino, dice de sí mismo, mientras anota detalladas instrucciones en una libretita gris. “Y esta escena se rodará en plano secuencia”, escribe al tiempo con letra demencial; mientras su sombra encorvada se proyecta en la pared descascarada del cuarto, volviéndolo grande, cada vez más grande. Cada vez.

La faena

Rogelio Ramos Signes

El picaporte de su puerta sólo funcionaba desde adentro, lo que favorecía el crimen y no despertaría sospechas.

La idea estuvo rondándome con insistencia desde las 20 en punto del jueves 8 de octubre de dos años atrás (día y hora en que Inesita Zaira descabezaba sus muñecas bailarinas) hasta pasado el mediodía del 31 de julio del año pasado. Una temporada bastante larga, si se quiere, como para reprimir a diario el deseo de concluir la faena.

Él era de esas personas a las que se las podía amar u odiar con igual intensidad; con la única diferencia que el odio, una vez contraído, demoraba en irse. Justo es reconocer que lo odié muchas veces, pero jamás tan profundamente como el 31 de julio a las 12:30, día y hora en que Inesita Zaira descalabró sus ratitas blancas, y en la jaula grande continuaron jugueteando las codornices.

Decir que él era malvado no es una difamación, como tampoco es un elogio hablar de sus raptos de bondad, que eran breves y espaciados pero profundos. Pertenecía a una raza casi extinguida (gracias a Dios) de ogros familiares; torpes, ignorantes, libidinosos en extremo y celosos guardianes de la moral aparente de las mujeres de la casa. Solía reunirse con sus amigos (otros tres ogros iguales a él, sobrevivientes de otras tantas familias) a fantasear sobre la virilidad de personajes que nunca supe si en verdad habían existido; desgarradores portentosos, regando de semen las calles de sus correrías. Con el pretexto de naipes y ginebra de por medio, convertían a la mujer en un artículo atravesable, aunque desgraciadamente con identidad real. Nombres, apellidos, direcciones. Aunque a veces (muy de vez en cuando) cambiaban de tema y cantaban a coro una vieja canción de las brigadas de Mussolini.

Sus tres compinches fueron muriendo a razón de uno por año, vencidos por ese cóctel infalible de tos, alcohol, tabaco y mes de agosto. Al cuarto año, cuando ya

nos preparábamos para el primer velorio en casa, pasó agosto, y pasó setiembre y octubre y llegó el nuevo año y llegaron muchos años más, nuevos también, y fuimos creciendo con la frustración de no tener un funeral en la habitación donde él siempre nos humillaba con frases dolorosas acerca de nuestro origen. Fue en esos días que le pusimos el apodo. La verdad es que no tenía mucho sentido, pero creo que eso nos divertía y pensamos que se sentiría un tanto ultrajado con aquello de *Gargajo*, tan chirle; aunque nunca nos animamos a decírselo en la cara. Quizá ni siquiera llegamos a pensarlo. En todo caso era un acto de desprecio, interior, nada ostentativo. Una represalia individual en la que coincidíamos todas.

La venganza debía venir por otro camino, algo más sutil. La idea empezó a gestarse la noche que descubrió a Ofelia fumando en el baño y la obligó a apagar el cigarrillo con la lengua. Recuerdo que comenzó a golpearle brutalmente la boca con los bordes de la piletta; hasta que la pobre, idiotizada de dolor, optó por hacerle caso, pidió perdón y dejó de fumar. La decisión de hacerle pagar por aquella barbarie no salió de Ofelia; ella no podía ni pensar. La idea era hacerlo arrepentirse, arrastrarse, suplicar, prometer cosas totales y definitivas, como la reclusión, el aislamiento, la eterna vergüenza. Pero para ello se necesitaba un mínimo de moral, y el *Gargajo* no la tenía. Buscamos por otros lados, pero el desierto de su alma se prolongaba hasta más allá de los límites de la vista.

Él, más concreto, optaba por las pequeñas victorias, batalla tras batalla. Pero se acercaba el mejor momento de la primavera y nos atacaron otras urgencias.

Casi un mes dedicamos a preparar el vestido que Berta luciría para la fiesta de sus quince años. Era algo sencillo, en cuanto a la presentación, pero sugestivo. Un escote angosto y alargado se prolongaba casi hasta la cintura, ocultando todo pero también sugiriendo mucho. Era el modelo ideal para resaltar sus pechitos pudorosos; no sé, algo difícil de explicar pero que empujaba hacia la ternura. El entusiasmo nos llevó a cometer un gran error: descuidamos al *Gargajo*, que estuvo observándonos por entre las bisagras de la puerta, y es bien sabido que el enemigo nunca descansa. La lista de invitados (sólo algunas compañeras del colegio más cuatro o cinco niñas de las quintas vecinas), la torta y los adornos, apenas nos llevaron algo más de dos días. El vestido era lo importante, como si a partir de esa cuestión exterior y si se quiere frívola, ya nada volviera a ser lo mismo; como si Berta no volviera a ser la misma después de aquel vestido; el mismo vestido que el día del cumpleaños amaneció colgado del inodoro, chorreando excrementos por los quince costados. Y en verdad que fue así, como la premonición, porque Berta se recluyó en su cuarto (hoy hace dos años de aquello) y al salir ya no volvió a ser la misma.

El 7 de diciembre, fecha en que Inesita Zaira estrangulaba un conejo sobre el retrato de la siempre niña Tía Ferreyra, juré que nunca más entraría ni una pizca de

bondad en nosotras por compasión a Benigno Rosario Criscuolo, el *Gargajo*. Mi juramento fue múltiple y en voz alta, a pesar de que Berta ya se había recluido indefinidamente en su habitación, y Ofelia, que aún curaba las heridas de su boca, nunca fue capaz de levantar una mano o una palabra contra él. Hablé por todas, y por todas me comprometí conmigo. Eso sí, no tuve la precaución de escapar a los oídos siempre atentos de Inesita Zaira y sus curiosos ocho años; aunque ahora no sé si arrepentirme o si comenzar a disfrutar las consecuencias de aquel descuido. Al día siguiente hice mi declaración de guerra.

Esta casa, aunque nunca fue un paraíso, en vida de mi madrina fue otra cosa; teníamos nuestras pequeñas libertades y de vez en cuando hasta se nos consultó sobre alguna cuestión doméstica. Con doña Carmelita podíamos disentir sin ser crucificadas. Siempre fue tolerante, exageradamente generosa; y aún, antes de morir, nos dejó el regalo de Inesita Zaira, con sus ojazos tristes y ese parloteo a media lengua del que todavía hoy nos empeñamos en rescatar alguna palabra. Quizá su único error fue querer sobrevivir a través de un ser mezquino y despreciable, que terminó enredándola en sus mentiras como a nosotras en su violencia. Nunca pudimos saber si él guardaba algún parentesco con la difunta, o si había sido su amante.

Escuchando a escondidas una de sus conversaciones fue que supe algo acerca de mi madre, si es que aquel demonio no mentía. Al parecer fue una enfermera escandinava (noruega de los suburbios de Oslo, o tal vez lapona) que llegó a ser jefa de alguna sección en el hospital de Colmenares y que tras mi nacimiento se alejó con un rumbo tan incierto como su origen. De esa madre, sin identidad ni rostro, tengo dos hermanos mayores en algún lugar del mundo. Al parecer, y esto ya es pura suposición, mi precio fue muy alto, ya que doña Carmelita pudo exigirle que se fuera para siempre del pueblo.

Muy diferente fue la llegada de Ofelia, a quien encontré un día tirada en una melga después de la poda, llorando y cubierta a medias por unos sarmientos. No creo que tuviera más de una semana de vida. Desde entonces nunca dejé que nadie más que yo se encargara de ella, de cada una de sus necesidades, sus caprichos, sus angustias. En todo caso, una madre de cuatro o cinco años siempre fue mejor que nada.

Berta, en cambio, llegó por sus propios medios. Recuerdo que era un día de invierno y caía una llovizna tan fina y tan fría que hacía doler la piel. Vestida con un impecable conjunto escocés y apenas una campera de hilo sobre los hombros, la encontramos llamando a la puerta. No recuerdo haber visto jamás una niña tan delgada; tampoco recuerdo haberme topado con alguien tan seria para esa edad. Fue concisa. Nos dijo que ese día cumplía seis años y nos preguntó si éramos capaces de hacerle una fiesta. Sorprendidas por lo insólito de la situación, sólo atinamos a

decirle que sí. Luego ya fue tarde para echarnos atrás. Ofelia protestó. Tenía por entonces once años y siempre había sido como la mascota de la casa; se sentía invadida, desplazada; pero congeniaron pronto. La fiesta fue muy humilde (absurda si se quiere) pero Berta, aquella niña excesivamente delgada, fue feliz, y nosotras también. Desde ese día ésta fue su casa. Ni Ofelia ni yo llegamos a preguntarle de su vida antes de llamar a nuestra puerta, y supongo que doña Carmelita tampoco lo hizo; y si lo hizo, nunca compartió ese secreto con nosotras. Alguna vez creo haber escuchado al *Gargajo* gritarle que era una basura como la borracha de su madre; lo que podría habernos dado alguna pista. Otra vez, desbordado de alcohol y en tono paternal, llegó a decirle que él no deseaba que ella también fuera una mendiga como esa ciega sucia que la trajo al mundo. Truculencias devastadoras con que nos regala siempre; fruto de una mente muy enferma en todo caso. De cualquier manera, creo que el pasado de Berta no es difícil de imaginar si nos atenemos a su carácter retraído, a su melancolía constante, de la que sólo emergía en los días de cumpleaños, propios o ajenos. Pero esa efímera cuota de alegría se cortó también hace ya bastante tiempo.

Al año siguiente, mi madrina, que ya casi no se movía de la cama, nos hizo el mejor de sus regalos: Inesita Zaira. ¡Un bebé en casa! Un bebé llegado de no sé dónde, después de tanto tiempo.

Con la muerte de doña Carmelita, el *Gargajo* (claro que por entonces sólo era don Benigno) pasó a ser quien tomó las decisiones en esta casa y en esta granja, de la que aún vivimos. Él supervisó cada detalle, desde la comida de todas hasta los pañales de Inesita, desde el jardín hasta el fondo, desde el cielo hasta el infierno; a fuerza de insultos, de escupitajos de sangre podrida sobre nuestra inocencia de niñas aún sin contaminar. Sólo Dios sabe cuánto he odiado a ese hombre.

Lo importante en aquellos días fue descubrir que la puerta de su habitación sólo se abría desde adentro, a no ser, obviamente, con una llave. Ese hallazgo favoreció la idea del crimen, pero por sobre todo nos ayudó a tomar una decisión largamente postergada. Nada más. El intento fue pueril y resultó un fracaso. Aún no conocíamos ni la fuerza ni la astucia del enemigo; y perdimos. Tal vez nos delató el miedo, o la torpeza, y terminamos por ponerlo en alerta. Inesita Zaira abrió la boca (¿qué sabía ella de guardar silencio, con su dulce y tempranísima media lengua?) y fuimos descubiertas. Lo positivo, si lo hubo, fue la enseñanza que nos dejó: el odio y el menosprecio poco tienen que ver entre sí. El *Gargajo* poseía una mente superior, y supongo que ya ni vale la pena revisar los detalles de un plan tan apresurado y previsible como el nuestro. Nada que ver con la puerta ni con su picaporte interior. Simplemente un pedido de socorro. Un auto a la carrera. Un cuerpo inerte tendido sobre la carretera. Fracaso total. Nada de nada.

El segundo intento fue largamente meditado. Para ello necesité la ayuda de Berta, pero sólo encontré en ella a un mudo interlocutor, únicamente capaz de recibir confidencias y callarlas para siempre, desde su mente detenida en un vestido de 15, enmerdado y definitivo. El plan, algo sofisticado, llevaba en sí el germen del éxito y el desenlace de la derrota. Y volvimos a fracasar. De cualquier manera vale la pena recordarlo.

Si hay algo con lo que nunca se metió el *Gargajo* fue con nuestra pequeña biblioteca; tres cajones de manzanas llevados hasta el límite de la funcionalidad, para albergar un centenar de libros de la más variada calaña. Allí, apretado entre las Novelas Ejemplares y un Atlas insistentemente desactualizado, estaba el viejo manual de Química que habría de seducirnos.

El capítulo de los órganos fosforados era ameno como un cuento. La primera lectura que le hicimos fue despertada por ese encanto de lo narrativo, aunque ya sabíamos qué era lo que allí estábamos buscando. Hacia las últimas páginas de la segunda lectura (tiempo exacto en que Inesita Zaira operaba de los ojos a su chinchilla predilecta) la determinación ya estaba tomada. Sería con parathión, por inmersión voluntaria y mediante “ingestión subcutánea”. Sólo restaba encontrar la manera.

Muchos fueron los procedimientos que propusimos y descartamos, algunos por ser demasiado directos y otros por rozar el delirio; hasta que nos quedamos con uno que respondía tangencialmente a los ejemplos propuestos por el libro. Supongo que nos decidieron el regusto aventuresco y el escaso riesgo.

Expresado brevemente, llegó el día de cosechar las nueces. La recolección fue como siempre, nogal por nogal entre las cuatro y en total silencio. Comenzando por los que rodeaban el portón de entrada y finalizando por los que se inclinaban sobre el canal, sólo salteamos uno, también como siempre: el quinto de la segunda fila a la derecha, cuyas ramas repletas de nueces caían sobre el tanque australiano. Y allí, en el tanque australiano cubierto de agua verdosa, descansaban cincuenta kilos de parathión disuelto, esperando que el *Gargajo*, como siempre, se hundiera hasta la cintura, blasfemando contra el dios que parió aquellas nueces, pero cortándolas lentamente, como siempre, y como nunca; extraordinariamente como nunca, el veneno le entraría por los poros, por debajo de las uñas, por cada rasguño de sus piernas, de sus manos, veneno salvador, justiciero veneno, bendito dietil—paranitrofenilo que estudié en cada prospecto, y después el patatús, después el funeral, los pésames recibidos como quien escucha llover, después las entrevistas con la policía, las coartadas estudiadas al detalle, *la liberté, oui, oui*, la abolición, la independencia, *das Leben*, la emancipación, *forever free*, la redención, el mundo. Pero (esta conjunción adversativa que todo lo derrumba) Inesita Zaira habló de los renacuajitos muertos, y (esta conjunción copulativa que une dos desastres) ¿cómo puede un renacuajo

morir en las verdosas y cálidas aguas de un tanque australiano, estancadas desde la temporada anterior? Sospechas. Dudas. Certezas. El *Gargajo*, que descubre nuestro plan y, curiosamente, opta por no castigarnos; pero se encierra en su cuarto a no sé qué; tal vez a preparar el contraataque. Inesita Zaira, que (olvidando sus muñecas bailarinas, sus ratitas blancas, sus chinchillas, desde sus actuales diez años) comprende que es tiempo de crecer, de no repetir viejos errores, que es tiempo de decidir cuáles son sus treinta centímetros cuadrados en esta trinchera y cuáles serán sus armas. Berta, que opta por dejar su silencio para empezar a decir la palabra “sí”, muchas veces, sin detenerse, casi hasta crear otra forma de silencio en “sí”, aceptando cada una de mis propuestas. Y Ofelia, que tras años de taparse la boca mientras hablaba, temerosa de que alguna pileta (volando ¡qué se yo!) fuera a golpearla en los labios, enciende nuevamente un cigarrillo a cara descubierta y asegura que si ese plan fracasa, ella misma se encargará de mandar al *Gargajo* al infierno, aunque luego deba envejecer en la cárcel.

Como el picaporte de la puerta de su pieza sólo se accionaba desde adentro, no fue necesario imaginar tramas complicadas, que por otro lado hubiesen despertado sospechas, sino simplemente desandar el hilo de la lógica en busca del ovillo, que es un decir. El objetivo era dejar al *Gargajo* muerto de miedo, de hambre, de impotencia; contra el piso, de espaldas, clamando piedad con sus miembros endurecidos, trizándose por dentro, como una cucaracha. Como lo que era en realidad.

Una puerta metálica de las de antes (chapa del 6 o del 8) con llave, con tranca, con pasador, no puede ser desplomada por dos brazos femeninos, ni por cuatro, ni por seis, ni por ocho. Una puerta metálica de las de antes, convierte a la habitación que protege en una caja de seguridad, en un recinto inviolable, en un sarcófago sellado, en una fortaleza que tampoco puede ser derribada por los dos brazos de un anciano.

La única modificación del plan fue la que concernía a la participación de Inesita Zaira. Ella tenía que entrar por la pequeña banderola que da al patio, a la madrugada, y robarle la llave al *Gargajo* mientras dormía. Pero como el *Gargajo*, naturalmente, también había cerrado la banderola y dejado abierto sólo parte del ventilete, para poder respirar, el trabajo de la niña no fue necesario. Hoy eso me tranquiliza y agradezco a las circunstancias no haber involucrado a cosa tan pequeña e inocente en algo tan sucio.

Recién luego de dos días de encierro (dos días en los que incluso llegamos a pensar que un ataque, o algo así, se lo había llevado al infierno) el *Gargajo* dio las primeras señales de vida: el ruido del elástico de la cama, la torpeza de su pie tropezando con la palangana, el tric—tric de la perilla de la luz. Qué comía y dónde hacía sus necesidades, son dos interrogantes a los que no sabría responder; aunque tratándose de él, quizá todo se resumiera en un asqueroso acto, combinado y único.

Ofelia fue quien descolgó el cuadro de la siempre niña Tía Ferreyra, levantó el empapelado posterior y sacó la moneda de bronce de la época de la colonia que mi madrina guardaba allí. No hizo falta que nos explicara nada. Habíamos estado hablando acerca de que debíamos introducir algo por el orificio exterior de la cerradura, para que el *Gargajo* no pudiera meter la llave desde dentro cuando el hambre le dentellara en las tripas. Habíamos convenido que una moneda era lo más adecuado, ya que luego nos permitiría sacarla con facilidad cuando el *Gargajo* hubiera reventado de necesidad y de angustia. Por eso es que nos pareció acertado que Ofelia sacara la moneda de cobre. Una moneda de níquel tal vez habría dejado pequeñas esquirlas en la cerradura y, si bien el plan se imponía por su misma contundencia y simpleza, no queríamos dejar flotando detalles que pudieran delatarnos. Así las cosas, metimos la moneda de cobre, trabamos el mecanismo y nos abocamos a otros quehaceres.

Al anoecer ya no quedaba ni un solo rastro de parathión en el tanque australiano y, si algo subsistía por los alrededores (cosa que jamás podría relacionarse con el viejo cuarto cerrado por dentro) se justificaría con la fumigación constante a tábanos, jejenes, libélulas y otras plagas de insectos que molestaban a los caballos cuando iban a beber.

Al día siguiente, minutos después de las 6 de la tarde, escuchamos al *Gargajo* llamándonos por primera vez. Durante la cena volvimos a escucharlo; y todavía una vez más, hacia la madrugada. El martes nos amenazó de muerte. El miércoles nos pidió perdón. El jueves trató de convencer a Berta de que lo de su vestido de cumpleaños lleno de excrementos había sido un accidente (un viejo y desafortunado accidente, dijo) y prometió hacerle un regalo que le encantaría. El viernes permaneció en silencio, y también el sábado, y también el domingo. El lunes, desde la banderola, vimos el cuerpo del *Gargajo* correctamente acostado sobre la cama, pálido como las sábanas e inequívocamente muerto.

Cumplido el primer paso, el resto sólo fue una agenda a seguir. Ofelia sacó la moneda de bronce de la cerradura y volvió a guardarla tras el cuadro de la siempre niña Tía Ferreyra. Berta fue dejando rastros del *Gargajo* a lo largo de toda la casa: su pipa todavía con tabaco, sus anteojos para leer, el libro de De Amicis señalado con una regla de pinturas Dolce, cosas así. Inesita Zaira se puso a buscar en el sótano aquella foto donde él aparece poniéndole una mano sobre el hombro a mi madrina. Y yo avisé a la policía que ya hacía cuatro días que don Benigno Rosario Criscuolo se había encerrado en su cuarto; que nuestras súplicas para que saliera de allí habían sido inútiles; que no avisamos a nadie sólo para evitar escándalos; pero que, a juzgar por lo que habíamos visto dificultosamente desde el tragaluz, temíamos que hubiese sucedido lo peor.

Lo demás puede sintetizarse en pocas palabras. Dos agentes me acompañaron de vuelta a casa. Al no poder pasar por el pequeñísimo ventilete, y con la ayuda del tractor, dos cables de acero y una viga, lograron derribar la puerta. Luego llegó el comisario, echó un vistazo y habló conmigo a solas, no más de media hora. Ordenó que se llevaran al muerto, que avisaran al diario por si algún conocido distante quería ir a verlo y que dispusieran todo para un sencillito funeral.

Los raspones desesperados en la puerta desde el lado de adentro y alrededor de la cerradura, las indescifrables cosas escritas por el *Gargajo* sobre el espejo, nuestra demora en hacer la denuncia, todo, todo, fue silenciado y hasta menospreciado por el señor comisario. Nuestra parte del trato también fue cumplida. Inesita Zaira, con sus inocentes diez años y tanta ternura, desde entonces lo visita todos los jueves en la comisaría, a la hora de la merienda; y él la trae de vuelta, generalmente dormida, luego de la cena. Hasta ahora todo indica que habrá de respetarse lo convenido, y mucho más tratándose de un caballero como lo es el comisario. Gozará de su miel, de sus increíbles ocurrencias, de sus simpáticas rabietas; entrará en contacto con un mundo donde todo es posible, donde ángeles y demonios conviven amigablemente; donde, al margen de la lógica, siempre triunfa lo niño, lo así y así, lo sublime. Podrá besarla, libarla, degustarla; pero sólo se acostará con ella cuando haya cumplido la mayoría de edad, ni un día antes. En un mundo donde hasta la naturaleza improvisa, las cuentas claras son una bendición.

Creo que ya nada queda por decir del *Gargajo*, salvo que borramos hasta los mínimos rastros físicos de su paso por esta casa, incluso aquellos que Berta había ido dejando aquí y allá para despistar a la policía. Borrarlo de nuestra memoria, lamentablemente, será un trabajo muchísimo más lento.

El retorno

Samuel Schkolnik

Iban tras el bisonte, bajo las ramas iban, el ojo en el sendero de pezuñas, la mano agarrotada en el mango de hueso, los dientes apretados por el hambre pero más todavía por el frío, lo mejor es el cobijo donde están las hembras y las crías, la lumbre que no se apaga, el abandono y la fiesta. Alertas iban, el morro contra el turbión, los pasos que se hunden en la nieve. Algunos encuentran bayas, las últimas caídas cuando el sol prodigaba días largos, abundantes de pastos y de carne. Si apareciera al menos una cabra, o mejor un venado, pero todo es silencio salvo el silbido en los ventisqueros, salvo el ulular en las altas copas. Hasta un oso sería bueno que apareciera; algunos quedarían rotos para siempre bajo la nevisca, pero el pedernal afilado haría su trabajo y los demás podrían volver, cargados de piel y de alimento, al refugio donde esperan las hembras y la cría, los tizones cuidados con amor, el descanso, la fiesta y sus tambores. El rastro empezaba a perderse en la blancura cuando vieron el bisonte, que volvía sobre sus pasos; tal vez huía, tal vez el viento, que arreciaba desde el valle, le había traído el olor de los que viven en cabañas. Había que cazarlo sin demora, había que adelantarse a esa gente de lanza certera y voces de espanto. Se abrieron en abanico alrededor del bulto que avanzaba; cuando lo hubieron rodeado estrecharon el círculo, hasta que cada uno pudo sentir como propia la caudalosa respiración de la bestia, y fueron claros para todos su cornamenta mortal y su miedo. Arremetió, pero fue en vano; por algo todos habían danzado ante el padre de los bisontes, figurado en ocre y bermellón en la pared de piedra alumbrada por el fuego.

Volvían acezantes con la carga. No se habían detenido a repartir el peso, no fuera que los alcanzara la gente de las cabañas. La nieve era más honda y la fatiga les nublaba los ojos. Menos mal que el viento empujaba ahora desde atrás y conocían a ciegas el camino. El viejo que guardaba la roca de la entrada los reconoció a lo lejos y dio voces de alegría que resonaron en la cueva y en los estómagos de los que

esperaban. Se avivaron las llamas y los tambores. Cuando entraron con el animal colgado de una vara, el viejo movió la roca con el cayado que le servía de palanca, hasta dejarla tan bien atascada que podían desentenderse y festejar. Todos aullaban menos los cazadores, que se dejaron caer junto al bisonte, al pie del padre que refulgía en la pared. También refulgían el berilo, el cuarzo, el granito, en las manos de los que trozaban la gran bestia. Eran un círculo del que rítmicamente se levantaban y caían brazos que terminaban en guijarros, y que batían el cuerpo inerte como si fuera otro tambor, salvo que sonaba blando y salpicaba a todos. Las crías miraban desde el pajar del fondo, entre las pieles. Las madres que no trozaban habían comenzado a bailar. Alguien acercó a los cazadores unos cuencos rebosantes de oscura sangre. Su sed era grande. Cuando pudieron sentarse ya los trozos eran repartidos, rojos, húmedos y tibios. Algunos fueron arrojados hacia el rincón de las crías. Los gritos menguaron mientras devoraban esa materia dulzona y elástica, pero apenas después empezó la fiesta, las hembras y los cazadores saltaban entre las chispas, las brasas bien alimentadas crecieron a hoguera, los gritos se unieron en un canto, el viejo daba de beber, de una vejiga de carnero que pasaba de boca en boca, a los que bailaban en ronda. Cantaban y se balanceaban como si fueran un solo ser, las lenguas del fogón los tocaban pero ellos no las sentían. Los tambores batían, batían, el resplandor alcanzaba todos los rincones, el sudor bañaba los cuerpos y la exaltación levantaba las almas, cuando un leño estalló en la fogata y una brasa encendida voló hacia el rincón de las pieles y la paja. Un momento después la humareda no dejaba respirar, todos gritaban, algunos ardían, la roca de la entrada no se podía mover, la fiesta terminó en asfixia.

La gente de las cabañas vio el humo negro filtrarse a través de la piedra, pero lo tomaron como un signo de mal agüero y no quisieron acercarse. Con paso lento, porque la tormenta no había amainado, volvieron a sus hogares, en el valle que hoy llamamos Cromagnon.

Dadores

Florencia Méttola

*“what I used to be
will pass Away
and then you’ll see
That all I want now
is happiness for you and me”*

Elliot Smith. Happiness.

El problema fue que su madre había muerto de repente, justo cuando su vida empezaba a encaminarse hacia ese lugar tan extraño llamado madurez. Es cierto que había pensado en la posibilidad de que sus padres se muriesen, un día, caminando al psicólogo, meses antes de que esto pasase; pero nunca se hubiese imaginado que ese pensamiento casual e intuitivo pudiera desatarse tan pronto en un hecho real. Lo primero que se le cruzó por la cabeza en ese momento fue qué haría si realmente sucediese, qué haría sin sus padres, de qué y cómo viviría. Nunca se había preocupado por buscar un trabajo serio, o por esforzarse más en la facultad, nunca había pensado sinceramente en su futuro; sólo se había dedicado a vivir el presente, un tiempo llano e insensato, satisfecho por la inmediatez de necesidades huecas y fugaces, un tiempo muerto, en el que estaba segura que nada sucedía y en el que nada podía sucederle. Ni siquiera había pensado en la muerte como algo real y contundente, como parte de la vida y del paso del tiempo, conceptos que parecían no afligirla tanto como paralizarla.

Poco antes había estado completamente deprimida a causa de la falta de un trabajo fijo que le diera alguna estabilidad económica. Era verano, afortunadamente uno no tan caluroso como lluvioso, y se había dedicado solamente a ver series de televisión, o películas viejas: salía de la habitación a comer algo rápido y a prepararse café; a veces, por las noches, se levantaba a fumar un cigarrillo en el jardín. Era como una rata, evitaba el encuentro con los demás dentro de la casa, no quería que su familia la viera comer migajas, ni arrastrándose en su propia miseria. Fuera de esa rutina, lo único que hacía era salir a tomar cerveza con algunos amigos, los únicos seres humanos con los que le interesaba mantener una relación.

Finalmente consiguió un trabajo estable a fines de febrero, como telefonista bilingüe para IBM. Si bien este trabajo no tenía nada que ver con lo que ella quería para su vida, le trajo la tranquilidad económica buscada y el cambio de ritmo necesario para poner en marcha ciertos niveles de exigencia ya olvidados. El trabajo implicó una presión constante durante las primeras semanas, que la mantuvo lo suficientemente ocupada como para no pensar en nada más.

Su madre se había empezado a sentir enferma los primeros días de marzo, parecía tener hepatitis. Todos se habían empezado a preocupar de repente por su salud, nunca antes había demostrado síntomas de enfermedad alguna, se había caracterizado a lo largo de su vida por detestar a los médicos y, más allá de alguna que otra depresión acentuada, no había estado enferma en años. Luego de diez días de una aparente hepatitis, le hicieron los análisis de alta complejidad y le descubrieron un tumor en la boca del páncreas. La palabra cáncer apareció como un cartel gigante y de un brillo espantoso, de luces de neón, en la mente de todos. Nadie le dijo que ese tumor podría ser un cáncer terminal, ningún integrante de la familia podía creerlo ni entenderlo. Sí, finalmente, su pensamiento aterrador de tan sólo unos meses atrás, se estaba volviendo una realidad.

Los días siguieron como pudieron, se aferraba a su trabajo más que a nada en el mundo; por otro lado, sabía que eso también haría feliz a su madre. También trataba de complacerla y compartir con ella lo máximo posible: le preparaba la comida especial, la acompañaba a los médicos, la invitaba a pasear y a hacer todas las actividades que siempre le habían gustado, pero ahora, que estaba decaída, no disfrutaba tanto. Uno de esos días, tomando la merienda con su madre, su padre y su hermana mayor, en un bar de barrio norte, se encontró con Rodrigo. Rodrigo había sido compañero de sus primos en la escuela primaria, ella había entablado una relación bastante estrecha con él hacía unos años, cuando se habían reencontrado en la fiesta de un amigo en común. A partir de ahí, había crecido entre ellos una profunda amistad. Rodrigo era alto, delgado, tenía la cara angulosa y un tanto alargada, los labios gruesos, la nariz pequeña, la tez morena, los dientes grandes y blancos, era

un chico muy lindo, sus amigos siempre le hacían bromas acerca de su belleza de modelo, él, tímido, apenas sonreía. Se saludaron emotivamente, hacía mucho que no se veían. Les presentó a los integrantes de su familia y concertaron una cita para el día siguiente. Fueron a tomar un café a un bar céntrico. Ella le contó lo de su madre y Rodrigo se mostró conmovido. Hablaron como siempre, de las cosas que pensaban, de los sentimientos, de películas. Estaban contentos de verse nuevamente. Realmente se llevaban muy bien, se notaba que se divertían juntos y que había algo peculiar entre los dos. Ninguno entendía del todo bien por qué entre ellos no había pasado algo más, a pesar de que varias veces habían estado cerca. Pero, por alguna u otra razón, aquello, no se había concretado. Quedaron en mantenerse en contacto, en verse durante el transcurso de los próximos días. Rodrigo quería estar cerca de ella, sobre todo ahora; cuidarla. Se dieron un largo abrazo y se despidieron.

Fue a inscribirse a la facultad un martes de fines de marzo. Se inscribió para cursar dos materias de segundo año: literatura española 1 y análisis literario. Se encontró con algunos compañeros, con los cuales charló un rato, acerca de temas superficiales. Las clases comenzaban a la semana siguiente. Estaba ansiosa y contenta a la vez.

Su madre tenía cáncer. El médico había citado a la familia después del análisis minucioso de los estudios de alta complejidad para informarle el estado de las cosas. Había que operarla cuanto antes. El diagnóstico, aun operándola, no era bueno. El médico hacía silencios extensos entre frase y frase, no podía explicar con seguridad los posibles resultados, las palabras trastabillaban en su lengua. Las posibilidades eran mínimas. El cáncer de páncreas era fatal, rápido. El paciente, si sale de la operación con éxito, no vive mucho más de tres meses y, durante esos tres meses, su calidad de vida se verá reducida al mínimo y a un padecimiento espantoso.

A la semana siguiente cuando comenzaron las clases de análisis literario, conoció a sus nuevos compañeros, había algunas caras conocidas, pero la mayoría eran chicos que veía por primera vez y parecían bastante más jóvenes de lo que esperaba. Se sentó al lado de dos chicas que conversaban. A una la ubicaba de años anteriores, la otra le resultaba de cara conocida, pero no sabía de dónde. Le pareció atractiva al instante, eso le llamó la atención, por lo general, nadie le atraía tan rápido, pero había algo en su cara, en sus rasgos, en sus movimientos, en el pelo, en la forma de mirar (que parecía ahondar en uno hasta arrancarle algo), que no se podía evitar pensar que en ella se escondían tanto inocencia como una profunda perversión. Era eso, la profundidad de todos sus gestos y maneras lo que asustaba tanto como atraía, la intensidad: en la boca de labios gruesos, en las manos con los dedos motos por las uñas carcomidas; y los ojos color té, inabarcables, enormes, como si toda la densidad de ese interior saliera por ellos, se desdoblara hacia los demás.

El día que la internaban a su madre quedó en encontrarse con Rodrigo, no iba a ir al trabajo, tenía permiso. La noche anterior se habían reunido en su casa con sus hermanos y su padre para decirle a la madre que tenía cáncer y que podía operarse, pero que eso era su decisión. Le explicaron con delicadeza todos los pormenores, las ventajas y desventajas de operarse o no. Hasta ese momento le habían ocultado la gravedad del asunto en el vano intento de hacerla sentir mejor. Se acercaron también a la casa algunos familiares y amigos para saludarla, pero ella no se sentía con ánimos de recibirlos. Decidió operarse. Antes de que se fuera a su habitación, en el descanso del pasillo, Lucrecia la abrazó con ternura y le dijo que todo estaría bien. La madre sonrió, con los ojos amarillentos por la bilis (que el tumor estaba obstruyendo), llorosos, con una dulzura indescriptible, apenada. Pensó en ese momento que esa mirada era la del espíritu de su madre que se separaba tranquilamente de ella. Creyó verla con los ojos abiertos mirando el techo en la oscuridad, con las manos juntas sobre el pecho, tal cual solía acostarse, fumando. Nunca había visto a alguien que maquinara tanto antes de irse a dormir, tal vez ella misma.

Después de haber estado durante la tarde en el sanatorio, fue a tomar algo con Rodrigo. Era una noche templada de otoño: hacía cierto calor incómodo en los lugares cerrados y un frío húmedo al aire libre. Eligieron un bar con mesas afuera para poder fumar. Tenía una sensación extraña en el cuerpo, una especie de adrenalina poco natural. Se había ocupado de un montón de cosas y también había pasado un largo rato en el sanatorio sosteniéndole la mano a la madre anestesiada. Estaba agotada, pero no podía parar. Rodrigo le preguntó si seguía estudiando letras. Ella asintió y le contó que había empezado las clases de análisis literario y que anhelaba ponerse las pilas con la facultad este año. Rodrigo le preguntó si por casualidad no se acordaba de su hermana. Ella le dijo que vagamente. Rodrigo le dijo que su hermanita estudiaba letras, pero que no tenía idea en qué año estaba ni qué materias cursaba. Intentó acordarse de la hermana de Rodrigo, a quién había visto un par de veces hacía muchos años. Algunos rasgos y facciones dispersos comenzaron a encajar. No sabía el apellido de su compañera que le había resultado atractiva y al lado de quién se había sentado la clase pasada. Le preguntó a Rodrigo cómo se llamaba su hermana. Él le dijo: Andrea. Todo cerró en los resquicios de su mente, ahora se acordaba de Andreíta, la hermana de Rodrigo, que era una niña cuando la conoció. No había cambiado tanto. Se parecía bastante a Rodrigo. Andrea Bach era su nueva amiga de la clase, la chica que le había resultado atractiva.

Conversaron durante horas, tomando vodka Absolut de vainilla con hielo.

Despedirse fue difícil. Se abrazaron. Ella le tocó la cara, la barba suave y apenas crecida, él le agarró las manos y las tuvo entre las suyas un largo rato. Se subió a un taxi.

A la mañana siguiente fue a clases, entraba a las nueve de la mañana, a su madre la operaban a las ocho. El médico había dicho que la operación podía durar unas cinco horas. Dormir esa noche no fue demasiado problema. No estaba angustiada, simplemente estaba triste, y pensaba que la tristeza, a diferencia de la angustia, no te quitaba el sueño porque era por algo inevitable, o que ya estaba dado, algo por lo que uno no podía hacer nada. La angustia, en cambio, moviliza, pone en marcha, inquieta. Cuando llegó a la facultad y vio a Andrea, la tristeza por lo de su madre se transformó en angustia, y el reconocimiento de la causa de esa angustia, le generó un profundo rechazo. Saludó a Andrea entre tímida y desganada. Andrea, en cambio, parecía entusiasmada y le sonreía sin parar. Pasaron a contarse lo acontecido. Andrea no podía creer lo maravilloso de dicha coincidencia. Estaba encantada de creer que ese tipo de hechos no tenían explicación alguna, que eso era el destino. También le preguntó por el estado de su madre. Lucrecia respondió algo inconcluso. Andrea estaba realmente emocionada. Lucrecia parecía no poder pensar nada con claridad. Se quedaron hasta último momento en la puerta del aula, Andrea estaba fumando. Cuando finalmente pasaron, se sentaron una al lado de la otra, en la última fila del anfiteatro. El olor a cigarrillo que exudaba Andrea le dio un poco de náuseas, pero después se calmó.

Salió de clases y fue a ver a su madre. La operación había sido exitosa entre comillas, porque no se le había podido extirpar nada del tumor, que se había ramificado y agigantado sobre manera. La buena noticia, irónicamente, era que su madre seguía viva después de semejante operación. Estaba en terapia intensiva, en observación. Su situación era bastante delicada. No se podía pasar a verla. No había despertado. Había que esperar. La operación había sido muy agresiva para su organismo, había perdido muchísima sangre y había que ver si evolucionaba.

Algunos deambulaban por los pasillos del sanatorio cual hormigas desconcertadas. Algunos tomaban café en el bar de al lado. Era casi la siesta y el sol arrinconaba todo hacia la sombra. En la calle, en pleno centro, los adolescentes gritaban y se amontonaban en las veredas, a la salida de la escuela. Sus hermanos, su padre y ella fueron a comer a un bar cercano. Nadie tenía mucha hambre. Ella sólo tomó un café con una jarrita de soda, era todo lo que quería. Los demás comieron, pero frugalmente. Estaba tan inquieta que no soportó estar sentada un segundo más y se fue caminando hacia la librería que quedaba a unas cuerdas del sanatorio. Atravesó la puerta de la librería sin saber con precisión qué era lo que iba a buscar. Los libros y los escritores en los que pensaba parecían venírsele encima, de manera atropellada, como si alguien invisible se los estuviera arrojando. No podía retener ni visualizar ningún nombre. Paseaba por los estantes, ningún escritor, ninguna portada, ningún color, ningún título despertaba nada en su cerebro. Hacía calor en algunos rincones

a pesar de lo fuerte que estaba el aire acondicionado. Había un asfixiante olor a café. Vio en oferta un libro que no tenía de Carver, después pensó en que hacía mucho no leía poesía y vio un libro de Melville, de poemas, también se tentó con La Ciudad de las Ratas de Copi. Fue amontonando libros en un estante, con ansiedad, en pilas. Pensó en la forma en que iba a pagar, no tenía suficiente efectivo y le parecía mucho para pagar con la tarjeta en un solo pago. Tuvo una horrible sensación en ese preciso instante que se manifestó con una fuerte puntada en el pecho y un nudo en la boca del estómago, respiraba con dificultad, se sentía mareada. Sacó de la mochila el broncodilatador, aspiró y el aire empezó a correr más limpio. Se acercó a la caja. Dejó unos cuantos libros y pagó con la tarjeta. Por suerte había una promoción con el banco de su tarjeta. Hizo la compra en tres pagos sin interés. Fue caminando hacia la plaza Urquiza, que quedaba a varias cuadras de la librería, casi en la otra punta, pero prefería esa plaza a la Independencia. En el camino la llamó su amiga Eugenia. Lucrecia le dijo que iba para la plaza, que se encontraran ahí.

Cuando llegó, Eugenia ya estaba. Lucrecia la saludó distraída, con un abrazo forzado. Le mostró los libros que se había comprado. Una especie de ardor le subía y le bajaba por el pecho con tanta frecuencia e intensidad que le hacía doler la cabeza. Eugenia tenía porro de cogollos. Dudó un poco antes de fumar. Lo hizo. Pensó que su ánimo podría mejorar. Le hizo bien. Hablaron bastante con Eugenia. A decir verdad, ella no podía parar de hablar ni de mirar la hora en el reloj de pulsera que pertenecía a su madre, y que había decidido usar hasta que se recuperara. También se había encargado en esos días de arreglarle el placard y los cajones de ropa. Tuvo el impulso de ir a ver si la dejaban entrar a terapia intensiva antes de irse al trabajo. Le dijo a Eugenia que se iba porque tenía que ir al trabajo. Eugenia le preguntó si quería que la acompañara a la parada del ómnibus. Le dijo que no, que prefería caminar un poco, sola. Eugenia entendió. Se despidió apresurada. Eugenia se quedó en la plaza, desconcertada.

Entró al sanatorio. Subió las escaleras rapidísimo. No había nadie impidiendo la entrada al sector. Lo que vio fue devastador: un cuerpo inerte, lleno de vendas y tubos, una sábana blanca, un plástico verde, manchas de Pervinox, otros cuerpos que yacían en igual postura. Algunos pacientes estaban despiertos, con los ojos asomando sobre el respirador. Su madre no. Estaba completamente inconsciente y fría, hinchada, todavía amarilla, despeinada. No pudo soportar un segundo más el ruido de los artefactos de control del paciente, ni el sonido amplificado de los respiradores. Salió. Afuera, la médica de guardia, le dijo que no debería haber entrado y que su madre estaba muy grave, que había perdido tanta sangre que ya necesitaban, al menos, veinte dadores para el día siguiente.

Lucrecia concluyó que no debería haber entrado a verla a su madre, que los impulsos nunca eran buenos, que eran una manera atroz de violentar un final, pero que esa anticipación, a pesar de ser un acto sumamente autodestructivo, la hacía recordar que tenía sentimientos y estaba viva.

Cuatro días después su madre murió. Cuando se enteró estaba en la cafetería de la facultad con Andrea estudiando análisis literario. Había tenido una operación más y dos paros cardíacos en el transcurso de los días. Perdió tanta sangre que era imposible devolverle al banco del sanatorio todas las transfusiones que le habían realizado. Rodrigo y Andrea habían sido los primeros donantes, después algunos familiares y amigos de amigos. Rodrigo y Andrea habían armado una cadena de dadores para su madre. Ella no podía donar porque le daban impresión las agujas y la sangre, y a pesar de su buen estado físico, se desmayaba. Los órganos de la madre no habían respondido bien a la operación. Sólo había despertado una vez y sin ninguna mejoría. Su hermano la había ido a buscar a la facultad para avisarle del fallecimiento y llevarla al sanatorio. Le dijo a Andrea que su madre había muerto, que su hermano la esperaba afuera. Andrea, afligida, le preguntó si quería que la acompañara. Ella, juntando sus cosas, nerviosa, en silencio, le dijo que no. Fueron hasta la puerta de la facultad juntas. Andrea intentó abrazarla, pero ella la esquivó por miedo a quebrarse. Caminó hacia el auto. Levantó la mano para saludarla cuando abrió la puerta. Andrea quiso decir algo, responderle con algún tipo de gesto similar al de levantar la mano para saludar, pero no había nada que ella pudiera hacer.

Le preguntó a su hermano a qué horas había ocurrido y no hablaron más hasta llegar al sanatorio.

Luego del funeral su padre se fue a Buenos Aires con su hermano, sus hermanas se fueron a sus respectivas casas con sus respectivas familias. Ella se quedó sola. La primera noche después del entierro Rodrigo se quedó a dormir con ella. Al día siguiente salió con unos amigos a dar vueltas y tomar algo por ahí. El tercer día recibió un mensaje de texto de Andrea que, entre otras cosas, le decía si quería ir a su casa a estudiar análisis literario. Tenían el primer examen en una semana.

Fue a la casa de Andrea a la mañana siguiente. Estaba nerviosa. Andrea no intentó abrazarla esta vez. Fueron a comprar medialunas para desayunar. Ella le dijo que no se preocupara por las medialunas, que no tenía hambre y que sólo acostumbraba desayunar una taza grande de café. Andrea también se mostraba nerviosa, intentaba ser complaciente en todo, la trataba como a una cajita de cristal. También sentía una profunda atracción hacia Lucrecia que iba más allá de lo compasivo. Y esa atracción había nacido antes de que su hermano le hablara de ella, antes de que supiera que su madre estaba grave y sintiera la necesidad de ayudarla, de protegerla. La había visto antes en la facultad, había querido acercársele millones de veces, pero ella era

siempre tan distante. A Andrea le parecía un misterio, quería saber qué pensaba, por qué se vestía así, qué leía, a qué se debía esa mirada esquiva y reticente. Quería saber por qué tanto recelo de su persona, como si fuera inalcanzable, como si tuviera dentro algo tanpreciado que sólo unos pocos, los elegidos, podrían obtener, como premio, como tesoro. Andrea quería arrancar ese secreto, pero de la misma forma en la que se hace la fatality en el Mortal Kombat.

La casa de Andrea era un departamento de tres ambientes bastante cómodo, vivía con su madre y un gato llamado Marlon. Su madre no estaba nunca, trabajaba todo el día y viajaba bastante, era arquitecta. Se sentaron a desayunar y a estudiar en la mesa del living, la una frente a la otra. Se turnaban para leer los textos en voz alta. A Lucrecia le gustaba el color de la voz de Andrea, la forma en la que le explicaba las partes que ella no terminaba de entender. Le parecía inteligente, rápida. Entendía antes que ella todo. Hacían largas pausas para conversar. Por otro lado, Andrea no le parecía muy graciosa, eso la desanimaba un poco, era oscura e intensa, estaba muy traumada con muchas cosas que a Lucrecia la perturbaban, como el cuerpo, la sexualidad, el amor. Cuando hablaba repetía una serie de tics: se tocaba el pelo y se lo llevaba a la boca, se comía las uñas y la miraba fijo. Lucrecia bajaba la cabeza y miraba los apuntes. A veces, Andrea se levantaba para señalarle algo en las fotocopias, se acercaba tanto que podía escuchar el ritmo entrecortado de su respiración. Lucrecia se la pasaba pensando si Andrea le gustaba, si le parecía linda, si el malestar que sentía, además del incipiente duelo, era la posibilidad de que le gustara la hermanita de Rodrigo. De alguna manera, había dado por sentado que Andrea la estaba seduciendo. Que toda su compasión y sus ganas de que la conociera, su invitación a estudiar y su aflicción constante por su bienestar eran una parafernalia para enamorarla. La cabeza le quería explotar cada vez que esto pasaba, se sentía tan sola. También pensaba en Rodrigo, quien después de haber dormido aquella noche con ella había desaparecido. Pensaba en la sangre: la que había pasado por los tubos en las transfusiones que le habían realizado a su madre, la que había pasado de las venas de Andrea y Rodrigo a otros tubos y a su madre; pensaba en su propia sangre, en el brazo que le había mostrado Andrea, amoratado por la torpeza de la enfermera al ponerle la aguja, veía la sangre de Andrea, rojo—oscuro, subir y llenar la jeringa. Tanta sangre que había corrido y se había detenido. La sangre de Andrea y Rodrigo que se había mezclado con la de su madre para salvarla. La sangre de su madre que era su sangre, el lazo que todo lo unía y lo movilizaba. Se preguntaba dónde quedaba la sangre de un muerto. La misma sangre que ahora le aceleraba el corazón y la hacía sentir que el mismo iba a salirse del cuerpo.

Fue a la casa de Andrea todos los días durante una semana. Si iban a la facultad, volvían a su casa, almorzaban y se ponían a estudiar, o a jugar con el gato, o a es-

cuchar música y hablar. Había empezado a sentirse un poco más cómodas, no tan pendientes la una de la otra. La incertidumbre acerca de los sentimientos que guardaba por Andrea, la ponían un poco tensa, pero disuadía ese padecer estudiando, pensando en el examen. Sentía que a Andrea le pasaba lo mismo, pero que tampoco podía expresarlo.

Uno de esos días, Andrea estaba un poco mal, angustiada. Le comentó que estaba saliendo con un chico, pero que no sabía si le gustaba. Lucrecia le preguntó si alguna vez había estado con un chico, Andrea le dijo que no. Le preguntó si había estado con una chica. Andrea se quedó unos segundos en silencio. Dijo que sí. Se miraron como se miran las personas antes de darse un beso, pero Lucrecia rompió esa duda como un hielo, le preguntó por qué no le había contado que le gustaban las chicas. Tenía el corazón en la boca. Andrea se sintió acorralada. Le dijo que todavía no sabía si era gay. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lucrecia quería poseerla ahora, en el sentido más posesivo de la palabra. Se puso roja de celos. No era la respuesta que esperaba. Le dijo con frialdad que por qué mejor no volvían a estudiar —otra vez actuando en sentido contrario para no quedar expuesta—. Andrea no paraba de llorar, le dijo que se sentía muy mal. Luego se fue a su habitación. Lucrecia se quedó sentada, mirando hacia la mesa donde estaban las fotocopias de análisis literario.

A la mañana siguiente se encontraron en la facultad. Lucrecia quería volver a su casa después de la clase. Quería comer con su padre. Andrea le preguntó si iban a verse a la tarde. Lucrecia le dijo que sí. Andrea insistió en que si iba a ir después de comer o más tarde. Lucrecia le dijo que le mandaba un mensaje. Fue a la casa de Andrea como a las seis y media de la tarde. Andrea estaba de mal humor por la hora. Lucrecia se había tardado un poco, pero no le parecía para tanto el asunto. Le dijo que se había demorado haciendo algunas cosas en su casa. Se sentaron a estudiar. Lucrecia había quedado esa noche en verse con Rodrigo. Andrea siguió el resto de la tarde con un humor extraño. Hablaron poco. Leyeron solo un texto corto. Lucrecia paró el estudio en el medio del segundo y empezó a juntar sus útiles. Andrea le preguntó si se iba. Lucrecia le dijo que sí, que se tenía que encontrar con Rodrigo. Andrea, enojada, le dijo que pensaba que se quedaría a tomar una cerveza, que había comprado una cerveza para que tomaran porque sabía que le gustaba la cerveza. Le dijo que tenían que hablar. Lucrecia se quedó suspendida. Me tengo que ir, dijo. Quedáte, dijo Andrea. No puedo, dijo Lucrecia. Andrea sacó la cerveza de la heladera. Lucrecia estaba paralizada en la silla, con los ojos como dos bolas de cristal, quietos. La cerveza estaba medio caliente. Andrea sirvió dos vasos. Lucrecia agarró su vaso y tomó de un solo trago. Andrea le preguntó si estaba todo bien. Lucrecia repitió: me tengo que ir. Le preguntó de qué quería hablar. No, de nada, dijo Andrea.

Andá nomás si tenés que irte, agregó. La acompañó hasta la puerta. La abrazó. Lucrecia se quedó helada. Pensó que la quería. Se subió a un taxi.

Una brisa otoñal, fría, le hacía volar el pelo suelto. El viento le daba en la cara. Los cinco minutos que se demoró el taxi en llegar al bar donde se encontraba con Rodrigo fueron larguísimos. Le mandó un mensaje a Andrea que decía: me hubiera gustado quedarme. Rodrigo la estaba esperando, había pedido vodka con hielo: Absolut de vainilla. Hablaron poco y no se divirtieron. Ella estaba inquieta e incómoda. Pensaba en Andrea. Rodrigo estaba en auto. La llevó a su casa y ella le ofreció pasar. Su padre no estaba. Rodrigo pasó al baño y después se sentaron y tomaron agua. Rodrigo le dijo que tenía que irse, ella le preguntó si no se quería quedarse a dormir. Él le dijo que prefería irse.

El fin de semana pasó sin pena ni gloria. No volvió a hablar con Rodrigo. Tampoco se vieron con Andrea, pero hablaron por teléfono. El examen era el martes. Ese día llegó a la facultad bastante tranquila. Se había sentado al lado de Andrea, pero la profesora las separó. Igual estaban cerca. Andrea la miraba cada tanto para chequear que estuviera bien, la miraba como preguntándole si necesitaba algo, ella le respondía con la mirada: sí, está todo bien, no necesito nada. Terminó el examen antes que Andrea. Salió y se fue al bar de la facultad. Tomó un café y empezó a sentirse sofocada, no podía respirar bien. Le mandó un mensaje a Andrea diciéndole que se iba, que no se sentía bien. Andrea la llamó, le dijo que la esperara, que ya salía del examen. Salió afuera a tomar aire. Se sentó en un banco debajo de un árbol. El malestar continuaba. Se paró. Salió a la calle y paró un taxi. Se fue a su casa. Andrea la llamó desesperada preguntándole dónde estaba. Le contó. Le dijo que se sentía muy mal, que pensaba que se estaba volviendo loca. Andrea le dijo que eso era un ataque de ansiedad, que se tranquilizara. Le preguntó si quería que fuera a buscarla a su casa. Ella le dijo que no, que no se sentía bien y que quería estar sola. Tal vez a la noche, le dijo. Andrea le pidió por favor que cualquier cosa la llamara y que la esperaba a la noche en su casa.

Fue a lo de Andrea cuando se despertó de una larga siesta llena de pesadillas. Hacía frío. Andrea estaba con dos amigas en su casa. Ella saludó y se sentó a jugar con Marlon. No tenía ganas de conversar. Al rato se quedaron solas. Andrea le preguntó si quería salir o quedarse. Le preguntó cómo estaba y si necesitaba hablar. Ella le dijo que sí y que salieran a tomar algo. Fueron al mismo bar que habían ido con su hermano días antes. Tomaron cerveza. Le contó sus sueños a Andrea, le habló de cuán complicada veía su vida amorosa ahora que su madre se había muerto. Le dijo que no sabía bien qué era lo que sentía ni por quién, como si Andrea no estuviera ahí. Le hablaba de un fantasma compuesto por tres elementos. Le decía que no sabía qué hacer con sus sentimientos, que temía estar viviendo una fantasía horrible.

Andrea le daba respuestas superficiales. Hacía como si nada le pasara. Los roles habían cambiado. Ahora el frío venía de parte de Andrea. Ni siquiera le preguntó de quién hablaba. No le pidió que fuera clara. Ni parecía confundida. Lucrecia sugirió que le gustaba Rodrigo y fue en el único instante en que Andrea cambió su expresión de indiferencia. Ya estaban un poco borrachas. Caminaron hasta la casa de Andrea. Andrea le preguntó si quería pasar. Ella le dijo que bueno. Hablaron del examen, de la facultad. Andrea le preguntó si creía en el destino. Ella le dijo que no, pero que creía que había coincidencias, a veces, que lo parecían. Se hizo tarde. Fumaron un montón de cigarrillos, jugaron con el gato, comieron chocolate, escucharon canciones. Me tengo que ir, dijo Lucrecia en un momento. Quédate a dormir le dijo Andrea, te pongo un colchón en mi habitación o dormís vos en mi cama y yo en el colchón, sino también podemos dormir en la habitación de mi mamá. Ella le dijo que no, que prefería volver a su casa, pero que se podía quedar un rato más. Andrea le dijo que debería quedarse a dormir, que hacía frío y era tarde. Ella le dijo que le llamara un taxi. Fueron a la puerta a esperar. Cuando llegó el taxi se abrazaron y Lucrecia le dio un beso en la boca, casi sin querer, saliendo del abrazo. Andrea la miró con los ojos encendidos, abiertos de par de par. Andrea le agarró la cara con las manos. La miró con una mezcla exacta de odio y amor. Lucrecia se largó a reír. Andrea quería llorar. El taxi tocó bocina. Lucrecia le hizo señas de que se fuera. El taxista insultó y aceleró. Entraron a la casa. Andrea lloraba. Lucrecia sentía una mezcla de heroísmo y felicidad. Trataba de consolarla, le tocaba el pelo. Andrea le preguntó qué iban a hacer. Lucrecia le dijo no sé, casarnos y se rió. Andrea volvió a agarrarle la cara, la besó. Se besaron. Después de estar un largo rato abrazadas Lucrecia decidió irse a su casa. Era de día.

Andrea llegó tarde a la facultad. No se sentaron juntas. Le hizo un leve gesto con la cara cuando la vio en el aula. Después se retiró antes de que terminara la clase. Lucrecia le mandó un mensaje preguntándole si estaba todo bien. Andrea no respondió. A la tarde la fue a buscar a su casa. El departamento estaba desordenado. Había olor a pis y caca de gato, los platos estaban sucios. Andrea tenía los ojos hinchados. Le dijo que no se sentía bien y que no tenía ganas de hablar. Le dijo que prefería que se fuera. Lucrecia le dijo algo horrible que tenía que ver con la muerte de su madre. Le dijo también que sólo la había besado porque la hacía acordar a Rodrigo y que había mezclado la falta de su madre con enamorarse de una chica. Se largó a llorar en la calle.

No se hablaron por un tiempo. Se veían en la facultad, pero ya no se sentaban juntas. A veces se preguntaban alguna tontera sobre algún texto de la materia. Lucrecia quiso acercársele un par de veces y pedirle disculpas, pero Andrea la evitaba.

Con Rodrigo no volvieron a salir. Tampoco hablaron del tema cuando se encontraron casualmente en alguna fiesta. Tal vez ignore por completo lo sucedido.

Déjà vu

Alejandro Nicolau

*“Silencio por favor,
la ficción pide atención”*

Al levantarse un domingo, sacando la pierna derecha de la cama, Exequiel sintió en ella un aburrimiento parcial como si a ese movimiento lo hubiera hecho tiempo atrás de la misma manera en el mismo sitio y con la misma incertidumbre de la vida.

Para definir la cuestión, cabe destacar que Exequiel desde ese domingo cada cuatro horas y por no decir tres, presenciaba un acto ya vivido con anterioridad. A decir verdad desde ese domingo de invierno y por no saber lo que le iba a suceder, su vida se tornó bastante aburrida, su vida se tornó bastante aburrida.

Estos déjà vu repetidos en distintos horarios fueron, además de meras repeticiones de un futuro ya vivido, fueron elementos entrópicos en la natural vida de Exequiel. Fueron además elementos entrópicos en la natural vida de Exequiel.

Exequiel supo con anterioridad al hecho, por la particularidad de su don, en qué baldosa salida tropezaría su pie, cómo iba a sonar de fuerte el próximo estornudo, cómo sería el color de ojos de la próxima señorita que lo miraría y hasta supo de qué color sería la vereda donde, enseguida se encontraría diez pesos, se encontraría diez pesos.

Los déjà vu de Exequiel eran puntuales como las primeras salidas de una parejita de novios recién inaugurada. Con anterioridad al hecho, Exequiel tomaba la bolsa sabiendo que su madre lo mandaría al almacén. Con anterioridad al hecho, Exequiel tomaba la bolsa sabiendo que su madre lo mandaría al almacén.

Cierta vez, al tocar el timbre para bajarse del 18, no lo tocó porque sintió que antes ya lo había hecho, pasándose tres cuadras de su parada, como en otra ocasión

decidió dejar la plancha enchufada sabiendo que ya la había desenchufado. Como en otra ocasión decidió dejar la plancha enchufada sabiendo que ya la había desenchufado.

Una tarde fresca que sabía que sabía que iba a llover, porque sintió la cara empapada antes de que viniese la lluvia, salió al encuentro de Milagritos: ella dulce hasta los codos iba a venir con el beso nuevo dispuesto en la boca. Ella dulce hasta los codos iba a venir con el beso nuevo dispuesto en la boca.

Exequiel se detuvo en la esquina para ver pasar un pájaro negro que ya había visto, pasar. Pasar.

Ya en la plaza esperó que la ancianita desocupara el banco, como él lo había pensado, ayudándose a pararse con las manos, para después volver a su casa en un paseo lento de caracol. Lento de caracol.

Exequiel se sentó cuando creía que ya estaba sentado. Tuvo el déjà vu más lindo al ver que a Milagritos el viento le corría por los cabellos como un meandro dulce. Se acercó, le tomó las mejillas y la besó en la boca como después iba a suceder. Se acercó, le tomó las mejillas y la besó en la boca como después iba a suceder.

Vio en la tarde un naranja que no había pensado. Una hormiga roja le picó el dedo también sin pasar por su cabeza momentos anteriores al ataque del insecto. También sin pasar por su cabeza momentos anteriores al ataque del insecto.

Cayó la noche sin Milagritos, sin meandro dulce, sin mejillas, sin boca.

Cayó la noche sin Milagritos, sin meandro dulce, sin mejillas, sin boca.

Sabía que iba a dormirse antes de acostarse definitivamente en el banco verde.

Cerró los ojos y no bostezó porque pensó que ya lo había hecho antes.

Cerró los ojos y no bostezó porque pensó que ya lo había hecho antes.

Minutos después se despertó mientras dormía y se despertó definitivamente, se sentó en el banco verde, se sentó en el banco verde, tomó un aire fresco, tomó más aire, más aire, más, más y más aire y se despertó del banco. Se despertó.

El juego

Osvaldo Fasolo

Mi vida se alargaba, agitada, entre barriletes y cajas de zapatos cargadas de piedras, con las que jugábamos carreras. Por lo general, a la meta sólo llegaba el piolín del que tirábamos pues la caja quedaba destripada en el trayecto.

Desayunar y treparnos a la balastrada del ferrocarril, se consumaba, casi, en un solo acto. Luego, la protesta de mamá que nos hacía reaccionar frente a lo previsible: pantalones rotos, manchados y repletos de espinillas inacabables. Recuerdo que las quemábamos, las arrancábamos de raíz, les echábamos querosene que solíamos sacar de un tacho oxidado que mis padres escondían en el gallinero de casa. Hasta con orina ensayamos... y nada. Siempre nos delataba.

Domingo, cine. Esperábamos ansiosos el final de la película “Ruta al Oeste” (¡cómo para olvidarlo!).

Estábamos deseosos de imitar una escena que a todos nos había impresionado: el actor lograba rescatar de las ruedas del tren a “ella” a quien los pistoleros habían atado (manos y pies) a las vías. Todo pasaba en un segundo. Esa tarde salimos del cine y sin pensarlo casi, nos dirigimos a las vías del ferrocarril, nuestras únicas y silenciosas vecinas frontales. Ese era nuestro mundo ni ancho ni ajeno, pero nuestro, con sus dos pulidas cintas que se iban seguidas con fiel devoción por reventones de tártagos y espaciadas achiras.

Domingo, día exacto. Ningún tren pasaba. ¡Si lo sabríamos nosotros que teníamos controlado el paso de todos los vagones cargueros para robar caña de azúcar! Fue entonces que quisimos revivir la escena vista en el cine y no tardamos en elegir la víctima: Julio, siete años, mucho pelo dorado, nariz arriba y sonrisa juguetona.

La madre siempre nos contaba, mientras el deleite le engordaba la cara, que su hijo había sido utilizado una vez como niño Dios. Quién diría, Julito en un pesebre ¡Con qué alegría estrujaba sus manos en el delantal y volvía sobre el relato! Nosotros

nunca lo dudamos: Julito parecía un ángel volado de una estampita de primera comunión.

Julito se prestó para la fingida persecución. Preso al fin, su cuerpo encendió el pasto con su pureza de pesebre. Lo atamos con cordones a las vías –manos y pies— Sí, como en la película. En el forcejeo Julito perdió un zapato. Aunque viejo y por reventar, me lo guardé en el bolsillo del pantalón para darle la sorpresa al producirse el rescate. Bailábamos, gritábamos enloquecidos alrededor de nuestra víctima. Ella sonreía con esa sonrisa de juguete que nos acercaba a la navidad. De pronto, como lo habíamos pactado irrumpió el grupo de rescate. Todos gritaban y nadie se entendía. Las palabras se amontonaban en el aire sacudido por nuestros manotazos. Todos queríamos ser la primera figura de la acción hasta que en un momento, que nunca podré saber cuál fue, alcancé a ver dos ojos desorbitados, casi en la nariz ya, que junto a un dedo señalaban la curva de la esquina, al tiempo que un frío violento se me ponía en la nuca: un vagón desenganchado de un tren que hacía maniobras estación arriba se nos venía encima, cuesta abajo. Como en la película todo transcurrió en un segundo. Quisimos desatarlo. Temblábamos. Vagón de frente. Sólo alcancé a cortar una de las cuerdas. Me tapé la cara. Vagón de atrás. Miré de reojo: me pareció ver el estremecimiento de una araña que no encuentra sus partes. Gente agolpada, preguntas: no podía hablar. Salí corriendo pero una lágrima debe haber quedado muerta también allí. Yo me guardé el zapato.

Mujer bajo el roble

Sara Rosenberg

*“Nada nuestra que estés en la nada, nada sea tu nombre, nada el de tu reino, y
hágase tu nada así en la nada como en la nada...”*

Ernest Hemingway. “Un lugar limpio y bien iluminado”

Los dos hombres descansan apoyados contra la pared y abrazados a los fusiles. La sombra de los árboles oscurece el verde de sus uniformes.

Seguramente se irán antes de la caída del sol y podré volver a casa. Un perro ladra a lo lejos y esa nube que se desarma lenta en el horizonte rojizo es un mal presagio. No debería creer en presagios. Ya no hay tiempo para presagios.

El mirlo ha vuelto a la copa del roble y canta; tal vez está tratando de decirme algo, pero no logro verlo. Es posible que se haya posado en las ramas más bajas.

Uno de los hombres se levanta y despierta al otro. Arreglan sus correajes, encienden cigarrillos y la llama de la cerilla tiembla indecisa, hasta que por fin la sopla antes de tirarla. No quemarán la casa.

—Aquí no hay nada que hacer. Vamos.

—Nos harán volver. Deberíamos esperar.

—Ya veremos, ahora vamos a comer algo en ese maldito pueblo.

Ni se dan cuenta de que caminan sobre los brotes de cebollas, pisan la hilera de crisantemos y desaparecen en la espesura del bosque.

El pasto es un colchón húmedo, huele bien. Me arrastro sobre él hasta la puerta. Arranco dos crisantemos. La escalera está intacta. Adentro el olor a humedad es más intenso, pero puedo levantarme y sentir mi propio cuerpo. Reconozco mis rincones. Apesta, el olor se ha pegado en las paredes, en los zócalos y en el suelo

de madera. Solíamos lijar y encerar el suelo todos los años; olía bien, era como si los árboles volvieran a estar vivos. Todos los muebles del salón están rotos. Astillas y estopa desparramada.

No sé si es por el olor, pero no puedo dejar de temblar; mis rodillas se mueven hacia arriba y hacia abajo y me duele la espalda. No debería dolerme nada. He venido hasta aquí para poder hacerlo.

—Estoy en verano—. Digo, y me gusta escucharme.

Por la ventana del fondo asoman las ramas y las hojas del roble bajo el cielo del atardecer. El mirlo se ha callado. Recojo un almohadón azul y lo pongo sobre el sillón. He subido al roble tantas veces. Ahora quisiera recordar cuando fue la primera vez.

Mi madre decía siempre “la primera vez” como si ese fuese el tiempo desde donde se debía medir cada cosa. Yo nunca me acuerdo de la primera vez. Debo haber subido al roble al mismo tiempo que aprendía a saltar y a correr. No tengo memoria de una primera vez, y acaso esa no sea más que una forma femenina de contar historias, acostumbradas como estamos a suponer que el amor tiene una primera vez. Tampoco he tenido un amor todavía. No hemos tenido tiempo para el amor.

El roble se agita en el viento y es hermoso. Las hojas redondeadas se elevan y atrás el álamo plateado tiembla y murmura. Hicimos marcas. Pequeñas marcas en los troncos, mi nombre, el de mi vecina, varias fechas, encuentros, cumpleaños, que fueron llenando de números la corteza. Debería poner la fecha de hoy. El arroyo no se oye desde aquí, pero debe haber crecido con las lluvias.

Ella está cerca, pero no siento aprensión. La aprensión es un sentimiento lujoso, decía mi madre y con las manos limpias partía el pan.

Abro el armario. Las sábanas están dobladas. Es su cuerpo el que emite ese olor rancio. Las sábanas también huelen a humedad, pero voy a envolverla. Debo hacerlo, no puedo dejarla desnuda sobre el suelo. Los pliegues de la sábana todavía guardan un poco de almidón.

Me acerco, respiro hondo y pongo el dobladillo azul debajo de su cabeza, le acomodo el pelo que se ha pegado a la frente, pero no soy capaz de tocar sus párpados. Pesa, los muertos siempre pesan demasiado, y me cuesta estirar la otra punta de la sábana hasta los pies. Si pudiera al menos alzarla, ponerla sobre la cama. Estiro la sábana. Anudo.

¿Cómo empezó todo esto? ¿Hubo una primera vez?

Mi padre gritaba, mi hermano se fue. Sabíamos que estaban escondidos en la montaña. Los buscaban. Eran culpables. Un día dijeron que no éramos como ellos y empezamos a ser culpables. Tampoco era la primera vez. ¿Por qué todo el mundo se empeña en decir que hay una primera vez? Y por fin puedo anudar el dobladillo izquierdo con el otro lado. Un pie queda descubierto. Busco otra sábana.

Esta tierra no parece tener una primera vez. Es tan antigua que no puedo imaginar ahora un comienzo. Los robles, las hayas y los álamos crecen, los arroyos cruzan el valle rodeado de grandes montañas que al atardecer se vuelven azules.

Pero he venido hasta aquí para poder hacerlo.

Mis rodillas otra vez tiemblan y mis malditas manos no sujetan bien la sábana que por fin la cubre. Otro nudo.

Ese ruido debe haber sido algún animal, una ardilla, tal vez un topo. Cuánto quisiera ser ardilla, topo, rana, pez. Cualquier animal menos yo misma.

Todas las casas habían sido abandonadas pero papá insistió en que debíamos quedarnos. Las mujeres al menos teníamos que intentarlo. Iban a respetarnos, dijo, porque sólo buscaban a los hombres. Se equivocaba. También se equivocó cuando escondió en el granero a los vecinos. Por suerte cuando se los llevaron, él y mi hermano ya se habían ido y nosotras estábamos en los campos. Pero el fuego del granero se elevó en una enorme columna de humo que pudimos ver desde lejos. Mamá en ese momento no se equivocó, decidió que nos esconderíamos en el monte.

Se equivocó después, a los tres días, cuando volvió porque quería darle de comer a las gallinas que según ella se habían quedado encerradas. Le dije que seguramente se las habían comido, pero no me escuchó.

No puedo dejarla así y pesa demasiado para levantarla. Arrastro la manta desde el sillón y por fin termino de cubrirla bien. Y pongo encima los dos crisantemos rojos. Ya ni huelo, o tal vez es mi cuerpo entero el que se ha fundido con su olor.

Por suerte la cuerda sigue en su sitio. Detrás de la puerta de la cocina. Papá sólo la usaba para llevar la vaca a lo del vecino. Está casi nueva. Y es una suerte también haber encontrado un poco de cera en el armario. Eso es lo que debo hacer. Aunque me duela la espalda.

Abro la lata de cera, me embadurno las manos, y mientras la unto sobre la cuerda consigo que me dejen de temblar. Son varios metros.

Él sabía hacer un nudo que no molestaba a la vaca, un nudo suave y holgado; decía que así caminaba a buen ritmo. La sogá está manchada por el sudor del codo y la cera resbala mejor en esa zona. La vaca tuvo un ternero overo, pero murió al beber agua del arroyo envenenado. Se había escapado y no pudimos encontrarlo a tiempo.

Todos nos fuimos equivocando. Uno detrás de otro. Quizás todo sucedió demasiado rápido. No podíamos suponer que nuestros vecinos de toda la vida vendrían armados a buscarnos. Nunca les hemos dado motivo para odiarnos, compartíamos el agua, nos bañábamos en el mismo río, nos prestábamos los animales, nos ayudábamos en las cosechas. Mi hermano se había enamorado de una de sus hijas, íbamos a la misma escuela.

¿Por qué dicen ahora que somos enemigos? Papá me explicó que no lo somos, que sobramos porque han decidido que van a quedarse con nuestra casa y nuestra tierra. Por aquí pasará un gran oleoducto, y por eso han decidido también que los intrusos, así es como han empezado a llamarnos, deben acabarse. Irse de aquí.

¿Y si dijéramos que somos los mismos de antes, sus vecinos?, le pregunté. Papá me miró y no dijo nada más, me acarició el pelo y me sonrió. Mi madre se acercó por la noche cuando vio que no me podía dormir y dijo obedecen sin pensar en nada; duérmete.

No recuerdo ahora si me comentó algo más antes de que fuéramos a escondernos al monte. Sin embargo, el último día, cuando volví a casa y la mataron, fue más explícita. Si no vuelvo, te quedas aquí, y después, por la noche, empiezas a caminar en dirección al sur. Llegarás a la casa de tus tíos, ellos te dirán lo que debes hacer.

No le hice caso. No tendría sentido, porque desde el monte he visto arder toda la zona sur del valle. Y sólo espero no equivocarme como han hecho ellos.

Me pesa el cuerpo, pero debo terminar antes de que anochezca. Es agradable el tacto de la cera, huele bien y me deja la piel suave.

Supongo que van a llegar pronto, porque los pájaros vuelan asustados sobre el bosque. Si los soldados vienen en esta dirección llegarán recién al amanecer.

Por fin he terminado. Tapo la lata de cera para que no se endurezca, revuelvo los cubiertos y encuentro el cuchillo de punta fina.

He oído un ruido. Hay alguien. Sé que hay alguien. Tal vez sea un animal. La vaca quizás ha vuelto. El ruido viene desde el jardín de adelante. Las hojas han vuelto a moverse y no es el viento. Silencio. No es el viento porque ha crujido dos veces de la misma manera la raíz que sobresale de la tierra. Mi corazón late como un tambor. Es la vaca y se queja. Es posible que se haya pinchado con las púas. Ahora se detiene.

Es una suerte que ya sea de noche y no pueda verme. Es una suerte que la puerta de atrás esté abierta.

Avanzo sobre la tierra mojada, el olor es cada vez más fuerte pero no puedo sino arrastrarme, mientras mi ropa va impregnándose de ese olor ácido que sale de mí misma. Me hubiera gustado poder estar más limpia. Debo apresurarme y llegar hasta el roble. La cera huele bien.

Me descalzo, siento las hojas húmedas bajo mis pies. Es agradable.

Escribo con el cuchillo sobre la corteza. Al lado de nuestros nombres la fecha de hoy, cinco cifras, dos guiones. No es fácil con tan poca luz, pero al menos la vaca ya no hace ruido. Debe haberse dormido. Desde lejos llega una especie de ronquido suave mezclado con el sonido de las chicharras. Trepo descalza, como siempre.

Ajusto la soga sobre la gran rama del roble, sostengo la zona oscura con el sudor de la vaca, hago el nudo y ato el otro extremo alrededor del tronco.

—Y bendito sea el fruto de tu vientre de nada, ahora que seré nada por fin nada de nada, antes de que decidan de qué manera pasaré a ser nada de nada, y maldito sea el fruto de tu vientre de nada— basta de murmurar, basta de temblar, basta de tener miedo, y esperar.

El ronquido es más intenso. Las chicharras se han callado.

Trepo un poco más, la rugosidad del tronco me hace cosquillas en las plantas y como siempre es agradable. Son tan hermosas las hojas del roble. Paso la zona oscura de la soga alrededor de mi cabeza, respiro hondo y todo el olor del verano entra de un golpe en mi garganta.

Al amanecer, el viento olía a lluvia y el cielo estaba cubierto de nubes.

—¡Qué hace soldado!

La patada lo despertó. Se puso de pie con rapidez. Hizo la venia.

—¡A sus órdenes mi general!

—Reporte los prisioneros.

—No hay prisioneros mi general.

—¿Y eso de allí, qué es?

Los seis hombres se acercaron al roble, las ramas caídas se rompieron bajo el peso de las botas.

Los pies descalzos apenas rozaban la tierra.

—Quién es esa mujer...

El viento mecía suavemente el cuerpo. El general se acercó y señaló el árbol. Inspeccionó las marcas del tronco.

—Descuélguela y que la fusilen. Sólo un tiro.

—Señor... está muerta— dijo el joven teniente.

—Es una orden. Nosotros decidimos quién muere. Obedezca, teniente.

El hombre que parecía estar silbando

Lorenzo Verdasco

Cuando vino el golpe militar, me fui a vivir con unos parientes a una villa de Buenos Aires. Antes se les decía villas miseria. Ahora parece un eufemismo, cualquiera pensaría que uno se va ahí a pasar las vacaciones. Yo creía erróneamente que la policía no entraba en las villas miseria, es posible que eso me haya decidido a radicarme. Al lado mío vivía una prima que era medio chiflada y que practicaba un deporte extraño. Cuando se cansaba de un marido, iba a la policía y lo denunciaba por abuso de una de sus hijitas. Venía el patrullero, y al hombre no lo veíamos más. Seguramente le daban una paliza y lo largaban, pero no sé. La verdad, ahora ya dudo. Era el método infalible de ella para deshacerse de concubinos molestos, nada más. A todos les parecía divertido.

Una vez vino el ejército a la zona, y puso sus centinelas. La mujer, que tenía ahora de marido un flaco desgarrado, lo denunció. Vinieron en el jeep, y se lo llevaron, como en las películas, con casco y todo. Al otro día apareció ahogado en una zanja. Lo dejaron como ejemplo, para que tiemblen los otros abusadores o degenerados de toda laya. Alguien habló de que lo habían estado ablandando toda la noche. Los que siempre comentábamos el extraño deporte de mi prima, nos metimos la lengua en el bolsillo.

Aquí cualquier profesora de letras me diría que se termina el cuento. Pero a mí me gustaría encontrar alguien que se interesara por ese flaco: un amigo, una hermana, no sé, alguien. Me gustaría contarle que, por las tardes, solía sentarse solo, en el fondo de la casa, con las piernas estiradas, a tomar mate. Sé que mi puntuación no es correcta, pero las imágenes me vienen así, quésele vaser. No encuentro a nadie para decirle que una noche de invierno lo corrieron mujer y suegra para el fondo, a raíz de una discusión. Y que se sentó con las piernas estiradas, como cuando tomaba mate. Como era un norteco, y temblaba de frío dentro de su campera de cuero, hacía en

voz baja “chuuuuuuuuuuuy” Y yo lo escuchaba desde la casa de al lado, y notaba en la u algo raro. Toda vocal, necesita de las cuerdas vocales para ser pronunciada. Pero en esta u larguísima sólo se sentía el viento. Algo que se debatía entre un silbido y un aullido. Ahora lo veo como un plebeyo canto de cisne.

El otro día, me llamó mi prima por teléfono. Me dijo que estaba en Tucumán y que quería verme. Ya han pasado más de treinta años. Le dije que no quería verla, y le expliqué por qué. No pareció entender: se había olvidado de aquello. No volví a saber de ella y quizá eso sea bueno. Pero hay algo que pugna por salir y que no digo. Esa intemperie suele visitarme en las noches, cuando me pongo a recordar al hombre que parecía estar silbando.

Noticia de Vicente Barbieri

Tomás Eloy Martínez

En el parque de diversiones me esperaba el Desconocido. Estaba de pie, junto a la puerta de entrada. Su libro del mes de noviembre trasladaba todos los rostros a la penumbra.

“Me voy a lo de Barbieri”, le dije. “Usted es su amigo; puede acompañarme”.

El Desconocido hojeó el enorme tomo de las citas y respondió:

“Ya me he burlado bastante de él. No, nunca iré a visitarlo. Ninguna de mis anotaciones lo registra. Usted puede decirle que las otras veces le he mentado”.

Esa, pues, era la experiencia del misterio. Barbieri resucitaba siempre. Pero yo no le diría una palabra de aquel secreto. Iba a quedarse muy triste.

Cuando llegué a su casa, él estaba solo, en una esquina de la habitación, junto a los amigos maravillosos. Nolca tocaba las costas de su frente, ese borde lunar.

Entonces, Barbieri me habló de su soledad y de pequeños crepúsculos. Pero desapareció súbitamente. Un lejano compañero lo sustituía. Alguien debió soñarlo en ese instante. Y ya no lo vi más entero, navegable. Sólo su alto contorno, la llama de sus pies, su voz elemental. Macedonio Fernández apareció y dijo:

“Todos conocen a Vicente cuando están muertos. Quién sabe dónde ahora aprieta él las manos del aire y sonríe”.

Barbieri quedó preocupado; quería desmentir todo eso. Habló de los vivos: “Ardeles Gray, era delgada grieta... Galán, con su otra niña del asombro”.

Pero yo ya no le creía. Imaginé que a él tampoco le importaba sentirse descubierto. Que nada de eso destruía su tiempo de poeta.

Irma Ester había llegado. Inadvertidamente tocó la barba encendida de Endimión. Y una apretada luz quedó danzando, absorta, entre las cosas.

Venganza contra gentiles

Santiago Garmendia

“Los malos tienen, en el momento mismo de la muerte, poder para convertirse a Dios por la penitencia. Y si están obstinados en tal grado que ni aun entonces se aparta su corazón de la maldad, puede juzgarse con bastante probabilidad que nunca se corregirían de ella”.

Tomás de Aquino, Summa Theologica

Delgado era un pan de Dios y le había tocado el jefe de cátedra más maligno que se pueda concebir. Yo los tuve de profesores a ambos. Avellaneda era un gran conocedor de textos y autores, pero aburrido hasta la muerte en clase. Era como si al enseñar pensase en un idioma que no acabara de manejar bien, y tuviera que estar descifrándose a sí mismo todo el tiempo. Sus silencios y cavilaciones para encontrar la forma precisa de hablar exasperaban a los estudiantes, que salían del aula con las hojas llenas de puntos de lapiceras clavadas, al menos dos por renglón.

No es que fuera improvisado. Todo lo contrario: llevaba a clases fichas, notas y libros marcados, pero jamás los abría. Si alguien dio una clase perfecta fue él, porque cuando encontraba el hilo de Ariadna era una verdadera maravilla de erudición y pensamiento. ¡Pero cuando no lo descubría no hacía ni un paso en falso hacia el laberinto! Tuve que presenciar la vez que, hasta donde sé, fue la única en que no alcanzó a decir nada en toda la clase: una promesa de palabra que nunca pudo cumplir, desde el arranque hasta el final. Llegó la hora, miró su reloj y nos saludó con toda naturalidad, como un pescador acepta resignado que ha llegado la noche de un día sin pique.

Delgado se desesperaba, pero sabía que no podía intervenir. Era una sumisión angustiante. La materia era Filosofía Moderna, pero Avellaneda la había convertido en Teología. No enseñaba, Avellaneda, en la cátedra de Filosofía Medieval –refugio natural de los aquilates– porque su cometido era expandir a Santo Tomás y no dormirlo en la cuna de su época. Tenía una versión que sería el Stradivarius de la Summa contra gentiles, la edición de fines del XIX, que recibió de su madre, quien la recibió de Alberto Rougés. Lo llevaba forrado, perfecto, a todas partes. Era su peluche. Como dije, no consultaba ningún texto, ni admitía ayuda del público, pero en los largos baches solía tocar la portada del libro, con algo de lascivia, buscando inspiración. El libro, ya puede verse, era muy caprichoso.

Delgadito contaba en secreto sus humillaciones: no podía dar clases prácticas, ni intervenir en clases teóricas, ni lo dejaba estudiar Rousseau, que era su filósofo, al que acudía casi a escondidas. Avellaneda lo trataba como a un alumno, o peor. Le tomaba examen a fin de año, en su casa, por horas y horas para saber si había prestado milimétrica atención a sus palabras. En esas largas “visitas” le ponía candado al teléfono, tal vez uno de los últimos a disco que quedaban en la ciudad. Sabía que Delgado era pobre y que se reportaba a cada rato por teléfono fijo a su madre. Y sin embargo, nunca lo sentí enojado a Delgadito con Avellaneda, salvo por esa mezquinidad que contaba una y otra vez: “Él sabe, sabe, que mi mamá puede estar enferma y no llegar al teléfono”. Nos confesaba que no le molestaba tanto tener que rendir la “materia Avellaneda”, como pensar en su madre caída en el piso mientras lo hacía. A veces el viejo, dándose cuenta de que su prisionero estaba al límite del colapso por incomunicación con su madre, le decía:

–Delgadito, ella tiene mi número, ¿no? Ya sabe que la mamá lo llamaría por cualquier cosa.

Así de hijo de puta. Claro, Avellaneda era muy respetado en los círculos religiosos, conservadores, pero nunca tuvo amigos de verdad en la Facultad. Aceptó con demasiado gusto el puesto de decano en las peores épocas de la vida del país, las mejores de la Junta Militar. Si duró apenas dos meses fue porque sus excentricidades resultaron locas para la demencia castrense. La brevedad no fue un atenuante para que el ostracismo académico recayera sobre él desde el primer minuto de la democracia.

Era un hombre encorvado, de cejas espesas y unos ojos azules que helaban el alma de quien los encontraba en su paso. Su esposa era, según Delgado, una devota de él. “Fiera y mala con ganas. Si vieran cómo él le acaricia el pelo como para que no se coma a nadie”. Contrahecho y muy refinado, era económico en sus movimientos y expresiones. Un aristócrata tucumano. Su familia fue dueña del ingenio azucarero Fronterita por años, muy pudientes desde siempre pero millonarios después de, y

posiblemente gracias a, su quebranto. En Tucumán es más negocio quebrar que prosperar, y esto vale no solo para el sector azucarero.

En Avellaneda convergieron dinero y aspiraciones culturales. Sus abuelos fueron muy amigos de Alberto Rougés, al punto que, dicen, el gran filósofo estuvo al borde de casarse con su madre. Dicen que su padre era boticario, catequista y homeópata, aunque la expresión “demente instruido” fuera la que mejor le cabía. Que mató a más de un peón con sus indicaciones médicas, aunque puede que haya salvado a uno que otro. Que era cruel y decidido con los tratamientos. Que el andar maltrecho de Avellaneda –su pata izquierda carecía de flexión– fue en sus inicios un casi imperceptible renguear, amplificado por durísimas técnicas correctivas paternas. Dicen que antes de los diez años le entablillaba el padre al niño la pierna todas las noches, mientras suministraba bálsamos a la madre para que ella no escuchara sus gritos de dolor. Dicen que a los tratamientos de las deformidades corporales les correspondían otros en lo que respecta a la moral. Dicen.

Dos propuestas polémicas de su efímero decanato le costaron definitivamente el puesto: la pretensión de instaurar un uniforme de su diseño, y la imposición del francés como lengua oficial –administrativa y académica– de la facultad. Él mismo comenzó a exponer dos veces, una en español y otra en la lengua de Bergson, tanto sus instrucciones burocráticas como los conceptos de las clases –no quiero ni pensar lo que habrán sido, si ya en español era capaz de oscilar durante horas frente a la más mínima distinción–, con lo cual alumnos, docentes y no docentes lo escuchaban hacer gárgaras con fascinación, divertidos, con infinita tristeza.

No se sabe por qué camino administrativo había conseguido un Stubrin, o sea el privilegio de una tenencia vitalicia de su cargo. Avellaneda se consideró un perseguido de la dictadura luego de ser echado del decanato, y debe haber convencido a alguien de eso. Lo cierto es que no le importó tanto que hubiesen desollado gente como el desplante de haber sido apartado del mando de la Facultad.

Iba a morir en el cargo. Y Delgado seguiría escuchando y rindiendo la misma materia. Ni el Dante habría tramado algo así. Delgadito no estaba de acuerdo con nada de lo que decía Avellaneda, un genio en su arte medieval, pero decidido a evitar que alguien se formara en otra cosa. Aunque el programa decía Leibniz, Kant y Hume, no daba más que Santo Tomás.

Todo cambia cuando menos lo esperamos.

Era una clase de esas en las que Avellaneda no terminaba de arrancar. Se sentó y se apoyó sobre la Summa contra gentiles, primero las manos, después su frente. El profesor murió ahí, al calor del latín. Delgadito era ahora la autoridad de la clase, y todos miraron para su lado. Se acercó con miedo de que el viejo despertara. Lo tocó con el dedo índice, para ver si reaccionaba. No. Listo. Entonces, en lugar de tentar

calmarnos, Delgadito agarró el libro fetiche de Avellaneda, haciendo sonar contra el escritorio la cabeza del cuerpo materia del gran medievalista. No tuvo reparos en contaminar la escena de la muerte; fue a avisar al decanato y no volvió. Todos pensamos que se llevaba el libro en venganza, que lo destrozaría, que le saltaría encima.

Los pocos que fueron al velorio lo relataron después. La esposa faldera lloraba. Al público lo componían mayormente viejos católicos acostumbrados a la muerte de sus allegados, tanto por edad –Avellaneda murió a los setenta y siete– como por la connaturalidad de los feligreses cristianos en las ceremonias fúnebres.

Delgadito apareció al momento del rezo, antes que cerraran el cajón, temblando, el libro bajo el brazo. Rindió ante los presentes su última y más profunda genuflexión al maestro despiadado: con infinito respeto puso el libro entre las manos del difunto, en una actitud piadosa que conmovió a los amigos pero decepcionó a los que estaban de compromiso, a los que veían con buenos ojos que Avellaneda hubiese muerto. Estos se compadecieron de Delgadito, y pensaron en el daño que el viejo le había infligido a esa buena voluntad hasta doblegarla. Delgadito no pudo matar al padre ni aun muerto, pensaron.

La mamá de Delgado falleció al poco tiempo y él se fue a estudiar a París. Me dijeron que ahora se dedica al psicoanálisis y que está doctorándose.

No lo vi más desde que cursé la materia, ni su recuerdo me volvió hasta hoy, en instancias de estar en la biblioteca de la Facultad trabajando en una tesina sobre Marx.

Pido el tomo uno de El Capital. Noto que la tapa está casi suelta, despegada del contenido. La primera página delata que no se trata del libro que decía ser, sino, muy por el contrario, de la Summa del viejo Avellaneda.

Tertium organum

Alberto Rojo

Entré en la Biblioteca Nacional buscando una clave y me fui con muchísimo más. Mi intención era rastrear anotaciones de Borges en los libros que posiblemente leyó mientras era bibliotecario. José Edmundo Clemente había intentado disuadirme insistiendo en que Borges jamás anotaba sus reflexiones en libros que fueran propiedad de la Biblioteca. De modo que decidí convencerme por mí mismo. O quizás refutarlo descubriendo algún comentario o nuevo indicio de influencias y llegando así a saber (por un momento al menos) algo sobre Borges que nadie sepa. Me impulsó además el vago recuerdo de un comentario de Alejandro Vaccaro sobre un proyecto de estudio sobre libros con anotaciones de Borges.

Me interesaba en particular el *Tertium organum*, de Peter D. Ouspensky, cuyo esoterismo es el germen de numerosas alusiones científicas borgeanas y, quizás, de su defensa de conjeturas insostenibles. Busqué en las computadoras del quinto piso (de las ocho, sólo funcionaban cuatro) y se me aceleró un poco el pulso al comprobar que, entre varias ediciones en castellano relativamente recientes, se encontraba la traducción al inglés –publicada en 1939– de Claude Bragdon. Bragdon es el autor de *ABC de la cuarta dimensión*, que comienza diciendo: “La línea [...] producida por la traslación de un punto, contiene un número infinito de puntos. El cuadrado [...] producido por la traslación de una línea [...] contiene un número infinito de líneas”. El comienzo –coma más, coma menos– es casi idéntico al de “El libro de arena”. Pero Borges le debe algunas cosas más a Ouspensky.

Anoté mi pedido y esperé unos minutos hasta que mi nombre apareció en unos televisores, lo que indicaba que el libro me esperaba en el mostrador. Dejé mi mochila en un casillero y entré en la sala de lectura con mi laptop y mi libreta. Sobre una de las mesas, cerca de los grandes ventanales, deslicé el libro bajo el círculo de luz que proyectaba una de las tantas “lámparas estudiosas”. Lo abrí con cuidado. Tenía

un sello rojo, circular: “Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 20 de marzo de 1941”. Lo fui recorriendo, hoja por hoja, prestando atención en los lugares clave. El libro estaba en perfecto estado de conservación.

Página 108, segundo párrafo: “El animal no está en una posición para entender que el sol es el mismo ayer que hoy”. Compárese con “Funes el memorioso” (publicado en 1942), a quien “le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”. Pero no había anotaciones que permitieran rastrear las lecturas de Borges.

Página 122: “Nuestro lenguaje es absolutamente inadecuado para la expresión espacial de las relaciones temporales. [...] El lenguaje para la transmisión de las nuevas relaciones temporales debe ser un lenguaje sin verbos”. Y en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (cuyo título alude al de Ouspensky), el mundo “no es un concurso de objetos en el espacio [...]. Es sucesivo, temporal, no espacial”. En el hemisferio sur no hay sustantivos. En el hemisferio norte, “la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico”. Una vez más, las anotaciones brillaban por su ausencia.

Pero más adelante, antes de llegar al momento en que Ouspensky habla de objetos que pueden existir fuera del tiempo y del espacio y, a raíz de ello, ocupar el mismo lugar y existir simultáneamente (la idea aparece claramente reflejada en “El jardín de senderos que se bifurcan”, en “El Aleph”, en los ya míticos tigres borgeanos que son a un mismo tiempo todos los tigres, y luego en la física cuántica), se produjo el milagro: casi adherida a la página, una hoja de cuaderno, de papel cuadriculado, con la caligrafía de Borges. Sentí que me faltaba el aire. Miré a mi alrededor. Nadie me miraba. Era un soneto perfecto, inolvidable, sobre el amor, el tiempo y la memoria, con la precisión y la música del mejor Borges. ¿Y ahora qué hago?, me dije. ¿Cuántas hectáreas de soja puede valer en Christie’s un manuscrito inédito de Borges? ¿Lo publico como propio? ¿Lo conservo como herencia ilícita para mis nietos? Releí el soneto hasta memorizarlo. Lo despegué con furtiva cautela y lo metí dentro de mi libreta.

“¿Quién fue el último en consultar este libro?”, pregunté en el mostrador. “No guardamos esa información”, contestó el empleado. Saqué la mochila del casillero y bajé las escaleras en un estado casi alucinatorio. En el Café del Lector, donde hay Wi-Fi, introduje el texto en Google y en la base de datos de mi universidad. El poema no existía. Pedí un café cortado y, en el preciso instante en que la moza apoyó el pocillo sobre la mesa, empezó a diluviar en Buenos Aires. Era el miércoles 21 de mayo de 2008.

Miré la lluvia mientras repetía el soneto en voz baja, degustándolo, haciéndolo mío. Entonces descarté lo obvio y elegí el más egoísta y simple de los caminos de posesión: la exclusividad de la memoria. Saqué el soneto oculto entre las páginas de

mi libreta, lo apoyé sobre la palma de mi mano, salí a la plaza que circunda la Biblioteca Nacional y lo expuse a la lluvia. La tinta se desdibujó rápidamente y el papel, ya frágil y quebradizo, se disolvió bajo el agua.

Fantasmas

Hugo Foguet

Con un pretexto cualquiera nos reunimos a beber unas copas, Julián Parma, Raúl Lazcano, Edmundo Graham y yo. Los cuatro somos oficiales de un buque mercante, el lugar de la reunión: el camarote de Parma. Lazcano trajo la botella de cognac, colocada sobre la mesa—escritorio.

Graham, que es un oficial joven, con los ojos azules y el pelo crespo, dice: La manteca del desayuno estaba rancia.

La botella de cognac tiene pegada una etiqueta amarilla. Conozco bien estas botellas. Con letras marrones está escrito OSBORNE y más abajo, Puerto de Santa María. Estoy sentado en la litera y mis rodillas chocan con la mesa—escritorio.

La mano de Parma camina hacia la botella y la voz de Lazcano, tercero de cubierta dice: La manteca rancia se tiró al mar.

Todos tenemos en el hueco de la mano una copa.

Sin proponérmelo, digo: *Eso fue el viaje anterior*. Seguramente pienso: *fue mucho antes; quizás el año pasado*.

Graham y Lazcano son nuevos en el buque.

El camarote se ha llenado de humo. Todos con excepción de Graham fumamos. Parma dice: *Tal vez se pueda abrir el ojo de buey*.

El camarote de Parma se encuentra en la cubierta “C” y sobre la banda de babor. El ojo de buey se halla a dos metros, aproximadamente, del agua, pero cuando hay mal tiempo, las olas rompen contra el ojo de buey, y más arriba; llegan a barrer la cubierta de botes.

Me arrodillo sobre la litera y les doy la espalda. Las mariposas, que sujetan el ojo de buey al marco, están muy apretadas. Escucho la voz de Graham que dice: *A Schweider le molesta el humo*.

Entonces me vuelvo rápidamente. Sí –digo— *Schweider descubrió que las medias lunas estaban hechas con manteca rancia.*

Otra vez, con las copas en el hueco de la mano, nos miramos. Parma, mientras vuelca un poco de cognac en las copas, dice: *Schweider ha muerto.*

Lazcano agacha la cabeza y relata el caso: Ocurrió hace dos años. Fue un día de mal tiempo y la cubierta estaba resbaladiza. El capitán quiso inspeccionar las trincas de los botes. Schweider lo acompañó. El buque rolaba mucho. El capitán estuvo a punto de caer al agua. Schweider lo salvó, pero el mismo no pudo impedir golpearse la cabeza contra el pescante de un bote. El golpe lo mató seis meses después, en otro buque.

Se abre la puerta del camarote y aparece Schweider. La gorra, la camisa y el pantalón, chorrean agua.

La aparición resulta por demás natural y ninguno se siente perturbado.

Le digo, mirando la botella de cognac: ... *¿una copa?*

Entonces, Parma disgustado le dice: *Hiciste mal en venir porque estás muerto.*

Schweider continúa parado junto a la puerta. Se ha quitado la gorra. Tiene el linoleum. *Todos estamos muertos – dice— el buque se hundió.*

Vagamente recordamos el temporal. Pero ninguno de nosotros quiere creerle. Entonces Schweider hace un gesto con los hombros. Dice: *Prueben pensarse muertos.*

Los cuatro adoptamos una actitud concentrada. Pasan unos minutos y declaramos: *No podemos...*

Y aceptamos, con Schweider, que estamos muertos.

Aeropuerto Benjamín Matienzo

Eduardo Rosenzvaig

Los grandes rascacielos son más grandes que los arquitectos. Con la frente en la ciudad provinciana del amanecer, el arquitecto Malco repitió la frase como parado ante un tribunal.

Una insignificante luz en lo alto de la bocacalle, vacilaba.

A las siete de la mañana, convocados todos a izar la bandera en el patio del Departamento de Arquitectura, sintió la garúa en el pecho. El aspecto esencial del rascacielo norteamericano es su altura. Una cuestión de metraje, de cantidad, perfectamente indiferente para la arquitectura en sí. Todo eso pensaba Malco mientras se elevaba la bandera celeste y blanca entre un grupo de profesionales escarchados. Recién acababan de oír la noticia: asumía.. un interventor, un capitán de corneta. Y el arquitecto Malco, que jamás viajara a Nueva York aunque sabía por el maestro que era una ciudad concluida, repitió extrañado “¿capitán de corneta?”. Hacia el centro del patio caminó un hombre bajo, en camisa de mangas cortas. Ustedes se preguntarán —dijo— qué hace un marino en la sección vivienda; pues debo decirles que una de las dos cosas que heredé de mi abuelo es un tiralíneas...

—¿Capitán de corneta? ¿No será capitán de corbeta che? —preguntó Malco a su compañero de oficina. Las bromas duraron exactamente toda la mañana.

Mientras comía la tortilla limpiando las migas del tablero con la manga del saco, se dijo que podía pensar en dos cosas. En una época de total trastorno, donde nada de lo de hoy se parece a lo de ayer, con escuelas que han matado la arquitectura porque están contra la vida; que son el recuerdo, la seguridad, un letargo operando lejos del peso de los materiales y el tiempo, ¡ah! el tiempo consolidado como una entristecedora fealdad. Podía pensar en el dibujo matando a la arquitectura, en fin, en la crucial paradoja. O bien razonar sobre el río sin agua, contaminado, arremolinándose contra este oficial de guerra navegante entre ladrillos.

Al amanecer siguiente hizo más frío. Pero el capitán solicitó a los arquitectos formar ante la bandera, haciendo una propuesta. Se trataba de una reunión semanal que se llamaría “de los viernes”, por desarrollarse el día viernes. El auditorio en sobretodo miraba. Un vapor salía de la boca del marino. Cada arquitecto elegiría a tal fin un prócer nacional, redactando una biografía a ser leída cada viernes.

—Por favor mañana me traen el nombre.

El grupo permaneció inmóvil en ese patio sin una sola maceta, sin un solo color, sin la Venecia presidida por el civismo (donde Malco no había estado), el lugar en que la luz prestó al urbanismo la belleza de la vida cotidiana. El se sentó al tablero y garabateó con un lápiz un aeropuerto ficcional de materiales sintéticos, láseres y cintas transportadoras. El arquitecto Salvio, que había sido su profesor en la facultad con una media calva siempre desprolija, se acercó confesándole bajo un aliento a café quemado, nos van a investigar Malco, seguro. Esa noche sin dormir, sobre el tablero, Malco trató de diseñar un organigrama de su vida. El dibujo se amontonaba en un casbah: dirigencia estudiantil, amigos que luego pasaron no sabía adónde, no quería saber tal vez a las armas, los bloques de viviendas construidos para el sol de África, equipados con una sistematización de cara a la economía de los elementos superpuestos, con caminos ascendentes, palmeras, plátanos, árboles de caucho y desde lo alto las aguas recogidas en el Oued para fertilizarlo todo. A las siete entró al trabajo. Las cejas todavía calientes. Una hora después debía llevar a la oficina del capitán el papel con el nombre de un prócer. Necesitaba un prócer. Impactar con una gran redacción: un prócer inimitable. Rodearse de una muralla defensiva, un salvoconducto, un pasaporte. Sobre el tablero de la oficina estaba el croquis del aeropuerto imaginario, Benjamín Matienzo, un aviador. El nombre brotó espontáneo, así desde el alivio a la manera de una sensación decorada con dos ambientes amplios. Sería el aviador cuyo nombre presidía al aeropuerto provincial que se estaba construyendo.

Sin embargo, al amanecer siguiente no se izó la bandera. Media hora más tarde, cuando el ejército rodeó la Dirección de Arquitectura, los profesionales entraron en un mutismo horroroso. De un unimog bajó el gobernador, un general entrerriano, y la reunión con el capitán de corbeta fue a puertas cerradas. Al retirarse, el visitante observó al personal. Malco tenía en la mano el papelito con el aviador muerto. Salvio volvió a acercarse sacando punta a un lápiz: Malco, ellos buscan un pasado, cualquier pasado.

El había doblado el papelito en cuatro, después en ocho, sintiendo una brisa como de fresca mañana de verano indio en el extremo del puente de Brooklyn, justo en la orilla izquierda del East River, mientras caminaba a pie hacia Manhattan diviso los rascacielos rosados. No tenemos derecho a lanzar inectivas a la dimensión. Ni siquiera el derecho de invocar la mesura. Los cables verticales negros del

punto caían en un velo de telaraña, una imponente sensación arquitectónica frente a la cobardía deprimente de la atmósfera parisiense. (Algún día conocería París).

Después del trabajo Malco tomaba dos ginebras en el bar llegando a su casa al anochecer, más o menos a la hora en que ya empezaban a circular los vehículos militares. Chupando unos mates se sentaba ante el tablero. Luego se oían las bombas. Así. Hasta las cuatro de la mañana se oían las bombas. Podía hacer cualquier dibujo, pero no lograba escribir dos palabras seguidas. Se apoyaba en el bolígrafo con tenues neuralgias, dolores musculares en los hombros, tensión estomacal. Iba al baño y apretaba el botón diciendo “capitán de corneta”. Al capitán le había gustado la elección de Benjamín Matienzo. A Malco le pareció. Y con cierta energía no exenta de amabilidad, el marino le sugirió cinco meses de plazo para preparar la composición. Calculó Malco, casi feliz, que era el tiempo suficiente para que la vida fuese mejor.

Buscaba material y un amigo de Buenos Aires le fotocopió capítulos de libros de la Fuerza Aérea. Un jefe dijo en la oficina, a alguien, que lo de Matienzo era un hallazgo, Malco no cabía en toda la fiesta de Río, Matienzo superaba como invento al hormigón armado. Pero los viernes pasaban. Pasaban como aviones, como puentes, como rascacielos. Nada ni nadie podía detener a los viernes. Ya habían sido leídos el general San Martín, el almirante Brown, el coronel Piedrabuena, el general Felipe Heredia. Los arquitectos recitaban sus composiciones y al cabo el colectivo, parado en el patio, aplaudía. Pero el arquitecto Salvio fue dejado cesante antes de leer su composición. Todos lo vieron agachado contra el tablero.

Al encender la lámpara, Malco supo que la redacción empezaría así. Desde niño me gustaron los aviones y sentí particular predilección por nuestros heroicos pioneros del aire. Benjamín Matienzo nació en Tucumán el 9 de abril de 1891, cuando la ciudad tenía un esquema urbanístico colonial roto aquí y allá por pedazos de modernismo que la élite azucarera incorporaba entusiasta bajo las luces de la revolución industrial, y de la fusión del arte serio con la artesanía bajo las nuevas formas de las artes aplicadas. El joven militar Matienzo amaba los aeroplanos. Desde el campamento de Plumerillo en tres aviones usados por Francia en la primera guerra mundial y vendidos luego a la Nación Argentina, tres pilotos —uno de ellos Benjamín— decidieron por primera vez cruzar la cordillera de los Andes; como San Martín lo había hecho con su caballo blanco. (el dato sobre el Plumerillo decidió que había que crearlo porque daba a la empresa el carácter de reivindicación de Independencia). El aeroplano era abierto, y Benjamín usaba unas antiparras de goma, un reloj de bolsillo con aceite anticongelante, más un revólver veintidós con balas. El avión permitió que el urbanismo tome por primera vez conciencia de lo urgente, mostrando las llagas ocultas de las ciudades. Por eso Matienzo —de haberlo conocido— pudo pensar sin

duda en Le Corbusier, quien oyó, en 1909 desde su buhardilla de estudiante en el muelle de Saint Michel, al ruido que no era un trueno sino el conde Lambert volando sobre París a trescientos metros de altura sobre la Torre Eiffel. Porque en la primera guerra mundial la aviación se hizo adulta. (Algo así debía poseer un efecto contundente en el auditorio). La guerra pudo crear una dinastía de aviadores sin miedo, los llamados “ases”. Matienzo es nuestro as. Así que cuando la paz llegó a Europa y ya no hubo nada que destruir, la aviación quedó sin empleo. Las fábricas dejaron de construir aviones y fabricaron automóviles. Por eso Matienzo llegaba en el tiempo exacto para decirnos: el avión es útil, la cordillera se cruzará en unas horas. Porque Lindbergh y su gato salieron del cine de América a medianoche y llegaban a París para el desayuno. Los tres aviadores subieron a sus aeroplanos oyendo el ronroneo de los motores, y volando como si encallaran en un banco de hielo, se dijeron: ¡qué fría la cordillera! Aún así continuaban trepando entre abismos tan rotundos y perfectos. Allí están los tres aviadores militares, Zanni, Parodi y Matienzo ese 28 de mayo sagrado de 1919. Las condiciones meteorológicas son pues adversas, demasiado viento en contra, el combustible se consume peligrosamente por el esfuerzo de las máquinas. Zanni y Parodi le hacen señas con sus guantes de cuero al benjamín, “volvamos Matienzo, nos quedamos sin combustible”. Pero él contesta con la mano que no, que adelante como San Martín señalando el Pacífico. Adelante, palabra sagrada. Los amigos regresan con sus máquinas, pero Matienzo avanza hacia su objetivo ineludible; hace frío y el viento golpea sin piedad al pájaro heroico. Matienzo piensa que tal vez un día los aviones se eleven verticalmente; que los aeropuertos, esa nueva red neurológica del urbanismo, sean contruidos con las manos llenas de realidades actuales. Porque Le Corbusier soñó en 1929 al aeropuerto de Buenos Aires en un cruce de curvas entre la Pampa, le ravin et la cité, a orillas del delta; el lugar destinado por los dioses para los aviones, había dicho al enterarse el embajador Cárcano en París. Allí estaba Matienzo pues luchando contra el viento, mientras veía cómo sus amigos retornaban. En medio de la cordillera, sin una gota de combustible ya, Matienzo logra aterrizar. Baja de su avión, mira los picos imponentes que había visto San Martín e intenta un regreso a pie. Se detiene a descansar al amparo de una roca y muere congelado.

Al apagar la luz, Malco observó la brasa del cigarrillo con una mueca inconfundible:

—Es un boludo.

Parecía terrible siquiera pensarlo, pero Matienzo había sido un inepto. Los otros dos aviadores —midiendo los acontecimientos— regresaban para intentarlo luego con éxito. Y Zanni partía más tarde con un Fokker para dar la vuelta al mundo, aunque su avión se rompiera en Hanoi. Pero aquel no, aquel pudo imaginar que algo

imposible ocurriría, que una nube le llenara el tanque con nafta, vaya a saber qué; asombraría al mundo con la fe invencible.

A partir de ese día la vida del arquitecto Malco pasó a calvario. Cómo culminar acaso la redacción diciendo: nuestro prócer provinciano señores murió por incompetente como aviador. Para observar la situación fue un incapaz, para entender la cordillera un inhabilitado, para atender a las sugerencias del vuelo compartido un irresponsable. Pero, además, desequilibrado en las ínfulas de gloria individual, trató de dejar como estúpidos y cobardes a sus compañeros. Inconsecuente, veleidoso, un boludo sólido que lleva señores el nombre de nuestro futuro aeropuerto internacional. Será la vergüenza del país.

La fecha se acercaba y Malco no había escrito nada aún una línea. Es que no había qué escribir. En la vida del elegido no encontraba nada de consideración y en su muerte la idiotez. Sentía de continuo como asfixias, como ataques repentinos de un asma que definió como aerostático. Es cierto que lo tenía todo en su cabeza ¡¿pero y el final?! Podía concluir tal vez con una frase de Sartre (pronunciaría como de Alberdi): no nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros. Sería espléndido, pero para el caso, el aviador no era la negación, sino la afirmación íntima y radical de lo que habían hecho de él. El siguiente viernes fue cesanteado el segundo arquitecto. El ordenanza, que pasaba el lampazo bajo los pies de Malco, se lamentaba de la pérdida del general Navarro, el prócer del día.

Todo ese jueves pareció estar mirando el peñón del Aconcagua. La última noche fue larga, tanto que se olvidó absolutamente de la arquitectura. Malco la mató en su cabeza para poder teclear con dos dedos en una máquina de escribir prestada. Así, cada vez que aparecía un plano en su cerebro, se frotaba la frente con un dedo, como si lo hiciera con una goma de borrar. A las cinco se dio un baño y limpió los anteojos con papel higiénico. No había terminado, tal vez no quería un final. Había trabajado meses en la vida del aviador, pero no sabía como cerrar la historia. ¡Existiendo tantos héroes, por Dios; hubiera elegido a Quiroga, a cualquiera! Se vistió, llegó a la esquina del colectivo, y trepando en medio del gentío notó un dolor en el pecho. Dolor de corbata: ¡infarto! Bajó con un miedo general, a todo, casi abstracto, como el dolor de corbata. ¿Cómo va a doler una corbata? La ciudad no se parecía a Broadway, a los estallidos publicitarios, a sus chorros de luces rojas, verdes, en una suerte de Vía Láctea o corbata disparada a quemarropa. En Broadway hay una cierta melancolía por todos los cuerpos desnudos de mujeres blancas y hermosas, que ningún funcionario de la vivienda podrá conocer jamás. Tiró el pucho y entró.

Los oficinistas lo miraron distanciados, la puerta del capitán de corneta permanecía cerrada. Malco sabía que abierta entre las nueve y las diez sería para anunciar

su despido, el ostracismo, el viaje l fondo de la soledad. Allí donde ya no cabe el urbanismo. Sirvieron el café y las tortillas. Nueve y diez. La puerta se entornó, volviendo a cerrarse. Miraba el tablero ciego, como si en verdad las casas de la tierra, las ciudades, hubiesen sido tragadas por el mar. Ya no era sólo la cesantía, sino lo que ella acompañaba. Los que cruzan la vereda, la inquietud de entender que se está en una lista y no se sabe para qué. Pasadas las diez, la oficina recuperó un cierto entusiasmo. Se hablaba de algún clásico en algún próximo domingo.

A las trece todos estuvieron ya en el patio. Arriada la bandera entre algunos soldados y policías, Malco empezó la lectura de su redacción. Estaba espantosamente cansado, pero hacía esfuerzos para no perder la voz. Pensaba entre tanto cómo terminar, como acabar la historia. Por momentos dejaba de leer en un punto, y observaba los rostros del público. Se los veía también agobiados, al borde de la roca, bajo una ola de frío que los dormía apaciblemente congelados. Era un público que se moría. Y Malco deseaba irrefrenablemente orinar. Ahora llegaba al punto en que el aviador no sentía los hombros. Quería orinar. Ya está, llegaba a cómo encontraron el cadáver de Matienzo y entonces se le acabó el papel. Fue un silencio.

No había otra hoja. El miró a la concurrencia, y ésta le contestó como diciendo ¿y?, ¿cómo carajo termina la boludez que estás leyendo? Ahí él se tocó la frente y tosió. Entre las toses comprendió que necesitaba una frase, recién allí se dio cuenta de lo esencial: no tenía una frase final del héroe. ¡Es que por Dios ningún prócer concluye su vida sin una frase! Muero contento y feliz he batido al enemigo, no, imposible, ya estaba dicha. El militar controlaba su propio zapato negro, mientras aplastaba algo invisible entre punta y la baldosa.

—Y he aquí que Benjamín Matienzo al arrancar su avión dijo al público, en medio del tronar de los motores y el viento enemigo juró... —Malco gritaba bajo un huracán...

El capitán de corneta levantó la cabeza mirándole a la cara. Todos despertaron del sueño. Malco izó un brazo de tribuno romano, y desde su corazón, desde los pulmones alquitranados exclamó abriendo la mano hacia el cielo:

—Y Matienzo dijo ante los concurrentes: ¡Si no cruzo la cordillera, me quedo en la cordillera!

Algunos días después Malco fue detenido por una semana. Durante ciento veinte minutos le pasaron corriente eléctrica por el testículo derecho. Hoy es profesor de teatro.

Ay Enrique

Elvira Orphée

Quedaba en un paraje de mosquitos, de maderas podridas, de río. Las circunstancias me habían obligado a vivir en esa casa extraña.

Del piso habían desaparecido algunas tablas y se abría un boquete de más de medio metro. Para no caerme dentro caminaba por el medio de la pieza. Como yo vivía allí desde hacía poco, no había tenido tiempo para los peligros.

Era un sitio bastante claro. La claridad se metía por el boquete para iluminar una escalera que llevaba al sótano o lo que fuere, quizá lleno de ratas y de resacas algo inmundas. Si hubiera tenido ganas de limpiar habría bajado a sacar las carroñas o los bichos vivos dejados por alguna creciente. Pero mi espíritu estaba intranquilo y ni siquiera había limpiado la gran pieza en la que estaba viviendo; hasta había dejado colgando como grandes hamacas los telones desprendidos del techo, esos que ya no se hacen más, tan inútiles, tan estremecedores cuando empiezan a soltarse.

No sé en qué pasaba mi vida entonces porque no me acuerdo de ningún sentimiento intenso, excepto del amor por Enrique.

Pero no había tenido la energía de prohibirle que bajara al misterioso sótano, tan fuertes eran mi cansancio y mis ganas de despreocupación. Él, allí, seguramente se divertía como sólo puede hacerlo un ser nuevo y asombradizo. Un día se me ocurrió que, entre ratas y sucias formas de la vida, debía de haber atrapado lombrices. Así que busqué a un hombre de la zona, especialista en bichos repugnantes, para que se las sacara. Llegó vestido con un overall blanco, muy limpio, como uniforme de médico. Me asomé al boquete del piso y llamé a Enrique que andaba correteando abajo. Asombrosamente, obedeció y subió alegre el tramo de escalera rota. Con orgullo miré al hombre. Uno siempre magnifica cualquier señal de inteligencia de los que ama.

Enrique estaba contentísimo. Vaya a saber qué podredumbres, qué maravillas mefíticas lo tenían tan entusiasmado allá abajo.

El hombre se dispuso a darle su remedio, pero me advirtió que se sentiría mal.

Enrique era mi amigo. No, mi hijo. El que me quería incondicionalmente y dependía de mí para todo. Yo, que tuve tanto asco de tantas cosas, no lo tenía de sus patitas sucias ni de su pelambre refregada en sitios contaminados. Le gustaba ensuciarse, yo lo amaba, luego era necesario que lo dejara ensuciarse.

Enrique y yo nos queríamos con un amor que dolía. Era una tumefacción en el alma. De tanto como tuve, de tanta gente, lo único que me quedaba era Enrique. Pero eso único era una inmensidad. Entonces, ¿por qué salí, dejándolo solo con el hombre del overall? Por algo tan tonto y tan inexplicable como la llegada de El Petiso Fatum, que me invitó a pasear.

Yo nunca paseo por pasear. Es como decidirse a perder vida. Hay que pasear por algo, con una intención más allá del mero paseo: pasear por amor a través de junglas vegetales, pasear en busca de jardines que hagan descubrir misterios en uno mismo y en los demás, pasear para que los paisajes traspasen el alma y le dejen pequeños agujeros por donde entren muchas cosas que normalmente no pueden entrar porque las almas están demasiado cerradas. Pero, ¿pasear porque sí? ¿Y con El Petiso Farum? Simpático y divertido en las ocurrencias que nacen de noche, entre mucha gente, pero incapaz de exprimírle las posibilidades a una flor. Pese a eso; increíblemente, salí con El Petiso Fatum mientras a mi criatura le hacían ingerir drogas dañinas.

Nos metimos por entre la maraña de un paisaje tan húmedo que parecía despedir vapor, y llegamos a una casa rodeada de plantas, de verde, de sombra. Una gran casa oculta y chorreada de verdín, de esas que tienen imán porque están como saturadas de maleficio. Producen un miedo muy atrayente. El Petiso estaba pasando allí algunos días, no sé por qué ya que tenía su casa en la ciudad y era apasionadamente ciudadano. Habíamos abierto la verja y estábamos por llegar a la puerta, cuando oí una especie de llanto lejano. Quién sabe qué me impulsó a correr para acercarme al llanto. El Petiso me siguió entre risas y comentarios que le quitaban el aliento. Según él no se había oído nada. Y quizá tenía razón porque debimos correr bastante hasta llegar a la casa donde parecía estar el llanto.

Al revés de la que acabábamos de dejar, y aunque estaba en un paraje lleno de verdor, era luminosa. La luminosidad interna se distinguía por debajo de la rendija de la puerta. Llamamos. Nadie contestó. Imposible entrar si no era por la puerta. Las tapias de los costados no lo permitían. Saqué mis llaves y empecé a probarlas. El Petiso se puso pálido.

—No se oye ningún llanto. ¿Te has vuelto ladrona y me estás complicando? Me voy de aquí.

Pero se puso aún más pálido cuando oyó de repente el llanto espantoso. Llanto, queja, alarido, todo eso era, más la desesperación.

Fui siempre especialista en encontrar entradas insuficientemente cerradas. Desde chica me he divertido en violar casas de vecinos ausentes. Un único obstáculo tuve a veces; los perros, tan defensores de lo que no les pertenece, tan del partido de sus dueños, pobrecitos. Hasta he llegado a entrar en casas con enfermos que ni se daban cuenta de que la familia los había dejado solos; en casas con imágenes de Santa Teresita y rosarios gruesos, negros y diabólicos; en casas llenas de jazmines del Paraguay que, aunque no tienen un perfume exaltado, lo tienen, sí, extraño (casi un no perfume, muy refinado). Y de repente, mientras hurgaba la cerradura, me invadió el ansia de perfumes que siempre me ha perseguido como si me señalara un camino.

Hablé para distraer a El Petiso, mientras seguía con mi trabajo. Pero su cara trastornada rompió mi cháchara y me volvió a la urgencia. Tenía que entrar en la casa. Lo había hecho antes en tantas otras, atraída por sus extraños habitantes ausentes que dejaban visibles sus ritos o por sus insólitos ensamblajes, ajenos a las ordenanzas, rebeldes a cualquier prohibición opuesta a la originalidad.

Por fin di con el resquicio que me permitió abrir. Una casa rectangular y luminosa. Se entraba por un pasillo lindante con los vidrios de la cocina que, a su vez, tenía ventanas hacia otra calle. Y entonces volvimos a oír el quejido. ¿Quejido? Un gemido rabioso, un aullido. Venía de afuera, de detrás de las ventanas de la cocina que daban a la otra calle. Me precipité a abrir una y algo huyó hacia abajo. El Petiso ya estaba junto a mí. Me incliné a mirar y, con asombro, con desazón, casi con náusea, descubrí lo que había afuera. La casa, al ras del suelo por donde habíamos entrado, de este otro lado estaba sobre un terraplén oblicuo de unos dos metros o más de elevación. Tirado en la calle había un blando muñeco de trapo, bastante grande, con una pierna doblada. A su lado aullaba el perro que quiso entrar en la casa violada por mí o quiso algo que no comprendimos, quizá sólo ayuda.

En el balcón de la casa vecina, blanco y lleno de sol, tres monjas cuchicheaban. Yo no apartaba los ojos de la calle.

—Está rabioso —dijo El Petiso en voz baja.

—Está hambriento.

—Y el hombre, borracho.

—No. Cuando yo me emborracho, Enrique no se pone a aullar.

El Petiso me miró con curiosidad y quizá repugnancia.

—¿Te emborrachás?

—Sí. Sola y no en reuniones.

—¿Por qué has decaído tanto? ¿No te da pena?

Ínútil contestarle. Era curiosidad de chismes, no de vida. Mientras ahí abajo, en la calle, ¡qué desarticulado estaba ese pobre hombre, qué pálido, qué vestido con bolsas en lugar de ropas, como para que yo lo hubiese tomado por un muñeco de trapo! El muchacho tirado y su perro, dos seres que se habían amado, que se amaban seguramente todavía a pesar de la espantosa barrera entre ellos. Porque no se podía dudar: sólo la muerte da actitudes tan antinaturales como la que tenía el hombre caído.

Todo era tan blanco de este lado de la casa, como en un paisaje de Andalucía, como si del otro lado no hubiera tanta cantidad de sombra, de verdín, de agua oscura.

De repente, ese dolor que se elevaba desde la calle me dio en el pecho y me sofocó.

El muchacho tirado ¿de qué había muerto? ¿De hambre? ¿De caminar sin esperanzas? ¿De tanto amar? ¿Cómo no supo que junto a él tenía el amor? ¿Qué necesidad de un ser humano para vivir el amor más desgarrador?

—Las personas son nada más que el instrumento para el cuerpo de otras personas —susurré.

El Petiso estaba descolorido, entendiendo sólo la muerte, sin entender la separación.

—El amor que rompe las paredes está en otra parte. Tenemos casas para resguardar el cuerpo, tenemos cuerpos para resguardar quién sabe qué belleza desconocida. Pero la resguarda y al mismo tiempo la comprime, la domina, la retiene —hablé con voz de llanto—. ¿Quién es capaz de romper las paredes del cuerpo?

Ya había algunos curiosos mirando al muchacho caído. Todos parecíamos paralizados. Nadie actuaba. Y en el balcón vecino, tres monjas comentaban pacatas el espectáculo.

—Hagamos algo —les supliqué—. Quizás esté vivo todavía.

—Es la voluntad del Señor —dijeron, indiferentes.

—Pero quizá no esté muerto sino por morir —y pensé: de una enfermedad tan pobre que la obliga a transportarla por los caminos y la intemperie.

Ellas siguieron en su impasibilidad de monjas. Es la voluntad del Señor. Entonces, dulcemente, les aconsejé:

—¿Por qué no cambian de Señor?

Se persignaron y huyeron a la desbandada. Yo entré a llamar a una de esas instituciones nuestras que tardan tanto para lo urgente y no llegan nunca para lo demás.

Luego salí de la casa. Arrastré a El Petiso en la gran vuelta que se precisaba hacer para llegar del lado sombra al lado Andalucía.

—¿Así que te emborrachás sola? —mientras corríamos.

—Sí. ¿No lo ves? —sin dejar de correr—. Estoy borracha de rabia. Otras veces lo estoy de música y tantas de eternidad. Entonces Enrique se echa a mi lado y participa de lo que me pasa. Pero para que te quedés contento, a veces me emborracho con dos vasos de vino con frutas.

Y mi voz sonaba entre los lamentos que se desgarraban en el aire y volvían a nacer en algo más hondo que la garganta del pobre animal desesperado. Sus ojos, fijos en algún zodiaco lejano, pero con lagunas del llanto de la tierra, estaban atados al espectro del muchacho que seguramente se despedía de él en ese momento en una estratósfera del alma inalcanzable para nosotros. El muchacho ya se iba, derivando por las regiones privadas de los muertos. El perro quería irse con él, y su cuerpo imperante le cerraba el paso. La corriente de su desesperación era por minutos más intensa. El muchacho se iba empapando de desconocido; el perro de desdicha irreversible.

De repente, la mirada del perro cambió de lugar y de expresión. Me miró a mí, y el horror pareció traspasarle los límites de los párpados.

—Dios, Dios —dije—. No abandones al perro. Lo recogeré yo.

Y salí corriendo mientras El Petiso me gritaba. ¿Quién era él para llamarme? ¿Quién era para haberme hecho dejar a Enrique solo? Era nada más que el hermano de El Alto Fatum.

Corrí hasta sentir estrellas de plata ante mis ojos, y sus duras puntas clavadas en un costado del cuerpo. Corrí abriéndome paso entre estrellas de dolor, ya viejas conocidas, pero nunca tan brutalmente desafiadas.

Entré en mi extraña casa. Yo no vi el espectro de Enrique, como vio el perro el del muchacho, alejarse translúcido o centelleante hacia los parajes de la disolución. Lo vi simplemente muerto, enroscado alrededor de un dolor insoportable. Me eché a su lado. Enrique, Enrique, mi amigo, mi criatura, te has muerto para dejarme toda la libertad. Me lo contó la mirada de horror del otro perro. Me dijo: la tristeza es ahora el pulso de Enrique, en eso lo ha convertido tu abandono. ¡No! ¡No! quise contestarle. Le contesté que no, Enrique, con los ojos, con todas las mataduras del alma. Te dejé esta tarde a que te las arreglaras solo con tu enfermedad, pero no sospeché que te morirías. No fue esta tarde cuando en realidad te dejé solo, fueron todas las veces que te abandoné antes, hasta casi olvidarte. Quizá creíste que volvía a abandonarte. El otro perro lo sabía; a eso se refería su horror al mirarme.

Semejante a agua opaca y profunda se había vuelto el bello color dorado de los ojos de Enrique. Junto a él, echada, y casi sin darme cuenta, la barrera que nos

separaba ahora, como a esos dos pobrecitos de la calle, se deshizo y dejó de ser barrera. Tuve una náusea, una sola, y no caí muerta porque ya había caído antes de morir. Ya en el suelo estaba muerta. En seguida vi luces titilantes en horizontes muy oscuros, sentí esa inmensa sensación de felicidad que da volar en sueños, aunque lo hiciera por cielos intermitentemente alumbrados, y después me encontré en este sitio.

Todavía tengo recuerdos de la tierra, pero ya algo me golpea magnéticamente la cabeza para que no recuerde más que alguna vez hablé con palabras, tuve la posibilidad de hacer algo con mis manos y amé a Enrique en su desvalimiento de animal.

Estamos de nuevo juntos; Enrique y yo, él con su cuerpo, igual a lo que era; yo con mi cuerpo, igual a lo que fue. Enrique me quiere, me habla con palabras y yo contesto con extraños sonidos, desgastados de significación para él, porque ya no puedo hablar más con palabras. Me tiro en el suelo, a sus pies, y me quedo en postura de esfinge, y él, desde el sitio donde está sentado, se inclina a acariciarme el lomo desnudo. Me concede su tiempo perdido, nada más, porque ya se le desencadenó el torrente de cieno que en la tierra nos lleva compulsivamente hacia otro ser de nuestra especie y nos obliga a descuidar a todos los Enrique del mundo. Sí, Enrique, te dejé muchas veces solo allá en la tierra, no a causa de El Petiso, con su borboteante insignificancia, sino a causa de El Alto Fatum, su hermano, que me proporcionaba la risa y andanadas de sensaciones. Pero no supe nunca que te estremecías como un astro (igual que yo ahora) con cada latido de abandono. Te dejé muchas veces solo a causa de El Alto Fatum, que al fin y al cabo no tenía más que risa, inferioridad, mugre y un cuerpo que podía acoplarse al mío.

No entiendo este mundo en el que estamos ahora ni entiendo su cielo —si es cielo esa especie de pesadilla que veo aquí—. Me desespera que no comprendas lo que te dicen los escasos sonidos de mi garganta, que no haya flores blancas de exaltado perfume, sino sólo vegetales con olor amoniacal. Pero quizá dentro de poco algo cambie. Ya los recuerdos de lo que fue antes empiezan a flotar como una tenue columna sobre mi cabeza. En las nieblas que veo ahora —que tus ojos no pueden distinguir— hay figuras que se parecen a la mía, y me pongo a aullar de miedo por lo que te rodea y no ves. Enrique, que te enamoraste de un cuerpo semejante al tuyo en este enervante, extraño mundo, y que me abandonas a causa de él, antes de que pierda del todo la memoria de lo que fue, te suplico que no me dejes como te dejaba yo, con tanta soledad, con tanta hambre, durante tantos días. Que no me dejes por un cuerpo de tu misma especie, esos que nunca traen el amor sino la desgracia.

Epílogo

Por Fabián Soberón

La historia de un libro es la historia de un escritor y de una ciudad. Empecé a trabajar en esta antología por pedido de Pablo Donzelli, entonces editor de la revista *Trompetas completas*. Estábamos a fines de 2013 y acababa de publicar el libro *Mamá*, mi hija tenía menos de un año y los primeros paseos con ella en el jardín amplio de la calle Heller se alternaban con las respuestas de los familiares, los generosos aportes de los amigos y las conversaciones por teléfono con Pablo Donzelli. Pablo vino un par de veces a casa y charlamos sobre el propósito de la antología. No queríamos dar cuenta de un tema ni nos animaba un programa previo. Solo buscábamos reunir textos de autores diversos que vincularan a distintas generaciones. Y el título alude, precisamente, al puente que une a esas generaciones. El punto en común era que hubieran nacido en Tucumán o que hubieran decidido afincarse en la provincia. En todo caso, para mí significaba dar cuenta de un mapa posible de las apropiaciones del género en un ámbito reducido y propicio: la provincia. En este sentido, mi deseo es que la antología sea una mínima muestra parcial de lo que hicieron los escritores de un jardín para ser disfrutado fuera de ese ámbito reducido.

Cuando empecé a indagar en los autores y los textos para esta antología, dos autores seleccionados –que hoy no están con nosotros– estaban vivos: Jorge Estrella y Dardo Nofal. Jorge Estrella y Dardo Nofal habían cedido los derechos de sus cuentos y me habían enviado el texto por mail. Por razones que ignoro, no se pudo efectuar la publicación –en ese entonces proyectada en papel–.

Al retomar el proyecto de la antología en 2020, ya me había mudado de casa y había cambiado de computadora dos veces: la ciudad era otra, se había enmudecido por la tromba del coronavirus y mi hija leía en voz alta su primer libro completo. A pesar de los cambios, felizmente conservaba en diversos archivos el proyecto de la antología. Al releer la nómina de autores y cuentos retomé la pesquisa de los textos

de Elvira Orphée y de Eduardo Rosenzvaig. Graciela Massa me dio la idea de incluir el cuento “Aeropuerto Benjamín Matienzo”. Juan Carlos Malcún consiguió el texto, lo escaneó y me lo envió. Marina Rosenzvaig cedió los derechos.

“Ay Enrique” es el cuento de Elvira Orphée incluido en la antología. María Teresa Andruetto me recomendó este cuento y gracias a su ayuda es que pude conseguirlo. Los derechos fueron cedidos por Flaminia Ocampo, hija de Elvira Orphée.

En el caso de Tomás Eloy Martínez y Hugo Foguet agradezco la generosidad de Daniel Dessein, quien cedió los cuentos de Tomás Eloy Martínez y Foguet. Ambos textos habían sido publicados originariamente en *La Gaceta Literaria*.

“Así es mamá”, de Juan José Hernández, fue publicado en *La ciudad de los sueños* por la editorial Adriana Hidalgo (Buenos Aires). El cuento de Julio Ardiles Gray fue gestionado por María Susana Mistretta. María Eugenia Ríos donó la versión del texto de Samuel Schkolnik. Por ese entonces estaba preparando una compilación de sus textos: la futura y ahora ya pretérita *Parker 51*.

Sara Rosenberg, Alberto Rojo, Daniel Dessein, Gabriel Guanica Cossa, Alejandro Nicolau, María Belén Aguirre, Florencia Méttola, Lorenzo Verdasco, Horacio Elsinger, Sebastián Ganzburg, César Di Primio, Máximo Cheín, Rogelio Ramos Signes, María Lobo y Santiago Garmendia enviaron sus textos por correo postal, por mail o con un servimoto a la casa de la calle Heller.

Agradezco a todos los que hicieron posible esta antología, tanto a aquellos que ayudaron en el período 2013—14 como a los que en 2020 contribuyeron generosamente con su hospitalidad: Pablo Donzelli, Facundo Iñiguez, Pablo Toblli y Valentina Pucci, actuales editores de la revista *La papa*.

Fabián Soberón, Yerba Buena, 2020

Los autores

María Belén Aguirre es escritora y gestora cultural. Ha fundado y, desde 2009, dirige Biblioteca Parlante Haroldo Conti. Sus poemas, cuentos y artículos literarios han sido publicados en revistas nacionales e iberoamericanas: “Voxlocális”, (Managua, Nicaragua), Plesiosaurio (Lima, Perú), “Poesía colombiana y de otras latitudes”, de la escritora Elvira Alejandra Quintero (Cali, Colombia), Efori Atocha (Madrid, España). Ha publicado: “Viaje a Lituania” (2009), nouvelle autobiográfica; “Travelling desde ventanilla de casa rodante” (2012), microrrelatos ilustrados por Ramiro Clemente (San Miguel de Tucumán— Barcelona); y los poemarios: “Praga en dos” (2012); “El pater”, (1ª y 2ª edición) y “Arigato (2013), co—escrito con Gabriel Amos Bellos. Su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano, portugués y hebreo.

Julio Ardiles Gray nació en Monteros, Tucumán, en 1922. Junto con Eneas Díaz fue uno de los fundadores del movimiento cultural «*La Carpa*» con su libro de poemas “Tiempo deseado” (1944). Este movimiento aglutinó a grandes poetas del noroeste argentino como Raúl Galán, María Adela Agudo, María Elvira Juárez, entre otros, durante la década de 1940. Su novela *El Inocente* fue llevada al cine por el productor Jorge Piwowarski. Ardiles Gray se dedicó al periodismo, a la literatura, a la dramaturgia y a la actividad política. En el diario La Gaceta fue Jefe de Teatro y Cine durante las décadas del 50 y del 60. En 2004, la Universidad Nacional de Tucumán (UNT) lo distinguió como doctor Honoris Causa. Entre otros libros, publicó Tiempo deseado (cuento), Cánticos terrenales (poesía), Elegía (narrativa), La grieta (narrativa), Los amigos lejanos (narrativa), Los médanos ciegos (narrativa), Cuentos amables, nobles y memorables (narrativa). Murió en Buenos Aires, en 2009.

Máximo Chehin nació en Aguilares, Tucumán, en 1972. Su libro de cuentos *Vista al río* fue premiado en por el Fondo Nacional de las Artes. En 2009 recibió el primer

premio de literatura de la Municipalidad de San Isidro. Su novela *La vida interesante (inédita)* fue finalista de la edición 2012 del premio Clarín de novela. Sus cuentos han sido publicados en antologías y en medios gráficos de Argentina, y algunos han sido traducidos al italiano. Actualmente vive en Buenos Aires.

Daniel Dessein nació en Tucumán, en 1973. Es periodista, abogado y tiene un posgrado en relaciones internacionales. Es presidente del diario La Gaceta, presidente de la Comisión de Libertad de Prensa de Adepa (Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas), vicepresidente regional de la Sociedad Interamericana de Prensa, miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo, miembro del Foro Iberoamérica, prosecretario de la Asociación de Diarios del Interior y miembro de la Junta asesora de la Asociación Mundial de Periódicos. Forma parte de los comités asesores de la Fundación Leer y la Fundación Tomás Eloy Martínez. Fue presidente de Adepa, vicepresidente de la Asociación de Editores Digitales, presidente de la Agencia de noticias DYN y miembro del B 20. Es editor de La Gaceta Literaria desde 2010. Publicó sus textos en más de 150 medios de 17 países. Es autor, coautor y compilador de 15 libros. Entre otras distinciones, recibió el Laurel de Plata al periodista del año, del Rotary Buenos Aires, en 2014.

César Di Primio nació en Concepción, Tucumán. Estudió en la escuela Técnica ENET 1. Es mecánico, técnico radiólogo, cursó Filosofía en la UNT pero no superó las clases de Lógica en las mañanas invernales, razón por la que no es licenciado, o acaso lo es. Escribe en el blog Ensalada Cesario del diario La Gaceta y es colaborador de La Gaceta Literaria. Es autor de algunos ensayos, poemas y cuentos.

Horacio Elsinger nació en Tucumán. Es Licenciado en Filosofía. Actualmente tiene a su cargo la Dirección de Letras del Ente Cultural de Tucumán. También es docente en la Universidad Nacional de Tucumán, dicta las asignaturas estética y filosofía en la Escuela de Bellas Artes y en el Departamento de Artes Plásticas de Aguilares. Fue periodista de los diarios *La Gaceta*, *El Periódico* y *La Ciudad*. Ha publicado el libro de cuentos *La última ballena* (EDUNT 2012) y las novelas *La virgen de los ojos cerrados* (De Los Cuatro Vientos 2014) y *La novela perdida* (EDUNT 2016). Tiene, además, un ensayo inédito “Extranjería y extrañeza en *L'Etranger* de Camus”.

Jorge Estrella nació en Tucumán. Ha ejercido la docencia universitaria en Filosofía en varias universidades del país (Tucumán, Salta, San Juan, Santiago del Estero) y de Chile. Es autor de más de 400 artículos aparecidos en revistas especializadas y en suplementos de periódicos de Argentina y el extranjero (Ejemplos.: ‘Artes

y Letras' del diario *El Mercurio*, Santiago de Chile; 'Suplemento Literario' del diario *La Gaceta*, de Tucumán). Su nombre está incluido en cuatro antologías argentinas de narrativa. Es autor de 28 libros en editoriales como Andrés Bello, Ed. Universitaria o Hachette (las tres de Chile); Claridad (Argentina) Ha recibido estos premios: Primer premio ensayo (José Martí) para autores iberoamericanos, Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte, Miami, USA, 1985. Texto premiado: Tres razones para la libertad. Primer premio narrativa (Hernández Catá), para autores iberoamericanos, de la misma institución, Miami, USA, 1983. Relato premiado: El tren. Primer premio narrativa (Pablo Rojas Paz), del Consejo Provincial de Difusión Cultural, Tucumán, para autores del noroeste argentino, bienal 1963—1965. Libro premiado: *Cuartelario y otros cuentos*. Murió en Tucumán en 2018.

Osvaldo Fasolo nació en 1937 en San Miguel de Tucumán. Estudió en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino (UNSTA), donde obtuvo el título de Técnico en Higiene y Seguridad del Trabajo. Entre otros libros, Osvaldo Fasolo publicó *El Angel*, *Iván el Yugoeslavo*, *El Secreto*, *Ajustes de Cuentos*, *De mil amores*, y *El hombre que yo inventé*. Fue columnista en diversas radios y en el diario *La Gaceta*. Murió en Tucumán.

Hugo Foguet nació el 3 de diciembre de 1923, en San Miguel de Tucumán. Egresado de la Escuela Nacional de Náutica, recorrió el mundo como marino. En dos ocasiones recibió el premio Bienal Ricardo Jaimes Freire, mayor distinción de su provincia para el género poesía, y en otras dos oportunidades el Premio Bienal Pablo Rojas Paz para su obra narrativa. Ha publicado los libros de cuentos *Hay una Isla Para Usted* (1962) y *Advenimiento de la Bomba* (1965) y dos novelas: *Frente al Mar de Timor* (1976) y *Pretérito Perfecto* (1983). Murió en Tucumán en 1985.

Sebastián Ganzburg nació el 25 de julio de 1982 en San Salvador de Jujuy. Tiene publicado dos libros, uno de cuentos, "Entre tango y fútbol" (2012) y uno de poemas y fotografías "Capturando poesía" (2019), en coautoría con Leonardo Ganzburg. Además, algunas de sus obras fueron publicadas en diarios o leídas en emisoras radiales. De profesión periodista trabajó en diferentes medios de comunicación: gráficos, radiales, web, televisivos e institucionales. Actualmente lo hace en la Secretaría de Comunicación Pública. Reside en Tucumán desde el 2002.

Santiago Garmendia (Doctor en filosofía, docente en la UNT y en la UNSa, Investigador, Director de proyecto "Tecnociencia, filosofía y medio ambiente"). Colaborador de *La Gaceta Literaria* y en la revista cultural *Dixi /He dicho*. Ha escrito y edi-

tado libros sobre filosofía contemporánea y filosofía del lenguaje (Su tesis *Lenguaje y realidad en Wittgenstein* (2014) ha sido publicada en la Serie Tesis de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Su primera obra de ficción fue la novela *La religión de los dioses* (Culiquitaca, 2015). Su segundo libro fue la compilación de cuentos *Mal de Muchos* (Lago, 2016). Actualmente está en prensa *Viaje a la Milanese* (EdUNT). Nació en 1976 en San Miguel Tucumán, ciudad en la que reside.

Gabriel Guanica Cossa nació en Tucumán en 1985. Es comunicador y creador de contenido digital. Escribe para sitios web y redes sociales, crea videos para YouTube y tiene un diario digital. Por algunos de sus relatos recibió una mención provincial, una mención regional y una mención nacional. Publicó textos en antologías y revistas.

Juan José Hernández nació en Tucumán en 1944. Su primer libro de poemas, *Negada permanencia, la siesta y la naranja*, fue publicado en 1952 por la editorial *Botella al mar* y en 1957 un segundo libro, *Claridad Vencida*. Su única novela es *La ciudad de los sueños* y su única pieza teatral, *La lluvia de fuego* fue escrita en colaboración con Silvina Ocampo y estrenada en París por Marilú Marini. Como traductor, tradujo obras de Paul Verlaine, Jean Cassou y Tennessee Williams. Trabajó en el diario La Prensa bajo el nombre de Hernández Ledesma. En 1984 recibió el Premio Konex y fue beneficiario de la Beca Guggenheim. Murió en Buenos Aires.

María Lobo nació en 1977 en Tucumán. Estudió Comunicación y obtuvo el título de Doctora en Humanidades en la Universidad Nacional de Tucumán (UNT), donde ejerce la docencia. Ha publicado las novelas *El interior afuera* (Qeja) y *Los planes* (Punto de Encuentro), y las colecciones de relatos *Santiago* (Mulita) y *Un pequeño militante del PO* (Pirani). Escribe acerca de un lugar llamado San Miguel. Más sobre la autora: www.marialobo.com.ar

Tomás Eloy Martínez nació en Tucumán en 1934. Fue uno de los escritores y periodistas más importantes de la Argentina. En su trayectoria y en su obra confluyen el periodismo y la literatura. Integró las redacciones de los semanarios *Primera Plana* y *Panorama*, trabajó en el diario La Opinión, fundó El Diario de Caracas, formó parte del equipo creador de *Página/12* y fue columnista de periódicos nacionales y extranjeros, entre otras actividades. Publicó numerosos libros, entre ellos, *La pasión según Trelew* (1973), *Lugar común la muerte* (1979), *La novela de Perón* (1985), *La mano del amo* (1991), *Santa Evita* (1995), *El vuelo de la reina* (Premio Alfaguara 2002), *El cantor de tango* (2004), *Las vidas del General* (2004), *Purgatorio* (2008) y *Tinieblas*

para mirar (2014). Sus obras han sido traducidas a varias lenguas, y en particular las emblemáticas *La novela de Perón* y *Santa Evita* han sido leídas en más de treinta idiomas y editadas en más de sesenta países. Fue finalista de The Man Booker International Prize por el conjunto de su obra. También desarrolló una importante carrera académica, en la que se destaca su condición de profesor emérito de la Universidad de Rutgers, en Nueva Jersey. Falleció en Buenos Aires en 2010.

Florencia Méttola es escritora y compositora. Nació en San Miguel de Tucumán en 1981. Es una de las autoras de *Qué Falta de Todo*, publicado por Brillovox en el año 2009. Participó en dos ocasiones del Mayo de las Letras. Ha sido co—autora de dos trabajos presentados en el congreso de la A.A.E.A. Ha sido la segunda ganadora del concurso “Libros que nos hicieron Libres” de la facultad de filosofía y letras de la UNT. Tiene una banda de rock indie llamada Florencia y los Monos de la Odisea del Espacio con la cual está a punto de terminar su primer disco. Tiene un libro de relatos breves inédito “El mundo subacuático de las casas abandonadas” y una novela corta también inédita llamada “¿Querés Hablar?”. Crítica fantasma de cine. Futura licenciada en inglés con orientación en literatura. Actualmente trabaja en un callcenter como representante de atención al cliente, a modo de experimentación científica y social.

Alejandro Nicolau nació en Tucumán. Es escritor, músico y artista plástico. Lleva publicados siete libros, un disco como solista llamado “Bien Rústico” y otro con su banda “La Banda del Río Salí”. Realizó innumerables muestras, colaboró en revistas de literatura de Tucumán, dio talleres de arte en las cárceles de Tucumán. Hizo dibujos animados y participó en diversos festivales de historieta en Argentina, Bolivia, Alemania y Brasil. Sus postales, prints y pinturas se encuentran ya en muchos hogares de Tucumán, Jujuy, Salta, Córdoba, Buenos Aires y el Norte de Chile. Sus trabajos fueron material de estudio en la UNT en la cátedra de Introducción a la literatura de Filo y en la de Morfología en la facultad de artes. Actualmente se encuentra grabando su segundo disco “Los días de la guitarra” y pintando cuadros y murales. También se encuentra trabajando en la película “Laguna del tesoro” pronta a estrenarse. Vive del arte y también es papá.

Dardo Oscar Nofal nació en Santiago del Estero y se radicó en Tucumán. En su obra literaria, las tres primeras novelas “Una lágrima por el Cóndor” (1996), “La prisión de Bautista” (finalista del Premio “La Nación” de Novela, 2001) y “Matar para Morir” (2007) recorren, desde perspectivas diferentes, la historia Argentina a partir de 1945 hasta la actualidad. En el periodismo sobresale su trayectoria en el diario “La Gaceta”, donde fue en más de tres décadas, sucesivamente, editorialista, crítico de

cine y de teatro, jefe de Espectáculos y Cultura, Prosecretario de Redacción y, hasta su retiro, en el 2000, Secretario de Redacción. Murió en Tucumán en 2017.

Elvira Orphée nació en Tucumán en 1922. Siendo muy joven se instaló en Buenos Aires y sus textos fueron publicados por la revista Sur. Fue lectora para la prestigiosa editorial Einaudi. Trabajó junto a Octavio Paz y Elsa Morente. Su primera novela, *Dos veranos*, fue reeditada por María Teresa Andruetto para la colección Narradoras Argentinas del sello cordobés Eduvim. *Aire tan dulce* fue reeditada por la editorial Bajo la Luna. Publicó también la novela *La penúltima conquista del Ángel*. Entre sus libros de cuentos se pueden mencionar *Las viejas fantasiosas* (1981) y *Ciego del cielo* (1991). Su última novela, de 1996, fue *Basura y luna*. Murió en Buenos Aires en 2018.

Rogelio Ramos Signes nació en San Juan en 1950, donde transcurrió su infancia. Pasó la adolescencia en Rosario (provincia de Santa Fe); allí comenzó a escribir y a publicar. Reside en Tucumán desde 1972. Publicó los siguientes libros: “Las escamas del señor Crisolaras” (cuentos, 1983), “Diario del tiempo en la nieve” (nouvelle, 1985), “En los límites del aire” (nouvelle, 1986, Premio MÁS ALLÁ a la Mejor Novela Argentina de Ficción publicada ese año), “Soledad del mono en compañía” (poesía, 1994), “Polvo de ladrillos” (ensayos, 1995), “El ombligo de piedra” (ensayos, dos ediciones: 2000 y 2001), “En busca de los vestuarios” (novela, 2005, Premio de la Asociación de Literatura Infanto—Juvenil Argentina a la Mejor Novela Ilustrada de ese año), “Un erizo en el andamio” (ensayos, 2006), “Arca de otro diluvio” (poesía, 2008, edición de autor, numerada, sólo para amigos), “La casa de té” (poesía, 2009), “Por amor a Bulgaria” (novela, 2009, Premio Luis de Tejada, de la Dirección de Cultura de Córdoba, a la Mejor Novela del bienio 2008—2009), “Todo dicho que camina” (microrrelatos, 2009), “El décimo verso” (poesía, 2011) y “La sobrina de Úrsula” (novela, 2015).

Compiló las antologías: “Monoambientes” (microrrelatos del Noroeste Argentino, 2008), “Ajenos al vecindario” (poesía tucumana, 2009) y “Cuaderno Laprida” (microrrelatos internacionales en homenaje a David Lagmanovich, 2016).

Figura en varios diccionarios de Literatura y en más de cien antologías de distintas disciplinas en diferentes países. Colabora con publicaciones nacionales y del exterior. Dirige desde hace 38 años la revista “A y C” (Arquitectura y Construcción). Parte de su poesía ha sido traducida al francés, al portugués y al rumano; y parte de su narrativa, al inglés y al húngaro.

Alberto Rojo nació en Tucumán y obtuvo su licenciatura y su doctorado en física en el Instituto Balseiro (Bariloche, Argentina); posteriormente desarrolló su vida profesional en los Estados Unidos. Fue postdoctoral en la Universidad de Chicago, profesor Adjunto en la Universidad de Michigan y actualmente es profesor e investigador en la Universidad de Oakland. Ha publicado numerosos trabajos de investigación en revistas de primera línea así como contribuciones sobre enseñanza de las ciencias y divulgación científica. Publicó en coautoría con Tony Leggett (premio Nobel de Física de 2003) y sus trabajos sobre el origen geométrico de formaciones geológicas fue motivo de columnas en el New York Times, Die Zeit y muchos diarios del mundo. Entre sus distinciones están el premio Edenor de la Feria del Libro de Argentina, la distinción a la trayectoria de la Universidad de Campinas, la Silla Dotal en Ciencias y Humanidades de la Universidad de Nueva Mexico, y el premio ATVC 2011 a mejor programa cultural por Artistas de la Ciencia, que salió al aire por canal Encuentro. En 2012 fue seleccionado al roster de especialistas de la Fundación Fulbright de EEUU, fue nombrado Ciudadano Ilustre de la Provincia de Tucumán y Miembro Colaborador de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Junto con sus tareas como físico ha desarrollado una notable carrera como guitarrista y compositor. En 2007 debutó como orquestador en el Teatro Colón junto a Mercedes Sosa, con quien colaboró y grabó a dúo en varias ocasiones, incluido Cantora II y Corazón Libre, trabajo ganador del Grammy Latino en 2005. Como solista editó *Para Mi Sombra* (Acqua Records), *De Visita* (EPSA) y *Tangentes* (Acqua Records). Es autor de los libros *La física en la vida cotidiana*, *Borges y la física cuántica*, *El azar en la vida cotidiana* y un centenar de artículos en diarios como *La Gaceta de Tucumán*, *Clarín* y *La Nación*. Actualmente es consultor del programa Conectar Igualdad, que distribuye netbooks en todo el país, y autor del proyecto Ciencia en Todas Partes.

Sara Rosenberg nació en Tucumán. Vive en Madrid, España. Se licenció en dramaturgia en la Resad (Real Escuela de Arte Dramático). He publicado cuatro novelas, *Un hilo rojo* en Espasa Calpe, 1998, (finalista del premio Tigre Juan), *Cuaderno de Invierno* en Espasa Calpe, 2000, *La edad del barro* en Destino, 2003, y *Contraluz* en Siruela 2008. También ha publicado cuentos y obras de teatro. (Editoriales EDAF, Lengua de Trapo, Redes, Fundamentos). Recibió el premio de dramaturgia *La escritura de la diferencia*, en Italia—2004 (Nápoles), por la obra *El tripalio* en Editorial Manifesto. Ha realizado numerosas exposiciones de arte visual en Madrid, Lisboa, París, Buenos Aires y también varios documentales.

Eduardo Rosenzvaig nació en Tucumán en 1951. Fue historiador, ensayista y narrador. Durante 25 años dirigió el Instituto de Cultura Popular en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán. Doctor en Historia de la universidad española de Salamanca, ganó una veintena de premios nacionales e internacionales, entre ellos el prestigioso Casa de las Américas, de Cuba, en dos oportunidades: en 1996 por el ensayo “Etnias y Árboles. Historia del Universo Ecológico Gran Chaco”, y en 2009 a la literatura testimonial por “Mañana es lejos (memorias verdes de los años rabiosos)”. Rosenzvaig fue autor de más de 300 artículos en publicaciones del país y de Estados Unidos, España y Cuba, entre otros países. Publicó más de 35 libros, entre los que se destacan *La Cepa, arqueología de la cultura azucarera*, *El 48. Historia de la Cultura Funeraria del Norte Argentino, Tucumán: Crisis de un Modelo y Modelo de una Crisis. 1930—1945*, *La Oruga sobre el Pizarrón (biografía de Isauro Arancibia, Maestro)* y *Santísimas Viruelas*, entre otros títulos. Murió en Tucumán en 2011.

Samuel Schkolnik nació en Tucumán en 1944. Se doctoró en Filosofía por la Universidad Nacional de Tucumán. Publicó *Algunas Claves*, *Tiempo y Sociedad* y la novela *Salven nuestras almas*. *Parker 51* fue publicado de manera póstuma y recopila ensayos y textos literarios. Murió en 2010.

Lorenzo Verdasco nació en Buenos Aires en 1960. Vive en Tucumán. Es escritor, poeta y traductor. Ha publicado dos libros: “Informe sobre señores” y “Los sueños de Lorenzo”. Ganador del 1º premio de poesía Concurso U.N.T. Formó parte de la antología “Tucumán, Huit poètes argentins, abrapampa editions. Paris. 2005. Ha coordinado su taller “Los siete locos” desde el año 2001 en adelante. Estudioso de la lengua rusa, ha publicado el ensayo “En torno a la muerte de Ivan Ilich”. También ha enseñado ruso por el término de cuatro años en el Instituto de Lenguas Extranjeras e indígenas.

Agradecimientos:

A María Teresa Andruetto, Daniel Gigena, Natalia Viles, Inés Aráoz, Graciela Massa, Juan Carlos Malcún, Marina Rosenzvaig, Facundo Íñiguez, Susana Mistretta, Gabriel Guanica Cossa, Valentina Rebasa, Dardo Nofal (in memoriam), Jorge Estrella (in memoriam), Daniel Dessen, Flaminia Ocampo, Máximo Mena, Silvia Jurovitzky y Alberto Rojo.

A Pablo Donzelli por los aportes, a Martín Taddei por la foto cedida para la tapa y a Rodrigo Suárez Ledesma por el diseño. A Jorge Daniel Brahim por el diálogo crítico sobre la tradición invisible.